ADRIAN LANGENSCHEID



TRUE CRIME ESPAÑA

CRÍMENES REALES
CASOS CRIMINALES REALES

ADRIAN LANGENSCHEID

TRUE
CRIME
ESPAÑA

CRÍMENES REALES
CASOS CRIMINALES REALES

Créditos editoriales

Autores: Adrian Langenscheid, Caja Berg, C.K. Jennar
Corrección de estilo: Juno Dean
Traducción: Noelia Pereira

Ebook ISBN: 978-3-98661-147-7

1.ª edición: febrero de 2025
© 2025 True Crime Internacional / Stefan Waidelich
Zeisigweg 6, 72212 Altensteig (Alemania)

Imagen de portada: © Canva (canva.com)
Diseño de portada: @ Pixa Heros, Stuttgart
Esta obra, incluidas todas sus partes, está protegida por derechos de autor. Queda prohibida cualquier forma de utilización que exceda los límites establecidos por la legislación vigente en materia de propiedad intelectual, sin la autorización expresa del titular de los derechos y del autor.
Esto incluye, en particular, la reproducción —por medios electrónicos o de cualquier otro tipo—, la traducción, la distribución y la comunicación pública.
Algunos diálogos y declaraciones de las personas que aparecen en este libro no se han transcrito de forma literal, sino que han sido adaptados respetando su sentido y contenido.

«El infierno está vacío; todos los demonios están aquí.»

– William Shakespeare (1564–1616),

Índice

Capítulo 1: Operación Nenúfar
Capítulo 2: La tragedia en directo en televisión
Capítulo 3: El emisario del rey
Capítulo 4: El pequeño dios
Capítulo 5: Helena
Capítulo 6: Porque ama a las mujeres
Capítulo 7: El último encuentro
Capítulo 8: Atrapado en fuera de juego
Capítulo 9: Una apuesta mortal
Capítulo 10: Sin escapatoria en el nivel 4
Capitulo 11: El hombre que lo sabe todo
Capítulo 12: 100 metros
Capítulo 13: No tengo miedo
Capítulo 14: El monstruo de Machala

Epílogo del autor
Newsletter
True Crime International

«La injusticia cometida contra un solo individuo es una amenaza para toda la sociedad.»

– Montesquieu (1689–1755)
filósofo francés

CAPÍTULO 1:

Operación Nenúfar

Rosario Porto observa sus dedos temblorosos, con los que lleva un buen rato retorciendo el pañuelo entre las manos. Lo ha doblado, estrujado y desdoblado una y otra vez, hasta que en la superficie, antes lisa, aparecen múltiples hilillos sueltos.

La fría luz de neón del techo le quema en los ojos enrojecidos cuando levanta la cabeza y clava la mirada en su interlocutor.

—Asunta es una niña buena. Nunca se escaparía —dice Rosario, y su voz se quiebra.

—Es cierto —corrobora Alfonso Basterra, mientras coloca su brazo sobre los hombros de Rosario y la atrae hacia sí.

Tras su divorcio, hubo muchos conflictos entre la expareja, pero en algo están completamente de acuerdo: Asunta, su hija adoptiva de 12 años, jamás se escaparía.

El agente de policía de guardia introduce en su ordenador todos los datos proporcionados por los padres —preocupados por la desaparición de la menor— en el formulario previsto para estos casos.

—¿Cuándo vio usted a Asunta por última vez? —pregunta el agente.

—Salí hacia nuestra casa de campo en Teo alrededor de las siete de la tarde —responde Rosario—. Asunta se quedó en casa porque todavía tenía deberes que terminar. Cuando volví a las nueve y media, ya no estaba. Llamé enseguida a su padre, pero Alfonso tampoco sabía dónde podía estar. Llamamos a algunos de sus amigos, pero nadie había visto a Asunta.

El policía asiente. Un vistazo a su reloj le revela que ya pasan de las diez y media de la noche.

—Enviaremos primero la alerta de desaparición a todos los compañeros de patrulla para que estén atentos —explica el agente a Rosario y Alfonso mientras les detalla los próximos pasos.

Pero antes de que la policía de Santiago de Compostela pueda actuar, un joven llama al número de emergencias en la madrugada del 22 de septiembre de 2013.

En el año 2000, nace una niña en la ciudad china de Yongzhou, en la provincia de Hunan. Se desconoce por qué su madre decide dar en adopción a la pequeña Fang. La niña aún no ha cumplido un año cuando, en junio de 2001, el acomodado matrimonio formado por Rosario y Alfonso viaja desde España a China para conocerla.

Rosario proviene de una familia bien situada. Su madre es profesora universitaria de Historia del Arte; su padre, abogado y cónsul honorario de Francia. Tras licenciarse en Derecho, Rosario comienza a trabajar en el despacho de su padre. Sus progenitores le regalan un amplio piso que ocupa toda una planta de un edificio de cuatro alturas, situado en la mejor zona de Santiago de Compostela.

En 1990, Rosario, de 21 años, conoce a Alfonso, cinco años mayor que ella. El hombre, que se gana la vida como periodista independiente, no tarda en mudarse con Rosario a su elegante apartamento, decorado con gusto. Seis años después, la pareja se da el «sí, quiero».

En 1997, Rosario sigue los pasos de su padre al ser nombrada cónsul honoraria de Francia. Ahora, al exitoso matrimonio solo le falta una cosa para sentirse completamente feliz: no desean nada más que tener un hijo.

Sin embargo, Rosario padece lupus eritematoso sistémico, una enfermedad autoinmune crónica en la que el sistema inmunitario ataca por error los tejidos del propio cuerpo. Esto puede provocar inflamaciones en distintos órganos y articulaciones.

El médico desaconseja a Rosario tener hijos biológicos: el riesgo de complicaciones durante el embarazo es demasiado alto.

Pero Rosario y Alfonso no están dispuestos a renunciar tan fácilmente a su sueño de formar una familia. Por eso deciden darle un hogar a una niña huérfana.

En aquel entonces, no era habitual adoptar a un niño procedente de China. Sin embargo, la baja tasa de natalidad y las estrictas leyes de adopción en España dificultan seriamente la posibilidad de adoptar dentro del propio país, por lo que algunas parejas sin hijos

empiezan a considerar la opción de una adopción internacional, siempre que pudieran afrontar un gasto mínimo de 10.000 euros.

Rosario y Alfonso son pioneros al decidir traer a Fang a España. No encuentran ninguna dificultad para convencer a las autoridades de que están capacitados para ser buenos padres, y de que la bebé abandonada crecerá rodeada de un entorno familiar afectuoso. Además, un informe psicológico describe al matrimonio como «amable, tranquilo, emocionalmente expresivo, cooperativo, adaptable y afectuoso».

Desde el primer momento, la pareja se siente cautivada por la bebé de grandes ojos marrones y cabello negro como terciopelo. Con solo nueve meses, Asunta es demasiado delgada y más pequeña que otros bebés de su edad.

Durante dos semanas, Rosario y Alfonso se abren paso entre la jungla burocrática china. Tras pagar todas las tasas exigidas, al fin tienen en sus manos los documentos de nacionalidad española que recogen el nuevo nombre de su hija adoptiva: Asunta Fong Yang Basterra Porto. Por fin pueden viajar a España con su pequeña hija.

Rosario y Alfonso reciben elogios y admiración de su entorno: al fin y al cabo, han acogido a una niña en situación vulnerable y le ofrecen la oportunidad de crecer en un entorno acomodado.

Rosario incluso aparece de vez en cuando en la televisión local, donde comparte sus experiencias sobre la adopción internacional con quienes se interesan por el tema. De su marido, Alfonso, dice que es «paciente, tranquilo, comprensivo y con sentido del humor; un hombre de carácter firme que toma sus propias decisiones».

Con el tiempo, ya instalada en su nueva familia, Asunta gana peso, aunque sigue siendo de constitución menuda. Cada vez que contrae alguna de las enfermedades infantiles más comunes, Rosario y Alfonso se angustian profundamente. Sin embargo, Asunta siempre se recupera con rapidez. En esas situaciones, la familia cuenta con la atención de médicos comprometidos en uno de los hospitales más prestigiosos de la ciudad. Gracias a su buena posición económica, el matrimonio no necesita acudir a un centro de salud público, donde a Asunta le asignarían un pediatra cualquiera.

Pronto queda claro que Asunta es una niña muy especial. Es más inteligente que sus compañeros de clase, el contenido escolar le aburre y no supone ningún reto para ella. Cuando llega el momento de pasar a secundaria, Asunta incluso adelanta un curso. Sus padres se informan a fondo sobre niños con altas capacidades intelectuales, con el objetivo de potenciar al máximo el talento de su hija y responder adecuadamente a sus necesidades.

—Bien guiados, estos niños son una maravilla —comenta Alfonso en una ocasión a unos amigos—, pero también pueden convertirse en un problema.

Asunta, que habla español y gallego, recibe además clases particulares de inglés, francés y chino; el alemán lo estudia en el colegio. También recibe formación exclusiva en ballet, violín y piano. Su profesora de ballet lo recuerda más tarde:

—Nos contó una vez cómo eran sus sábados. Se levantaba a las siete de la mañana, tenía clase de chino de ocho a diez, venía a ballet de diez y cuarto a doce y media, luego francés hasta la tarde… y además, clases de violín y piano.

Asunta pasa su tiempo libre en conciertos de música clásica o en el teatro. Su entorno la percibe como una niña feliz. Es una niña talentosa y disciplinada que al parecer, disfruta con lo que hace.

Rosario y Alfonso siguen con orgullo todos los progresos y logros de su hija. En una ocasión, Rosario, con el pecho henchido de orgullo, presumía de la larga lista de actividades extraescolares de Asunta, cuando esta la interrumpe y le espeta:

—¡Lo hago solo porque tú quieres!

Ante personas desconocidas, Asunta es más bien tímida y reservada. En casa, en cambio, su comportamiento es muy diferente: desfila con desparpajo por el apartamento familiar vestida con su traje de ballet, gasta bromas a sus padres y les saca de quicio imitando discursos políticos. Cuando Asunta se siente triste, recurre a su madrina o a la niñera, quien, más adelante, declararía que la familia daba la impresión de ser casi idílica.

Pero la imagen de aquel matrimonio feliz y despreocupado, con una hija adoptiva superdotada, comienza a agrietarse por primera vez en 2009. Rosario ingresa voluntariamente en una clínica psiquiátrica.

Cae en una profunda depresión, se muestra apática y retraída. No deja de pensar en cómo poner fin a su vida de la mejor manera. También parece haberse sentido en constante competencia con su propia madre, a quien definía como «encantadoramente terrible». Un conocido confirma que tenía «una personalidad como un cortacésped». La madre de Rosario es el motor y la figura dominante de la familia. La relación entre las dos mujeres es tensa.

La psiquiatra que la atiende anota en su historial médico: «Reacciona con gran irritación hacia su hija, que no deja de ponerla de los nervios». Se desconoce públicamente por qué Rosario decide abandonar la clínica psiquiátrica tras solo dos noches. Aun así, parece que logra recomponerse incluso sin ayuda médica.

A los 22 años, Rosario comenzó a experimentar sus primeros problemas de salud mental. Por aquel entonces, había viajado a Francia como estudiante de intercambio Erasmus. Sin embargo, no soportó mucho tiempo la estancia en el país extranjero y pronto regresó huyendo a su tierra natal.

—Nadie sabía quién era yo. Aquí, en Santiago, donde mi padre era profesor, me trataban con más consideración —contó Rosario más adelante.

Ya antes de aquel viaje, la joven apenas tenía autoestima y, tras su estancia en Francia, empezó a sufrir de forma recurrente crisis de ansiedad y episodios depresivos. Aun así, en su currículum público asegura haber completado su año de estudios en Francia y, posteriormente, haber estudiado en la «*High School of Law*» de Londres, una institución que, según reveló más tarde el periódico británico *The Guardian*, en realidad no existe.

Asunta tiene ya once años cuando, en 2011, su madre adoptiva decide enviarla durante doce meses a un colegio en Inglaterra. Allí, Asunta podrá hacer nuevas amistades y, al mismo tiempo, perfeccionar su inglés. Rosario también había asistido en su juventud a un centro educativo en Oxford, —una etapa que, al parecer, recordaba con cariño. No se conocen detalles sobre cómo transcurrió la estancia de Asunta en Inglaterra.

A comienzos de 2013, Rosario y Alfonso se separan. Familiares, amigos y conocidos se muestran impactados. Nadie había

sospechado que existieran conflictos entre ellos. Es cierto que, en los últimos meses, habían tenido que superar algunos obstáculos, pero, de puertas afuera, daban la impresión de formar una pareja inquebrantable.

En realidad, Rosario se sentía infeliz en su matrimonio. Lo que en su día fue admiración por su marido, con el tiempo se transformó —tras más de 20 años de relación— en la sensación de que Alfonso era huraño, apático e impredecible. A una amiga le confiesa que está harta de Alfonso, a quien llama «un amo de casa poco competente». Rosario se lanza de cabeza a una aventura con un empresario de éxito. Cuando Alfonso revisa el correo electrónico de Rosario, descubre las infidelidades de su esposa. Tras ese descubrimiento comprometedor, el matrimonio se rompe. Sin pensárselo dos veces, Alfonso hace las maletas y abandona el piso que compartían. En un primer momento, Alfonso se aloja en casa de unos familiares. Tres semanas después, regresa y se instala en un pequeño apartamento justo a la vuelta de la esquina de la casa de Rosario. El propio Alfonso asegura que solo tiene un deseo: ver a Asunta crecer feliz y poder estar siempre cerca de ella.

Rosario y Alfonso se sientan con su hija para explicarle que van a divorciarse y le aseguran que ambos seguirán queriéndola con todo su corazón. La niña, de 12 años, se lo piensa unos segundos antes de preguntar:

—¿Y ahora quién va a cocinar?

Hasta la separación, Alfonso se había ocupado de la casa: cuidaba de Asunta, lavaba la ropa y, sobre todo, se aseguraba de que cada noche la familia tuviera una comida deliciosa sobre la mesa. Una conocida comentó más tarde sobre Rosario: «Dudo que haya cocinado un solo huevo en su vida». Mientras Alfonso se ocupaba de la casa, Rosario mantenía económicamente a la familia con su trabajo como abogada. Alfonso, por su parte, trabajaba como periodista independiente, con encargos esporádicos y un ingreso inestable. La ruptura con Rosario también supuso dificultades económicas para Alfonso.

El hecho de que Rosario iniciara justo una relación con un hombre adinerado enfurece todavía más a Alfonso. Considera vulgar al

amante de su esposa, especialmente porque también está casado. A diario, Alfonso bombardea a Rosario con correos electrónicos en los que le recuerda todas las tareas domésticas que ahora debe afrontar por sí sola. Sabe que Rosario tiene dificultades para organizarse y, consciente de sus limitaciones, aprovecha para presionarla. Se desconoce cómo reaccionó Asunta ante la separación y las tensiones entre sus padres, así como el impacto que estas circunstancias tuvieron en su desarrollo.

A mediados de febrero de 2013, Rosario y Alfonso se divorcian de mutuo acuerdo. En las semanas siguientes, la relación entre ambos mejora notablemente. Mientras Alfonso acude a terapia psicológica y se ocupa de Asunta, su exmujer sigue apoyándolo económicamente. Asunta reparte su tiempo entre el piso de su madre y el pequeño apartamento de su padre, situado a pocos minutos a pie del domicilio familiar. Alfonso puede ver a su hija siempre que lo desea.

En junio de 2013, seis meses después de la separación, Rosario sufre una crisis nerviosa que incluso se manifiesta con síntomas físicos. Se queja de mareos, su paso es inestable y uno de sus párpados cae visiblemente. Es posible que Rosario se sienta impotente. Tal vez experimente cierto alivio al ver a Alfonso acudir enseguida a la clínica y tomarle la mano junto a la cama en ese momento difícil. Quizás por eso acepta un pacto con él. Alfonso, de 49 años, le promete a su exmujer que no solo cuidará de Asunta, sino también de ella. A cambio, Rosario deberá poner fin a su relación con el otro hombre. Rosario acepta.

Cuando Rosario regresa a casa tras salir del hospital, Alfonso la ayuda con las tareas cotidianas. Desde entonces, vuelve a preparar las comidas, que comparte con Rosario y Asunta como solían hacer. Todo parece haber vuelto a ser como antes, antes de que saliera a la luz la infidelidad de Rosario y el matrimonio se rompiera. Alfonso incluso empieza a plantearse la idea de volver a vivir con su exmujer.

Poco antes de las vacaciones de verano se produce un incidente que, hasta el día de hoy, sigue sin esclarecerse. En la noche del 4 al 5 de julio de 2013, Rosario se despierta sobresaltada. Oye ruidos extraños provenientes de la habitación de su hija y corre hacia donde está Asunta. Se queda paralizada del susto al ver a un

desconocido junto a la cama de su hija de 12 años. Lleva guantes de látex y sus manos aprietan con fuerza el delicado cuello de la niña, que grita desesperadamente. Rosario se lanza sobre el intruso y lo aparta de su hija. El desconocido huye entonces del apartamento.

Rosario declara que, por descuido, había dejado la llave puesta en el exterior de la puerta del piso, lo que habría permitido al intruso entrar en el apartamento sin ser visto. Sin embargo, Rosario no logra explicarse cómo pudo el desconocido acceder al edificio. En cuanto al posible motivo, los padres lo tienen claro enseguida: sospechan que el desconocido sabía de la existencia de una caja fuerte en el piso de Rosario, que contenía varios miles de euros en efectivo.

A pesar del aterrador suceso, Rosario y Alfonso no se ponen en contacto con la policía. Al día siguiente, Asunta le escribe un mensaje de WhatsApp a una amiga contándole que alguien había intentado matarla esa noche. Después de eso, Asunta no vuelve a hablar con ella sobre lo ocurrido.

Unos días más tarde, durante una excursión, Asunta le cuenta a otra amiga y a la madre de esta que un hombre desconocido había intentado estrangularla en su cama. La mujer queda impactada por el relato de la niña y se pone en contacto con Rosario. Le insiste en que denuncie el incidente a la policía. Rosario acude entonces a la comisaría de Santiago, pero finalmente decide no presentar una denuncia. Argumenta que los robos rara vez se resuelven y que el intruso no se había llevado nada. Más adelante, Rosario intentará justificar su decisión diciendo: «Asunta era una niña muy miedosa. No quería que se sintiera insegura en su propia casa». Para tranquilizar a la madre de la amiga de Asunta, le hace creer que la policía ya está al tanto y que se encargará del asunto.

Asunta pasa las vacaciones de verano de 2013 con su niñera en el pueblo natal de esta, y después con su madrina en un complejo de playa cercano. Para Asunta, son semanas llenas de vivencias: se baña en el mar y asiste a las fiestas del pueblo. Ese verano, la niña, de 12 años, solo pasa una semana con sus padres, aunque hablan con ella por teléfono todos los días.

Rosario y Alfonso aprovechan las vacaciones para recuperarse del desgaste acumulado durante el último año y medio. Además de la

separación, también tuvieron que afrontar la muerte de los padres de Rosario. En diciembre de 2011 falleció su madre, y siete meses más tarde, su padre. La pérdida de los abuelos afectó especialmente a Asunta, que había pasado mucho tiempo con ellos. Sin embargo, durante las vacaciones, y a pesar de esas grandes pérdidas, tanto su niñera como su madrina coinciden en que la vieron feliz y despreocupada.

El 21 de septiembre de 2013 es sábado. Las vacaciones de verano quedaron atrás hace casi tres semanas, y la rutina vuelve a marcar el ritmo de la familia.

Como de costumbre, Asunta está tumbada boca abajo sobre la alfombra multicolor de su habitación. Frente a ella hay varios libros abiertos, y hace con empeño los deberes que los profesores han asignado para el fin de semana.

A mediodía, Asunta había almorzado con sus padres en el piso de su padre. Después, los tres jugaron a las cartas y luego vieron juntos un episodio de la serie de animación *Los Simpson*. Cuando comenzaron a aparecer los créditos en la pantalla, Asunta se marchó al piso de Rosario, mientras su madre se quedó un rato más con Alfonso.

A última hora de la noche de ese mismo día, no hay ni rastro de la niña. Alterados, Rosario y Alfonso se presentan en la comisaría pasadas las diez de la noche para denunciar la desaparición de su hija.

Cuando Alfonso sale del edificio policial junto al inspector para fumar un cigarrillo en la cálida noche, confiesa que tiene pocas esperanzas de que su hija —normalmente tan obediente— siga con vida.

—Asunta debe de estar muerta —murmura con tristeza—. Solo espero que no la haya violado.

En la madrugada del 22 de septiembre de 2013, un joven llamado Alfredo Balsa sube a su coche con un amigo tras una noche de fiesta en un bar. La luna ilumina el entorno, pero los altos pinos y robles que flanquean la carretera absorben toda la claridad. A la luz de los faros, Alfredo distingue de repente algo extraño en la cuneta. Al principio, el joven cree que se trata de un espantapájaros que

alguien ha dejado allí. Alfredo pisa el freno y da marcha atrás: quiere verlo más de cerca. Dirige los faros del coche hacia el supuesto objeto, cuando su acompañante suelta un grito de espanto. Frente a ellos no hay ningún espantapájaros. Frente a ellos, sobre una leve pendiente y a tan solo dos metros de la carretera, yace el cuerpo de una niña.

Alfredo y su amigo bajan del coche y se acercan con cautela al cuerpo sin vida. La niña, descalza, lleva un pantalón de chándal gris, cubierto de barro y con una mancha oscura en la entrepierna. La camiseta blanca está subida hasta el ombligo. El brazo izquierdo está doblado hacia arriba, mientras que el derecho permanece metido dentro de la camiseta. Una cuerda naranja envuelve sus extremidades; el asesino, evidentemente, había atado a su víctima.

Con cuidado, Alfredo le toma el pulso a la niña, pero al sentir la piel gélida bajo su mano, comprende que ya es demasiado tarde. Con los dedos temblorosos, Alfredo marca el 112 y le relata al operador, al otro lado de la línea, el terrible hallazgo.

Los agentes de homicidios que llegan al lugar saben de inmediato que el cuerpo tendido ante ellos, sobre un lecho de agujas de pino, es el de Asunta, que habría cumplido 13 años en pocos días. Visto desde lejos, el cuerpo sin vida de la niña parecía flotar sobre el suelo, y su postura recordaba la forma de una flor. Esta imagen lleva al jefe de la investigación a bautizar el caso como *Operación Nenúfar*. Además de que el nombre remite al origen asiático de Asunta, el inspector explica a los periodistas:

—Sabemos que se trata de una planta originaria de Asia, muy hermosa y apreciada por la gente. Creemos que es un nombre bonito y que rinde homenaje a Asunta.

Una vez recogidas todas las pruebas en el lugar donde fue hallado el cuerpo, Asunta es trasladada al Instituto de Medicina Legal. Mientras la investigación avanza a toda velocidad, Rosario y Alfonso se reencuentran, el 24 de septiembre de 2013, por tercera vez en apenas un año y medio, en el tanatorio. Esta vez, velan a su hija. Detrás de un cristal, el cuerpo de Asunta descansa en un ataúd blanco como la nieve, rodeado de coronas majestuosas y arreglos florales de rosas y lirios blancos.

Frente al tanatorio se ha reunido un gran número de periodistas. Mientras Rosario y Alfonso entran apresuradamente en el edificio, Tareixa Navaza, una periodista reconocida y amiga íntima de la familia, se planta ante la prensa sensacionalista para pronunciar unas palabras en nombre de los padres, completamente destrozados. Sin embargo, cuando uno de los reporteros insinúa que la policía investiga a Rosario y Alfonso por la muerte de su hija, la mujer se muestra visiblemente indignada. Con voz firme, declara ante los micrófonos que conoce bien a la familia y que atravesaría el fuego para demostrar su inocencia en la muerte de la pequeña Asunta.

Mientras tanto, Rosario y Alfonso permanecen frente al cristal y toman fotografías de la escena: un último recuerdo de su hija adoptiva antes de que las llamas la reduzcan a cenizas. Mientras Alfonso oculta su rostro cubierto de lágrimas entre las manos, un hombre se acerca a Rosario y le susurra algo al oído. Sin que Alfonso ni los demás asistentes se den cuenta, ella lo sigue al exterior.

Tras un comunicado de prensa, la noticia se difunde como la pólvora: Rosario ha sido detenida por la policía durante el funeral de Asunta. Está bajo sospecha de haber asesinado a su propia hija. Sin embargo, los investigadores no disponen de pruebas físicas —como huellas dactilares o restos de fibras— que respalden la acusación. Aun así, cuentan con un motivo de peso para proceder a la detención de Rosario: aunque la mujer siempre había asegurado que, la noche de la desaparición de Asunta, se había dirigido sola en su coche a la casa de campo familiar, ubicada en el municipio de Teo, la grabación de una cámara de seguridad en una gasolinera demuestra lo contrario: en el asiento del copiloto viajaba una niña con el pelo negro a la altura de los hombros. La marca horaria del vídeo muestra que la grabación se tomó en un momento en el que, según la declaración de Rosario, Asunta debía de estar sola en casa. Al ser confrontada con esta contradicción, Rosario cambia su versión: ahora afirma que la joven que iba en el asiento del copiloto de su coche era, en efecto, Asunta. Aquella noche, salieron juntas hacia Teo, pero la niña de 12 años empezó a sentirse mal. Además, otras fuentes indican que Rosario dijo que Asunta quería volver a

casa para hacer los deberes. En cualquier caso, Rosario sostiene que, tras una breve estancia en la casa de campo familiar, dio la vuelta y dejó a la niña cerca de su domicilio, antes de salir sola a hacer unos recados. Durante su interrogatorio, Rosario declara que se dirigió a una tienda de artículos deportivos para comprar algo que su hija necesitaba para sus clases de ballet. Sin embargo, no llegó a entrar en la tienda porque se dio cuenta de que había olvidado su bolso en Teo, así que regresó a la casa de campo. Más tarde, se detuvo en una gasolinera, aunque finalmente no repostó, al darse cuenta de que no llevaba consigo la tarjeta de descuento.

Los agentes de homicidios revisan las grabaciones de 33 cámaras de seguridad. Ninguna de ellas captó el coche de Rosario en las calles de Santiago por las que asegura haber circulado aquella noche. Los investigadores están convencidos: Rosario llegó con Asunta, el 21 de septiembre de 2013, poco antes de las seis de la tarde, a la casa de campo en Teo. Pero solo Rosario salió con vida de la propiedad. Unas horas más tarde, Alfredo Balsa y su amigo encontraron el cuerpo de la niña, a tan solo cinco kilómetros de la vivienda familiar.

Pero eso no es lo único que hace que Rosario resulte sospechosa a ojos de los agentes. Poco después de comunicar a los padres la muerte de su hija, los investigadores llevaron a Rosario a la casa de campo para inspeccionar el lugar. Le advirtieron a la mujer, de 44 años, que no tocara nada, ya que el sitio podría ser una posible escena del crimen. Nada más entrar, Rosario pidió permiso a los policías para ir al baño y subió rápidamente al primer piso. Uno de los agentes la sigió y la sorprendió manipulando el cubo de basura del cuarto de baño. Le ordenó que lo dejara de inmediato en el suelo. Rosario obedeció con cierta vacilación la orden del agente. Este miró dentro del cubo de basura y descubrió un trozo de cuerda naranja, del mismo tipo que la utilizada para atar a Asunta. Sin embargo, los forenses no logran determinar si las ataduras de Asunta y el fragmento de cuerda encontrado en la casa proceden del mismo rollo.

En el informe final del Instituto de Medicina Legal se revela que en la sangre y la orina de Asunta se detectó una cantidad altamente

tóxica de lorazepam. Además, este fármaco, que se utiliza para tratar la ansiedad y los trastornos del sueño, es el principio activo de Orfidal, el mismo medicamento que Rosario tomaba habitualmente. Como causa de muerte, los forenses señalan la asfixia. Los investigadores creen que a la niña se le administró una sobredosis para dejarla indefensa antes de acabar con su vida.

Según declararon varios testigos a la policía, en los meses previos a su muerte, Asunta parecía en ocasiones, aturdida y no era capaz ni siquiera de caminar en línea recta. A raíz de estos testimonios, los investigadores solicitan una nueva prueba forense. En el laboratorio se analiza un mechón de cabello recogido como prueba de la niña. Los expertos detectan la presencia del principio activo lorazepam en los tres primeros centímetros del pelo. Dado que el cabello suele crecer alrededor de un centímetro por mes, concluyen que la niña de 12 años había estado ingiriendo pequeñas dosis del tranquilizante de forma regular durante las últimas doce semanas.

Un clamor de indignación recorre la sociedad. Pocos pueden creer que las acusaciones contra Rosario tengan algún fundamento.

—No lo entiendo —dice una vecina a un periodista—. Nunca vi que Rosario maltratara a Asunta de ningún modo.

Mientras tanto, los investigadores se preguntan cómo pudo Rosario dejar el cuerpo de su hija asesinada junto a la carretera sin dejar rastro alguno de arrastre en el suelo del bosque. Al fin y al cabo, la mujer, de complexión menuda, mide apenas 1,42 metros, menos que la propia Asunta. Para los investigadores no hay duda: Rosario debió de contar con un cómplice.

Un día después de la detención de Rosario, también es arrestado su exmarido, Alfonso. Sin embargo, los investigadores no disponen de pruebas físicas que vinculen al hombre de 49 años directamente con el crimen. Lo que más despierta sospechas es su coartada, que, a juicio de los agentes, parece fabricada. Alfonso sostiene que la noche del crimen estaba solo en su piso. En el intervalo en que el forense sitúa el asesinato de Asunta

—entre las 19:00 y las 20:00—, asegura que estuvo cocinando y que, después, leyó un libro. Su teléfono móvil estaba apagado, por lo que a los investigadores les resulta imposible verificar

—mediante la localización por antenas de telefonía— si Alfonso permaneció realmente en su apartamento la noche del 22 de septiembre de 2013. El móvil de Rosario también estaba apagado en el momento en que, supuestamente, se cometió el crimen, ya que —según ella— se había quedado sin batería.

Los agentes de homicidios elaboran una hipótesis sobre cómo pudo haberse producido el asesinato de la pequeña Asunta. Los investigadores creen que Rosario y Alfonso se habían cansado de su hija adoptiva. Su muerte habría sido un acto cuidadosamente planificado para deshacerse de una niña en plena preadolescencia, que comenzaba a resultarles cada vez más molesta. Además, tras la muerte de sus padres, el ya frágil estado mental de Rosario podría haberse desestabilizado por completo. Además, una psicóloga que atendió a Rosario durante las semanas previas al asesinato de Asunta declaró ante la policía que esta se sentía „abrumada" por su hija adoptiva. Los investigadores están convencidos de que Rosario fue la fuerza impulsora en la planificación del crimen. Durante los meses anteriores, habría estado administrando Lorazepam a la niña para probar sus efectos y ajustar la dosis. Incluso el supuesto allanamiento por parte de un desconocido en el piso de Rosario cobra ahora un significado completamente distinto para los agentes. Una vecina declara que sus perros ladran sin cesar cada vez que un desconocido entra al edificio. Sin embargo, en la noche del 4 al 5 de julio de 2013, los animales no emitieron ni un solo ladrido. A los investigadores les asalta una terrible sospecha: Rosario y Alfonso podrían haber intentado matar a Asunta esa misma noche, pero por razones desconocidas, abandonaron su plan. No obstante, la noche del 21 de septiembre de 2013, la expareja lo habría llevado finalmente a cabo. Llevaron a Asunta, completamente sedada con lorazepam, hasta la casa de campo de Teo. Expertos confirman que a la niña se le administraron, probablemente triturados, al menos 27 comprimidos —el equivalente a nueve veces la dosis recomendada para un adulto. En la casa de campo, Rosario y Alfonso asfixiaron a la niña de 12 años, y luego abandonaron su cuerpo junto a la carretera, a varios kilómetros de allí. Algunos investigadores creen que Alfonso no aparece en las grabaciones de las cámaras de

seguridad porque iba agachado en el asiento trasero del coche de Rosario.

En septiembre de 2015, Rosario y Alfonso deben comparecer ante un jurado popular, acusados del asesinato de Asunta. Dos años en prisión preventiva han dejado marcas visibles. Rosario luce pálida, con mejillas hundidas; su corto cabello oscuro está desaliñado. Sus ojos enrojecidos, contrastan fuertemente con sus ojeras oscuras. Alfonso está demacrado: apenas le queda pelo en la cabeza y su barba se ha tornado blanca. Sus ojos irradian odio y desprecio hacia los investigadores y la fiscalía.

Cuatro semanas y 135 testigos después, el jurado declara por unanimidad culpables de la muerte de Asunta a los dos acusados, a pesar de que muchas preguntas sobre cómo ocurrieron los hechos —y, sobre todo, sobre el motivo— siguen sin resolverse hasta hoy. El juez condena a cada uno de ellos a 18 años de prisión. Rosario y Alfonso, que siguen proclamando su inocencia, recurren la sentencia, sin éxito.

El lugar junto a la carretera en el municipio de Teo, donde fue hallado el cuerpo de Asunta, se ha convertido en un lugar de homenaje a la niña. Muchas personas dejan allí flores, velas y peluches en su memoria. En un cartel escrito a mano puede leerse: «No mostraron compasión, ni sentimientos, ni corazón».

Los excónyuges no volvieron a tener ningún tipo de contacto tras su condena. En noviembre de 2020, Rosario se quitó la vida en su celda a los 51 años de edad.

«La curiosidad humana es insaciable, especialmente cuando se trata de la desgracia ajena.»

– Tácito (ca. 58–120 d. C.),
historiador romano

CAPÍTULO 2:

La tragedia en directo en televisión

No se encuentra bien. Fernando García ha salido hoy antes de lo habitual de la pequeña fábrica de colchones que dirige para meterse directamente en la cama. La gripe tiene al hombre, de rostro serio y cabello cada vez más escaso, completamente dominado. Duerme varias horas.

Cuando el padre de tres hijos despierta, ya es de noche.

Su mujer, Matilde, le cuenta que ha perdido una llamada de su hija pequeña. La joven de 14 años quería saber si él podía llevarla, a ella y a sus amigas, a la discoteca.

Matilde se negó y le dijo a su hija que se olvidara de salir a bailar esa noche.

Pero ya es tarde y Miriam aún no ha vuelto a casa.

Ahora no solo la fiebre lo estremece, sino también la preocupación.

La adolescente suele ser muy responsable y, por lo general, vuelve alrededor de las nueve. Hoy no ha llegado.

A la joven le encanta bailar: en las paredes de su habitación hay recortes de bailarinas pegados por todas partes. Junto a ellos cuelgan sus zapatillas rosas de ballet, justo sobre la cama de madera clara de pino.

¿Y si al final fue a la discoteca?, se pregunta ahora Fernando con inquietud.

Cuando son las 22:00, su preocupación es ya tan grande que decide llamar. Los padres de las mejores amigas de Miriam también están preocupados: Toñi y Desirée tampoco han regresado.

Ahora, la enfermedad ya no logra retener al angustiado padre. Se sube al coche y conduce por la fría noche, atravesando los campos de naranjos hasta llegar a Picassent, donde se encuentra la discoteca Coloor.

El hombre, de 40 años, se baja del coche y empieza a preguntar por allí. Sin embargo, nadie ha visto a Miriam ni a sus amigas. ¿Estará en el club juvenil?

El padre de familia vuelve a ponerse al volante y se dirige al *Zass-Akarde*, pero allí tampoco hay rastro de las chicas.

La pregunta se vuelve cada vez más angustiosa: ¿Dónde está mi hija?

Fernando recorre sin éxito las calles oscuras en busca de su hija menor, hasta el amanecer. Pero ella sigue desaparecida.

A eso de las ocho de la mañana, Fernando no solo denuncia su desaparición a la policía, sino que también contacta con los medios de comunicación.

Lo que no sabe en ese momento es que esa mañana marca el inicio de una tragedia cuyos momentos más desgarradores serán emitidos en directo por televisión.

Alcàsser es un tranquilo pueblo de la provincia de Valencia. Esta localidad, ubicada en la costa este del país, tiene unos 8.000 habitantes. Tres de ellas son grandes amigas y comparten casi todo su tiempo libre.

A María Deseada Hernández Folch la llaman cariñosamente Desirée. La joven, de 14 años, mide 1,71 metros, es delgada, tiene el cabello corto y los ojos verdes.

Se la considera una adolescente reservada y tímida. En su tiempo libre le encanta leer y escribir; ya ha escrito un sinfín de poemas propios. Su otra gran pasión es el ballet.

Desirée acaba de cambiarse a un instituto en otra ciudad, donde hasta ahora apenas ha hecho amigos. Por eso, sigue prefiriendo pasar su tiempo libre con sus amigas, que viven a solo unas calles de distancia.

Una de ellas es Miriam García Iborra, que tiene la misma edad. Es un centímetro más alta y también delgada. Su melena castaña y rizada le llega hasta los hombros, y tiene los ojos azules.

A Miriam le apasiona el deporte, especialmente el atletismo, disciplina en la que compite con tenacidad y constancia. Vive con sus padres y con los hijos del primer matrimonio de su padre, sus hermanastros.

El trío lo completa Antonia Gómez Rodríguez, a quien todos llaman Toñi. Con 15 años, es la mayor de las tres amigas y, con 1,60 metros, la más baja y corpulenta del grupo.

Le gusta llevar su cabello oscuro a la altura del mentón, con un flequillo que cubre sus ojos marrones. Nunca sale de casa sin su reloj de pulsera plateado con la esfera de Mickey Mouse.

Toñi es una chica tímida, y está muy ilusionada con la llegada de su 16.º cumpleaños. Ya ha obtenido el graduado escolar y prefiere comenzar una formación profesional en lugar de continuar en el instituto.

Aunque sus caminos empiezan a tomar rumbos diferentes, las jóvenes siguen compartiendo cada minuto libre.

Es viernes, 13 de noviembre de 1992. El fin de semana está a la vuelta de la esquina y las tres amigas quieren disfrutar juntas del resto del día.

Por la tarde, Miriam pasa a recoger a Toñi, y juntas, caminan hasta casa de Desirée, que vive a unas pocas manzanas. Después, el trío pasa un rato en el club juvenil Zass-Akarde, que está en el mismo barrio; luego visitan a su amiga Esther, que está enferma. Aquí se les ocurre una nueva idea para empezar el fin de semana por todo lo alto:

¡las chicas quieren ir a bailar!

Esta noche hay una fiesta para estudiantes en la discoteca del pueblo vecino. Allí podrán encontrarse con amigos, bailar, ¿y quizá hasta besarse con algún chico simpático?

El plan está decidido, pero Esther se siente demasiado enferma para salir.

—¿Y si lo dejamos para otro día? —pregunta con cautela, porque las amigas ya han perdido el autobús hacia Picassent, el pueblo vecino donde está la discoteca.

—No —decide Miriam sin dudar, y llama a casa para pedirle a su padre que las lleve a bailar.

Su madre le explica que su padre está en cama con gripe y que no puede llevarlas.

—Mejor olvídate de la discoteca y vuelve a casa, que ya es tarde —le aconseja Matilde García a su hija. Pero la chica toma otra decisión.

Picassent se encuentra a unos cuatro kilómetros de Alcàsser, y se tarda unos siete minutos en coche en llegar a la discoteca Coloor. En

aquella época, muchos jóvenes recorrer esa distancia haciendo autostop. Las tres amigas deciden hacer lo mismo.

—Eso es peligroso —advierte la madre de Esther.

Pero las adolescentes se ríen de la advertencia y se marchan animadas.

En la siguiente esquina, un coche se detiene enseguida y las tres se suben. Una joven pareja las lleva hasta una gasolinera en las afueras de Picassent, allí dejan a las chicas.

Desde allí, hay menos de un kilómetro hasta la discoteca, y el trío inicia el camino a pie.

Se cruzan con un compañero del colegio, a quien saludan con alegría. Sin embargo, a medida que avanzan, la calle se va oscureciendo cada vez más.

Los últimos 500 metros transcurren entre campos de naranjos a ambos lados, sin casas ni iluminación a lo largo de la carretera. Antes de adentrarse en este tramo oscuro, las chicas deciden —una vez más— hacer autostop.

Alrededor de las 20:15, una señora mayor se asoma por la ventana de su casa y observa cómo las tres se suben a un coche blanco.

Es la última vez que se ve a las amigas con vida. Nunca llegarán a la discoteca.

Sobre las 23:00, Fernando García está en su coche buscando a su hija. Perdió la llamada y cuando Miriam no llegó a casa a las 21:00, como de costumbre, sus padres comenzaron a preocuparse.

A pesar de la gripe, el padre de tres hijos sale al frío de la noche. En vano: las amigas no están ni en la discoteca ni en el club juvenil.

Alarmado, se detiene en una comisaría para denunciar la desaparición de su hija menor.

Pero los agentes restan importancia al asunto: aún son las once de la noche y García no puede denunciar a su hija como desaparecida hasta que hayan transcurrido 24 horas.

El desesperado hombre abandona la comisaría frustrado. Pero no se rinde y continúa buscando toda la noche, recorriendo las calles oscuras de Picassent y Alcàsser.

Hace frío y las adolescentes no llevan abrigos gruesos.

¿Dónde podrían estar?

A las ocho de la mañana del sábado, las tres llevan ya 12 horas desaparecidas. No hay rastro de ellas.

No solo Fernando García está preocupado; también los padres de Desirée y Toñi sienten ahora una gran angustia por sus hijas. Los tres padres acuden juntos a la policía para denunciar la desaparición de las chicas.

Aunque los agentes siguen sin creer que haya ocurrido nada grave, registran la denuncia. Eso no le basta a Fernando García. Su siguiente paso lo lleva directamente a la redacción de un periódico. Lleva consigo fotos de las chicas, ya que cree que necesitarán la ayuda de la población para encontrarlas. Los medios serían de gran ayuda, o al menos eso espera. Los redactores prometen que el artículo se publicará al día siguiente, domingo.

Mientras tanto, familiares y vecinos no quieren permanecer de brazos cruzados.

Hacia las 15:30, numerosos voluntarios se reúnen en el ayuntamiento de Alcàsser y organizan una búsqueda, con el apoyo del alcalde de la pequeña localidad. En una docena de coches, peinan la zona y se imprimen 5.000 octavillas. A García le asignan una oficina en el ayuntamiento para coordinar las labores de búsqueda. Cientos de voluntarios y la Guardia Civil peinan Picassent y Alcàsser hasta altas horas de la noche. Recorren las calles, iluminando con linternas casas abandonadas y rincones oscuros. Por todas partes gritan los nombres de las chicas desaparecidas, pero nadie logra encontrarlas.

La policía, en cambio, insiste constantemente en la posibilidad de que las adolescentes simplemente se hayan escapado y que seguramente regresarán pronto. Fernando García no lo cree. Hay demasiados indicios que lo contradicen. Si su hija menor se hubiera escapado, ¿por qué no se llevó las 20.000 pesetas (unos 120 euros) que había ahorrado? ¿Por qué Desirée preparó su bolsa de deporte para patinar el sábado? ¿Y por qué Toñi pidió el jueves una canción en la radio para dedicársela a sus amigas, emocionada por el encuentro que habían planeado para el domingo? No, Fernando García sabe que su hija y sus amigas no se han escapado. Algo les ha pasado y está decidido a encontrarlas. Como la policía sigue

dudando, el padre encuentra en los medios de comunicación a su mejor aliado.

El 15 de noviembre se publica el primer artículo en prensa. Ese mismo día, el teniente de alcalde de Alcàsser pone en alerta a Canal 9, un canal de televisión español. Cuando los periodistas inicialmente se niegan a informar, amenaza con negarles el acceso al ayuntamiento si resulta que no se trata de una simple fuga. Eso convence a los responsables del canal y así, Canal 9 informa ese domingo a las 15:00, sobre las tres chicas desaparecidas de Alcàsser.

Otros medios se suman a la cobertura, gracias a la intervención de Patricia Murray, una experiodista británica que lleva años viviendo en España y que ayuda y asesora a la familia en cuestiones de comunicación. —El público olvidará lo ocurrido si no recibe información nueva de forma constante —advierte. Nadie podía imaginar que esta estrategia desataría un fenómeno mediático sin precedentes.

Fernando García concede innumerables entrevistas durante las horas, días y semanas siguientes. A pesar de que personas de todo el país llaman para aportar pistas sobre dónde creen haber visto a las desaparecidas, las jóvenes siguen sin aparecer. Además, el padre de familia recurre a políticos y celebridades: el ministro del Interior, el presidente del Gobierno e incluso Diego Maradona, la estrella del fútbol, prometen su apoyo. García hace traducir las octavillas al inglés, alemán, francés, neerlandés e italiano, y con la ayuda de camioneros distribuye cinco millones de ejemplares por toda Europa. Incluso logra que el Ministerio de Asuntos Exteriores distribuya carteles en árabe. Los familiares creen que se trata de un secuestro. El hombre, de 40 años, incluso envía a la policía una pista anónima para que registren una casa en la que sospecha que podría estar su hija. Pero todo resulta inútil. La Navidad pasa y también el Fin de Año; las familias deben afrontar las fiestas sin Miriam, Desirée y Toñi. En total, las chicas permanecen desaparecidas durante 75 días.

Es la mañana del 27 de enero de 1993, cuando, a unos 40 kilómetros de distancia, dos hombres mayores luchan por subir por una ladera empinada. Son apicultores y quieren revisar sus

colmenas, que se encuentran en las montañas de La Romana, entre unos matorrales secos, rocas sueltas y dos cabañas abandonadas. La mañana es fría, y los apicultores deben armarse de paciencia, porque si abren las colmenas ahora, las abejas no saldrán. Si la temperatura está por debajo de los 8 grados, los insectos forman un racimo dentro del panal. En España, durante un día de enero, las temperaturas pueden subir hasta los 11 grados. Así que los hombres deciden esperar a que el sol caliente el ambiente. Uno se sienta, mientras el otro, aburrido, pasea por la zona. Al regresar junto a su compañero, su mirada se fija en un montículo de tierra. Encima hay ramas partidas, pero no es eso lo que le hace gritar: —¡Pepe! Aquí hay algo terrible. De la tierra sobresale un muñón, alrededor del cual está atado un gran reloj plateado con una esfera de Mickey Mouse. Falta la mano.

La noticia del hallazgo de los cuerpos se difunde rápidamente. Los jeeps de la policía luchan por subir las empinadas pistas de grava hasta el lugar del hallazgo. El forense intenta seguir, pero su coche se avería. El ataúd que trae debe ser trasladado a uno de los todoterrenos de la policía. Pero también llegan los primeros fotógrafos y hablan con el forense que está esperando. Le preguntan por el cadáver encontrado. —¿Un cadáver? ¡Tres cadáveres! —responde, sin saber la repercusión que tendrá su respuesta. Porque ahora empieza a correr la noticia de que han encontrado a las chicas de Alcàsser. Se envían telegramas a las redacciones, y antes de que la policía tenga la confirmación oficial o pueda avisar a los familiares, los medios ya están llamando a sus casas.

Mientras los medios compiten por la primicia, los familiares siguen esperando una confirmación oficial y Fernando García emprende el viaje de regreso a España. Mientras tanto, los policías continúan registrando los alrededores del lugar del hallazgo. Antes de recuperar los cuerpos, entran en una de las cabañas situada a unos 800 metros ladera abajo. En el desván descubren dos colchones manchados, algunas prendas dispersas en el suelo y un pendiente. Tras recuperar los cuerpos, que estaban envueltos en una alfombra, los investigadores encuentran en la fosa donde yacían tres cinturones, una chaqueta vaquera y una camiseta. Entonces, queda

confirmado: se trata de las tres chicas desaparecidas. Miriam, Toñi y Desirée están muertas, enterradas en las montañas.

La pequeña localidad de Alcàsser vuelve a ser invadida por los medios de comunicación. Innumerables equipos de televisión retransmiten en directo desde el lugar: están presentes cuando, la tarde del 28 de enero, Fernando García regresa a casa y abraza a su esposa, que lo recibe entre lágrimas. Numerosos vecinos del pueblo son entrevistados, y a Esther —la amiga que aquella noche no salió con ellas— le preguntan cómo se encuentra frente a la marcha de velas. Los periodistas lo graban todo —sin escrúpulos ni empatía—, a cualquier persona que aparezca ante sus cámaras. España entera observa cómo los vecinos de esta localidad de 8.000 habitantes lloran y, en algunos casos, se derrumban. La noche después del hallazgo, un programa de tertulia nacional se emite en directo desde la sala de música local. Allí, bajo los intensos focos del plató, Fernando García está sentado en el escenario junto a su esposa y otros familiares, con la mirada vacía. Entre el público se encuentran numerosos vecinos del pueblo, que escuchan cómo el hombre de 40 años clama por justicia. Un compañero de clase exige en una entrevista: —Ojo por ojo. No es de extrañar que la multitud aplauda cuando, hacia el final del programa, una asistente sube al escenario y anuncia que unos hombres han sido arrestados. —¡Mátenlos! — grita un hombre desde el público y el aplauso estalla con fuerza.

La pregunta más obvia es cómo lograron los investigadores dar tan rápido con dos sospechosos. Es un papel el que proporciona la primera pista. Durante todo el 28 de enero, agentes de policía peinaron la ladera alrededor del lugar del hallazgo, pisoteando matorrales y recortando arbustos. Por todas partes hay fragmentos de papel esparcidos. Uno de ellos parece ser un documento hospitalario. No solo revela que el paciente acudió para tratar una gonorrea, sino también su número de la Seguridad Social y su nombre: Enrique Anglés. Esa misma noche, los policías se reúnen frente al domicilio de la familia en Catarroja, un pueblo vecino de Alcàsser. Tocan el timbre, pero nadie abre. Enrique Anglés cierra la puerta con llave desde dentro y espera a que la policía se vaya. Sin embargo, los agentes no se marchan. Consiguen una orden de

registro y finalmente irrumpen en la vivienda. Allí encuentran al joven de pelo corto, a su hermana Kelly al novio de esta, y su madre. Los policías mandan a toda la familia al salón mientras hablan con el sospechoso en su habitación. También envían al salón a un amigo rubio que llega justo en ese momento. Cuando suena el teléfono, los agentes impiden que la familia conteste.

Salta el contestador automático:

—Kelly, soy Rubén. Si vienes, dile al Rubio que vaya adonde están el disco de freno y la palanca de la moto. Que lleve dos sacos de dormir, los Kellogg's y la leche que está sobre la mesa. ¿Vale? Lo antes posible.

Este mensaje deja perplejos a los policías. ¿Quién es Rubén? ¿Y no acaba de llegar un hombre rubio a la casa? Uno de los agentes le pregunta:

—¿Quién eres?

—El Rubio —responde.

Los agentes continúan interrogándolo. Cuando finalmente le preguntan de qué color es su coche, contesta:

—Blanco.

En ese momento, los pensamientos de los agentes se disparan: blanco era el coche en el que se vio subir a las tres chicas asesinadas. Sin más, el „Rubio" es trasladado, junto con la familia Anglés, a la comisaría de Patraix, en Valencia.

Aproximadamente a la misma hora se practica la autopsia de los cadáveres. Dos de ellos estaban maniatados; la camiseta de Desirée estaba cortada y a Miriam le habían arrancado un pezón. Todos los cuerpos presentan hematomas en brazos y piernas, lesiones en la zona vaginal y anal, así como impactos de bala en la cabeza. Las bajas temperaturas y la capa de tierra que los cubría habían ralentizado el proceso de descomposición.

Esa misma noche, un agente de policía se acerca discretamente a Fernando García y le recomienda solicitar una segunda autopsia, porque algo no encaja. El padre, aún de duelo, sigue el consejo. Así salen a la luz nuevos detalles: a Miriam le falta la mano derecha y a Desirée, la izquierda. Tras la primera autopsia, los cuerpos fueron lavados, lo que hizo desaparecer posibles evidencias.

El segundo forense, independiente, encuentra restos de sangre y manchas compatibles con semen en la alfombra en la que estaban envueltos los cuerpos. También aparece un colgante en forma de cruz que no pertenece a ninguna de las víctimas, además de cabellos rubios y otros más, que pertenecían a al menos cinco personas diferentes.

Mientras tanto, los agentes enfocan el interrogatorio en Enrique Anglés y en su amigo rubio. Anglés confiesa inicialmente el crimen, alegando que mató a las chicas porque no quisieron bailar con él en la discoteca. Sin embargo, los policías no creen que sea capaz de cometer asesinatos tan brutales: el joven sufre esquizofrenia, tiene un coeficiente intelectual inferior a 50 y habla de forma incoherente. Además, carece de detalles que solo conocería el verdadero autor. Aun así, sigue sin explicarse cómo llegaron fragmentos de su historial médico al lugar del hallazgo. Anglés declara que prestó su número de la Seguridad Social a alguien que, en realidad, debería estar en prisión, pero que se fugó y tuvo que acudir al hospital: su hermano Antonio. Incluso afirma que estaba en casa cuando llegó la policía, pero que escapó saltando por una ventana a un tejado. De inmediato, se emite una orden de busca y captura contra el hermano.

Antonio Anglés es un tirano, según relatan los miembros de su familia. Ya desde niño, aprende que el respeto se consigue a través de la humillación y el dolor, debido a las constantes palizas de su padre, alcohólico. Antonio se convierte pronto en un matón: se une a una banda que atraca a clientes homosexuales, trafica con drogas y convierte su piso en el principal punto de distribución. Ya de adulto, también ejerce la violencia contra sus propios padres y mantiene atemorizados a sus siete hermanos, que llevan años viviendo con miedo de él. Antonio controla a la familia Anglés, afirma su hermana. Ha sido condenado en varias ocasiones, la última por una agresión grave a una mujer, a la que casi le arrancó un pezón con unos alicates. A pesar de ello, Antonio no está entre rejas, ya que no regresó a prisión tras un permiso penitenciario. En lugar de ello, se tiñó el pelo y suele esconderse en una cabaña de la zona de La Romana. Además, él mismo se habría puesto el apodo de

„Rubén“. Esa información hace saltar las alarmas entre los investigadores. ¿Fue Antonio quien llamó y dio instrucciones al „rubio“ para que acudiera a algún lugar? Solo una persona puede responder a eso: el propio Rubio, que se encuentra en otra sala de interrogatorio.

Su nombre es Miguel Ricart, un joven de 23 años de cabello rubio. Tras la muerte de su madre, cuando tenía apenas seis años, pasó su infancia en un orfanato dirigido por monjas, donde residía entre semana, mientras que los fines de semana los pasaba con su padre, con quien mantenía una relación distante.

A los 16 años, conoce a Antonio Anglés, un traficante de drogas que, dos años más tarde, lo invita a vivir con él. Admira a su nuevo amigo, un hombre que impone respeto y no se deja maltratar.

Admite haber participado en algunos atracos junto a su nuevo ídolo, e incluso asegura haber comprado un Opel Corsa blanco expresamente para ello. Sin embargo, Ricart niega con firmeza haber tenido algo que ver con la desaparición de las chicas de Alcàsser.

Poco a poco, sin embargo, cae en contradicciones. El sospechoso afirma que el 13 de noviembre estaba en prisión, pero la policía no tarda en descubrir que ese día se encontraba en libertad por un permiso penitenciario.

Es interrogado en varias ocasiones, hasta que finalmente confiesa. En la primavera de 1993 realiza múltiples declaraciones, cambiando una y otra vez su versión de los hechos.

La fiscalía considera una de ellas la más creíble: la que ofreció a principios de marzo ante un juez de instrucción y que fue ampliamente difundida por los medios de comunicación.

Antonio y Ricart circulaban en coche la noche del 13 de noviembre de 1992 cuando, según este último, su amigo le ordenó detenerse para que Miriam, Desirée y Toñi subieran al vehículo.

«Cuando las chicas se dieron cuenta de que pasábamos de largo la discoteca y protestaron, le dije a Antonio que deberíamos dar la vuelta. Pero me dio dos golpes en la cabeza y me dijo: „Aquí, en el coche, mando yo“.»

También golpeó a las chicas hasta hacerlas sangrar abundantemente. Las llevaron a una cabaña, donde Antonio ató a Miriam y Desirée y violó a Toñi.

Después desató a Desirée, le rasgó la blusa, la tiró sobre el colchón y obligó a Ricart a violarla. Él asegura que al principio se negó. «O estás conmigo o te largas a la mierda», habría respondido Antonio, lo que Ricart interpretó como una amenaza de muerte, por lo que acabó obedeciendo.

A continuación, Antonio también la violó. Luego, fueron a un bar, compraron algo de comida y regresaron a la cabaña, donde finalmente violaron a Miriam.

Antes de irse a dormir, Antonio dijo: «¡Mañana más!»

Al amanecer, desapareció durante un tiempo para cavar una fosa, con la intención de llevar allí a las chicas. Durante el trayecto hacia el lugar, las jóvenes gritaban histéricas, por lo que Antonio volvió a golpearlas.

En la fosa, finalmente las ejecutó a tiros, una tras otra.

No se sabe si en algún momento habló sobre la amputación de las manos ni sobre su paradero.

Mientras Ricart repite una y otra vez su testimonio, la policía pone en marcha un amplio despliegue para localizar a Antonio Anglés. Se instalan controles de carretera en toda la región, helicópteros sobrevuelan la zona y se rastrean intensamente los alrededores. Agentes vigilan una estación de tren abandonada donde, al parecer, el fugitivo se había escondido durante semanas. Pero el sospechoso sigue en paradero desconocido.

Pocas semanas después de su confesión detallada, Ricart se retracta de sus declaraciones. Ahora afirma que no tuvo nada que ver con el crimen. Según él, confesó bajo amenazas y coacciones, aunque no se ha podido demostrar que se recurriera a tales métodos. Pero hay alguien que sí le cree: Fernando García. El padre, aún de luto, duda de la versión oficial y no cree que Ricart —una persona sumisa y fácilmente manipulable— fuera capaz de cometer el crimen. Además, los resultados de la segunda autopsia le hicieron sospechar. ¿De dónde provenían los cabellos encontrados y a quién pertenecían? ¿Por qué se lavaron los cuerpos tras la primera

autopsia? Pasarán años antes de que los hechos confirmen sus sospechas.

Es el año 1996 —tres años después de la desaparición— y el juicio contra Ricart aún no ha comenzado, mientras que el segundo sospechoso sigue en paradero desconocido.

Fernando conoce al periodista e investigador privado Juan Ignacio Blanco, quien también cuestiona la versión oficial de los hechos. Juntos emprenden su propia investigación: obtienen ilegalmente el sumario del caso a través del abogado de la familia y quedan atónitos al leer su contenido.

No hay fotografías sistemáticas de los cadáveres, ni antes ni durante la recuperación.

En la cabaña solo se encontró un único indicio relacionado con las chicas: un pendiente dorado. En el coche de Ricart, no se encontró ninguna prueba.

Además, los datos meteorológicos de la zona montañosa de La Romana indican que ese invierno se registraron vientos con fuerza de huracán. Fernando queda desconcertado: ¿cómo es posible que, 75 días después de los crímenes, aún hubiera papeles colgando de los arbustos?

Tampoco está claro cómo un Opel Corsa con varias personas pudo subir por aquel camino, si el día del hallazgo solo uno de los todoterrenos logró hacerlo.

Todas estas incoherencias llevan a Fernando, de 44 años, a pensar que algo no encaja. No cree que las irregularidades en la investigación hayan sido un descuido, sino intencionadas.

Su teoría sostiene ahora que, detrás del caso, se esconde una red de pedófilos que suministraba adolescentes y niños a personas influyentes para su disfrute. Juan Ignacio Blanco llegó a afirmar en una entrevista que había visto un vídeo en el que aparecía Miriam. Sin embargo, nunca presentó dicha cinta. Las acusaciones del dúo nunca llegaron a probarse, aunque publicaron un libro que fue rápidamente prohibido por contener afirmaciones infundadas. Poco después comenzó a circular el rumor de que las supuestas pruebas formaban parte de una campaña de difamación contra las personas

mencionadas y que el padre de Miriam había sido manipulado. Tampoco esta teoría llegó a confirmarse jamás.

Lo que persiste es el amargo regusto de innumerables incoherencias y del comportamiento inapropiado de los medios españoles en este caso, que, cinco años después de aquella cobertura desastrosa, parecen no haber aprendido nada.

En mayo de 1997 comienza el juicio contra Ricart, retransmitido en directo por todas las cadenas de televisión españolas, con declaraciones de testigos, fotografías de los cuerpos y vídeos de la autopsia. Esta cobertura desata una oleada de críticas. Muchos españoles opinan que la difusión de imágenes tan explícitas del crimen fue poco ética, ya que no solo violaba la intimidad de las víctimas y sus familias, sino que también comprometía la integridad de todo el proceso judicial.

Tras 49 días de juicio, Miguel Ricart es condenado en otoño de 1997 a un total de 170 años de prisión. El tribunal da por válida la versión de la fiscalía, según la cual participó junto con Anglés en el secuestro, la violación y el asesinato de las tres chicas.

En la sentencia se indica que posiblemente una tercera persona, aún no identificada, habría colaborado. En 2013, Ricart es puesto en libertad gracias a beneficios penitenciarios, en medio de un aluvión de flashes por parte de los periodistas congregados. Desde entonces, huye de los medios y desaparece del mapa. A día de hoy, se desconoce el paradero de Ricart, al igual que el de Antonio Anglés. Una de las versiones oficiales sostiene que, en 1993, intentó viajar como polizón en un barco británico con destino a Dublín. Cuando el buque atracó en Dublín, el fugitivo ya no estaba a bordo. Algunos creen que cayó por la borda y murió ahogado. ¿O fue asesinado para impedir que delatara a otros implicados en el crimen? Otros creen que logró sobrevivir. Incluso en 2019, Interpol lo seguía incluyendo en su lista de los criminales más buscados del mundo.

Fernando García continúa luchando por descubrir la verdad. En 2019 se estrena un documental en la plataforma de *streaming* Netflix, en el que vuelve a responder numerosas preguntas y a recordar lo ocurrido entonces. Un año después, el periódico *Costa*

News informa de que un seguidor de la serie había iniciado su propia investigación y encontró restos óseos antiguos en la zona de La Romana, los cuales entregó a la Guardia Civil.

Una prueba de ADN habría revelado coincidencias con su hija Miriam, explica Fernando al periódico *Las Provincias*. «Eso nos lo han confirmado por escrito las autoridades», asegura. La policía, en cambio, no ha confirmado el hallazgo.

Desde entonces, no ha habido novedades en el caso de las chicas de Alcàsser, no se han publicado informes recientes, y el reportaje de *Costa News* no generó ningún nuevo revuelo mediático. ¿Fue Antonio el responsable? ¿Fue Ricart condenado por error? ¿O el triple asesinato encubre algo mayor? A día de hoy, el caso sigue sin resolverse. Tampoco los medios lograron esclarecer todos los detalles y contradicciones.

«Quien te halaga, ya te ha engañado o espera hacerlo.»

– Thomas Fuller (1608–1661),
historiador inglés

CAPÍTULO 3:

El emisario del rey

El 19 de junio de 2014 amanece soleado, y está lejos de ser un jueves cualquiera en Madrid. En la capital de España, desde primera hora de la mañana, numerosos ciudadanos ocupan las calles, se alinean tras las vallas de seguridad e intentan hacerse con un buen sitio desde el que ver la calle. La población está emocionada, con ánimo festivo, y el cielo azul y resplandeciente ofrece el escenario ideal para lo que está por venir: hoy se celebra la coronación del nuevo rey de España.

Tras la abdicación de Juan Carlos, de 77 años, su hijo Felipe asciende al trono. Sobre las diez de la mañana, la futura pareja real recorre las calles frente al Palacio de la Zarzuela, donde el padre le ha hecho entrega de la banda real. Se dirigen al Congreso, saludando al público que se amontona a ambos lados de la calzada. La ovación estalla en cuanto aparece el coche real. El pueblo agita banderas y aplaude.

Al llegar frente al Parlamento, el heredero al trono pasa revista a la parada militar. En el interior del edificio, la corona y el bastón esperan para su investidura como nuevo jefe de Estado. Tras su primer discurso en el Parlamento, Felipe aparece en el balcón del Palacio Real, acompañado por su familia. La multitud vuelve a aclamarle antes de que se retire al salón de gala, donde le esperan los invitados distinguidos.

Mientras tanto, un joven, vestido con un traje caro, pasea por el palacio haciéndose numerosos selfis. Lleva sus rizos negros peinados hacia atrás con gomina, y su rostro redondeado sonríe a la cámara, unas veces con timidez, otras con una alegría radiante. El joven, que casi parece un adolescente, se hace fotos en los lugares más diversos: espacios a los que la mayoría de la gente probablemente nunca tendrá acceso.

Porque, para asistir a la recepción del nuevo rey, hace falta una invitación. Solo están presentes los invitados selectos: la élite de

España, los hombres y mujeres más influyentes del país.

¿Quién es, entonces, ese joven que se mueve entre los poderosos como si fuera uno más? ¿Un hijo de familia adinerada? ¿Un aristócrata? ¿O acaso trabaja para el gobierno o la familia real? Con total naturalidad, se sitúa en la fila para felicitar al nuevo monarca.

Y entonces llega el momento: el desconocido estrecha primero la mano del nuevo rey, Felipe, y luego la de su esposa, la reina Letizia. Se toman fotos y se graban imágenes que, poco después, aparecerán en los medios de comunicación.

Él mismo comparte en su cuenta de Facebook —identificada como «empresario»— una imagen de aquel momento tan significativo. Lo que nadie sabe en ese instante es que ese joven de 20 años no es nadie: un estudiante de Derecho que, sin título, sin diploma y sin encargo oficial, ha logrado infiltrarse en el lugar donde se reúnen los poderosos. Y aprovechará ese momento para presentarse más adelante como el emisario del rey.

El 18 de abril de 1994, 20 años antes, nace en Madrid Francisco Nicolás Gómez Iglesias. Es hijo único de una familia de clase obrera que vive en Prosperidad, un barrio humilde, de la capital. El niño —al que sus amigos y familiares llaman cariñosamente Fran— muestra desde pequeño un carácter extrovertido. Ya entonces le encanta ser el centro de atención o posar ante la cámara.

—Un encanto. Nunca fue un niño travieso—, dirá más adelante su madre, María.

En especial durante fiestas, cumpleaños y celebraciones navideñas, sus padres lo graban en vídeo: Fran se siente visiblemente cómodo bajo los focos.

A pesar de sus escasos recursos, sus padres no lo matriculan en un colegio público, sino en un colegio católico de élite, situado en un barrio acomodado de Madrid. Es el único alumno de su clase que no proviene de una familia rica.

Pero Fran aprende rápido: si no quiere ser excluido, debe convertirse en uno de ellos. Desde entonces, el chico se comporta como si perteneciera a la alta sociedad y fuera realmente rico.

Durante aquellos años, su aspiración era convertirse en Papa. Un día le explica a su madre que así podría vivir en un palacio, con empleados, un coche blindado y guardaespaldas. Para ello, solo tendría que bendecir a la gente, dice el niño. María se ríe y considera aquellas palabras una ingenuidad infantil. No imagina que su hijo lo dice en serio: quiere convertirse en una figura conocida y, desde muy joven, empieza a sentar las bases para lograrlo.

Cuando Francisco tiene 10 años, muere el Papa Juan Pablo II. En Madrid, la noche del 2 de abril de 2005, se celebra un acto conmemorativo al que el joven lleva a sus padres casi a la fuerza. Allí, las cámaras lo atraen como un imán. Con total naturalidad, el niño —vestido con un jersey claro y un chaleco oscuro— se coloca junto a un reportero de televisión, quien acaba entrevistándolo y le da así su primera aparición en televisión.

Desde entonces, sigue siempre la misma estrategia: en innumerables actos públicos, el niño —y más tarde el adolescente— ocupa la primera fila, como si perteneciera al entorno oficial. Con esa misma edad, le pide a su madre que lo lleve a la sede del Partido Popular (PP). Quiere ayudar oficialmente en el reparto del material electoral. El interés de Fran por la política despierta, y empieza a pasar su tiempo libre en el partido.

En la adolescencia, sus notas en el colegio son tan malas que está a punto de ser expulsado del centro católico de élite. Fran ya no se plantea volver a una escuela pública; ha interiorizado demasiado la idea de que forma parte del *establishment.* Al principio intenta evitar la expulsión con amenazas, advierte que se lo contará al obispo. Pero la dirección del centro no se deja intimidar.

Cuando finalmente se confirma su expulsión, el joven logra ser admitido en una escuela deportiva de élite. Hasta el día de hoy, sigue sin saberse cómo consiguió entrar sin practicar ni un solo deporte, y mucho menos ser un atleta de alto nivel. Años más tarde, cuando un periodista le pregunta al respecto, Fran responderá entre risas:

—Solo por enchufe. Mis contactos me abrieron las puertas.

El joven lo tiene claro desde hace tiempo: conocer a personas influyentes puede ayudarle a convertirse en alguien importante. O, al

menos, a parecerlo.

A los 14 años, le pide a su madre que lo lleve a la Fundación FAES, un centro de pensamiento vinculado al Partido Popular y dirigido por el expresidente del Gobierno José María Aznar. Por esas mismas fechas, Fran se traslada a vivir con su abuela. Comienza a trabajar en exclusivos clubes nocturnos y a organizar eventos para los hijos e hijas de la alta sociedad. En cada ocasión, forma un equipo de relaciones públicas con otros adolescentes, lo que le permite ganar cada vez más influencia entre la nueva generación de la élite madrileña. Todos quieren ser sus amigos, porque él decide quién recibe las invitaciones a las fiestas más exclusivas.

Algunos de esos jóvenes son hijos de políticos influyentes, lo que le abre a Francisco las puertas de distintas organizaciones políticas.

Asiste a eventos y congresos del partido, entra y sale libremente de la Fundación FAES y se autoproclama líder de la organización juvenil. Para ello, recluta a otros jóvenes y se mueve por esos círculos como si realmente formara parte de ellos. Nadie se pregunta quién es en realidad.

A los 15 años, viaja por primera vez en un coche oficial, facilitado por un concejal. El adolescente de rizos negros y rostro aniñado ha logrado hacerse un hueco en los círculos de la política española sin ser político ni tener preparación alguna.

La jugada maestra que cambiaría su vida llega poco después: en febrero de 2010, el adolescente aparece sentado junto al expresidente del Gobierno José María Aznar durante una rueda de prensa, en la que es fotografiado a su lado. Años más tarde, Fran afirmará que, por supuesto, tenía derecho a sentarse junto al antiguo líder político: al fin y al cabo, él lo había organizado todo y fue quien presentó a Aznar ante los asistentes.

Esa imagen marcaría un antes y un después en su vida. Es la fotografía de un joven rodeado de personas poderosas. ¿No debía de ser uno de ellos? Eso es, al menos, lo que suponen muchos de los que ven la famosa imagen, algo que el adolescente no duda en explotar en sus perfiles en redes sociales.

La imagen le abre puertas y consolida su nueva táctica: dejarse fotografiar con el mayor número posible de personalidades del país y

utilizar esas imágenes estratégicamente en sus perfiles.

Así aparecen también fotos junto a la esposa de Aznar, Ana Botella —entonces alcaldesa de Madrid—, la periodista Ana Rosa Quintana y la expresidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre. Incluso circulan varias imágenes suyas con el secretario de Estado Jaime García-Legaz, quien además es vicepresidente segundo de la Fundación FAES. Fran insinúa que organiza fiestas para él y que incluso participa en decisiones políticas de peso.

El joven sube todas esas fotos a sus redes sociales. Así, sus amigos pueden ver constantemente con qué figuras influyentes se relaciona. Se fotografía con ellas en todo tipo de actos sociales y políticos: desde foros académicos hasta cenas privadas para altos ejecutivos.

También hay constancia de una cena con Juan Miguel Villar Mir, propietario de OHL —una de las mayores constructoras de España—, con quien comparte mesa. En otra imagen, Fran aparece junto al exministro de Agricultura Miguel Arias Cañete. El adolescente tampoco duda en publicar una foto en la que se le ve sentado en el palco del estadio del Real Madrid, un espacio reservado exclusivamente a los poderosos y los ricos.

En noviembre de 2011 se celebran elecciones generales en España. Las perspectivas de victoria para el Partido Popular son buenas, y su candidato, Mariano Rajoy, entra de buen humor en un colegio electoral y, ante decenas de fotógrafos y cámaras, deposita su papeleta en la urna. A la izquierda de la imagen aparece, una vez más, un joven discreto: Francisco Nicolás Gómez Iglesias, de 17 años.

Cómo llegó a estar en esa imagen sigue siendo un misterio. Lo mismo ocurre con su presencia, poco después, en el balcón de la sede del partido, celebrando la victoria junto a las figuras más destacadas de la organización.

Tras la victoria electoral, muchos de los compañeros de foto de Fran acceden a puestos clave en el nuevo gobierno: Jaime García-Legaz es nombrado secretario de Estado de Comercio, bajo la tutela del ministro de Economía; Soraya Sáenz de Santamaría se convierte en vicepresidenta del Gobierno y responsable del área de seguridad

nacional, algo que Fran también sabrá aprovechar más adelante, aunque nunca llegó a aparecer en una foto junto a ella.

Además, el joven asegura que, por esas fechas, comenzó a colaborar con el servicio secreto español, el Centro Nacional de Inteligencia (CNI), como un supuesto «Charlie» —término que, en la jerga del espionaje, se refiere a colaboradores externos no remunerados—. Según él, realizó algunas tareas menores.

En 2012, Fran termina el colegio y decide perfeccionar su relato personal matriculándose en la Universidad de Madrid para estudiar Derecho. No solo se trata de un centro académico prestigioso, costoso y exclusivo, sino que el acceso requiere superar una exigente prueba de admisión. Francisco Nicolás Gómez Iglesias es aceptado. Sin embargo, él nunca se presenta al examen de acceso: en su lugar, lo hace otra persona, utilizando —según afirma— un documento de identidad falso emitido por los servicios secretos.

Al mismo tiempo, el recién estrenado universitario se instala en una lujosa villa en El Viso, uno de los barrios más exclusivos de Madrid.

El joven empieza a llevar una vida de lujo: su dormitorio ocupa toda la planta superior de la vivienda y, además de piscina, la villa cuenta también con sauna. Por si fuera poco, la casa resulta el lugar perfecto para organizar fiestas e impresionar a otros jóvenes de la élite madrileña. Y no solo eso: también se convierte en un importante punto de encuentro para destacados empresarios. Numerosas fotos con empresarios le abren constantemente nuevas puertas al joven de 18 años, facilitándole el acceso a otros altos cargos del mundo económico. La villa resulta perfecta para celebrar reuniones sobre asuntos que deben mantenerse en secreto, ya que allí nadie escucha… excepto Fran.

El astuto joven aprendió pronto que la información es poder y dinero. Hace tiempo que compra información aquí y la revende por más dinero allá. Fran cobra comisiones de empresarios y políticos por pequeños encargos y gestiones. El conocimiento es poder, y los contactos, su herramienta; lo sabe bien el seguro estudiante. Aunque no vive en un palacio con coches blindados y guardaespaldas, como soñaba de niño, el joven de 18 años al menos

ya cuenta con empleados que se encargan del mantenimiento de su villa. Eso sí, el mayor logro de Francisco aún está por llegar.

Es junio de 2014, el mes en que el príncipe Felipe será proclamado rey tras la abdicación de su padre. Se trata de uno de los acontecimientos más importantes de la historia de España. Y, por supuesto, Francisco Nicolás Gómez Iglesias no puede faltar en primera fila.

Poco antes ha conocido a Catalina Hoffmann, una empresaria y fundadora de Vitalia, una empresa que gestiona una red de centros de día para personas mayores. En nombre de ella, Fran escribe a la Casa Real solicitando una invitación al acto de proclamación, alegando que estaba «triste porque no había recibido ninguna».

Una vez enviada la invitación para Catalina Hoffmann, Fran vuelve a ponerse en contacto con los responsables del evento para conseguir otra también para él.

Su interlocutor le responde que la invitación debe estar vinculada a la de Hoffmann. Para evitar que los periodistas sospechen de un escándalo al revisar la lista de invitados, un empleado del Palacio —según la versión de Fran— le recomienda que use otro nombre. Así, Francisco opta por el alias Álvaro de Pedroso.

Poco después, llega un segundo correo electrónico: esta vez con una invitación para Hoffmann y otra para Pedroso.

El 19 de junio, Francisco Nicolás Gómez Iglesias de 20 años, viaja en coche junto a la empresaria Catalina Hoffmann. Pasan por dos controles de seguridad: uno de la Policía Militar y otro de la Guardia Civil. En el segundo, ni siquiera les solicitan documentación, identificaciones ni las invitaciones. El propio Fran se sorprende de lo fácil y rápido que ha sido acceder al Palacio. Poco después, ya está en la fila para felicitar al nuevo monarca. Tras Catalina Hoffmann, estrecha la mano del recién proclamado rey, se inclina con la reverencia protocolaria, y los fotógrafos inmortalizan también ese momento.

El joven de 20 años lo ha conseguido: ha logrado que lo fotografíen junto al rey Felipe. Ha llegado hasta aquí sin que nadie haya preguntado jamás quién era, qué hacía allí o por qué se movía con tanta naturalidad entre la élite española.

Pero el principio del fin está a punto de llegar. El éxito alcanzado con la coronación real se le sube a la cabeza al joven. A esas alturas, cree que todo le está permitido, que saldrá indemne de cualquier situación.

Así, el 13 de agosto de 2014, el presidente del Club Náutico de Ribadeo, Ramón Acuña, recibe una llamada. Su interlocutor asegura ser un intermediario entre la Casa Real y la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría. Le pide que reserve varias plazas de aparcamiento.

El presidente del Club responde que debe consultarlo con el ayuntamiento de la ciudad portuaria. También el jefe de policía del municipio recibe una llamada de un supuesto miembro de la Casa Real, que solicita una escolta policial desde la salida de la autopista hasta un conocido restaurante. El jefe de policía llama al alcalde, Fernando Suárez, quien aprueba la petición sin reparos. Ninguno de ellos sabe con certeza quién va a llegar, pero todos están muy expectantes ante la visita.

Toda la atención gira ahora en torno a Francisco Nicolás Gómez Iglesias, quien tiene una cita en el restaurante con el empresario del sector del transporte Jorge Cosmen. Este último cree que va a reunirse con un emisario de la Casa Real y mediador de la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría.

El motivo del encuentro: la inminente privatización de ciertos servicios del transporte público. Un día antes de la reunión, Cosmen recibe una llamada en la que se le informa de que asistirá también el rey. Aunque le resulta sospechoso, llama al restaurante para ampliar la reserva. Desde el establecimiento le confirman que el Palacio ya se había puesto en contacto para anunciar la presencia del monarca. Esto termina de convencerle, y el rumor de que el rey visitará Ribadeo corre como la pólvora. Incluso Cosmen acaba creyéndoselo.

El 14 de agosto de 2014, una limusina escoltada por la policía recorre con luces azules y gran despliegue el trayecto desde la autopista hasta el restaurante de Ribadeo. Pero no es el rey quien se baja del vehículo, sino su supuesto emisario.

Fran se disculpa en nombre del jefe de Estado, alegando que este ha cancelado la visita en el último momento, aunque insiste en que

la reunión debe celebrarse igualmente con él. Jorge Cosmen vuelve a quedarse perplejo. Tras el almuerzo, llama tanto a la Casa Real como a la oficina de la vicepresidenta Sáenz de Santamaría para preguntar por el supuesto emisario o colaborador, pero nadie lo conoce.

Finalmente, desde la oficina política se solicita al Ministerio del Interior que verifique la identidad del joven. Es entonces cuando se inician las investigaciones: ¿quién es Francisco Nicolás Gómez Iglesias? Aun así, pasarán algunas semanas hasta que las autoridades lo confronten formalmente. No será hasta octubre.

La Policía crea un equipo de investigación llamado «Nicolay», que comienza a revisar una gran cantidad de documentos, actas de reuniones y actividades del impostor. En octubre, es vigilado durante una semana. Los agentes lo observan mientras imprime documentos en un cibercafé. Cuando Francisco abandona el local, los agentes investigan el lugar y encuentran documentos que llevan el escudo de la Casa Real.

También lo observan circular con matrículas falsas que lo identifican como diplomático. Fran incluso hace uso de una luz azul de emergencia para que lo trasladen a la universidad. Los agentes siguen también de cerca una reunión con un empresario interesado en vender una villa en Toledo. Ante él, el joven de 20 años se presenta como asesor del Gobierno y colaborador de la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría, y le exige una comisión de 25.000 euros por su supuesta intermediación en la operación inmobiliaria.

El 14 de octubre le ponen las esposas. Francisco Nicolás Gómez Iglesias es detenido por la Policía Nacional, acusado de falsificación de documentos, estafa y suplantación de identidad. Se registra su domicilio, donde se incautan matrículas falsificadas y credenciales falsas de la Policía y de la Guardia Civil.

Los investigadores también encuentran el expediente sobre la operación inmobiliaria recientemente organizada, en el que figuran firmas falsificadas del secretario de Estado y del subsecretario. Fran pasa tres días en prisión preventiva, hasta que el 17 de octubre un juez autoriza su puesta en libertad bajo fianza.

—Todavía me resulta un misterio cómo logró mantener su farsa durante tanto tiempo sin consecuencias —se sorprende la jueza instructora Mercedes Pérez.

El médico forense trata de encontrar una explicación y concluye:

—El joven padece una forma especialmente florida de delirio de grandeza.

En los días siguientes, el impostor desaparece de la escena, pero su rostro se vuelve más conocido que nunca. Los medios españoles informan sobre el «joven con cara de adolescente», cuyo perfil de Facebook muestra numerosas fotos junto a políticos de alto nivel. En su álbum apenas falta una sola figura de la élite política española.

En medio del revuelo mediático, incluso se lanza una aplicación llamada «Tu foto con Nicolás», que permite a cualquiera insertar la cabeza de Fran en distintas imágenes. A las fotos reales se suman ahora numerosos montajes digitales que circulan por internet, en los que aparece el joven de 20 años junto al papa o al presidente estadounidense Barack Obama. La gente se lo toma con humor.

En los días y semanas siguientes, van saliendo a la luz cada vez más detalles sobre sus actividades fraudulentas, y la prensa le pone el apodo de *El pequeño Nicolás*, en alusión a un cómic del creador de *Astérix el Galo.* El mote juega además con su segundo nombre, aunque él prefiere que lo llamen «Fran».

La historia fascina al público: ¿cómo consigue un estudiante colarse en los círculos más altos del país? ¿Quién pagaba las limusinas de lujo y al chófer? Fran apenas da abasto con la avalancha de solicitudes de entrevistas que recibe. Le llegan unas 200. Pero él guarda silencio.

En su lugar, es su abogado, Israel Paz, quien declara a varios periódicos que su cliente se encuentra abrumado por lo ocurrido y que insiste en su inocencia:

—Nicolás nunca se hizo pasar por otra persona, siempre mostró su documento de identidad, y todas las relaciones que mantiene en las altas esferas políticas —que ha puesto en conocimiento de la policía y del juez— son auténticas —afirma Paz.

El letrado subraya que las personas implicadas, incluido el propietario de la finca en Toledo interesado en venderla, no tienen

intención de presentar cargos contra él. Aun así, quedan varios aspectos por esclarecer, entre ellos su lugar de residencia. En el momento de su detención, Fran declaró como domicilio la villa en El Viso.

El pequeño Nicolás guarda silencio durante 39 días. En noviembre de 2014, Francisco Nicolás Gómez Iglesias vuelve a aparecer en escena. Concede entrevistas a la cadena de televisión Telecinco y al diario *El Mundo,* donde ofrece su versión de los hechos: asegura ser presidente de la organización juvenil del grupo local del Partido Popular en Moncloa-Aravaca. Según su relato, no solo colaboró con el Centro Nacional de Inteligencia (CNI), sino también con la Casa Real y la Vicepresidencia del Gobierno. Afirma, entre otras cosas, haber negociado con Carlos García Revenga —exsecretario personal de la infanta Cristina— respecto a su imputación por presunto fraude fiscal. También asegura haber participado en el conflicto con los independentistas catalanes y, según su versión, difundió informaciones falsas por orden del Gobierno para poner a la defensiva al partido Esquerra Republicana.

Francisco expone su historia con tanta seguridad y firmeza que resulta difícil distinguir la verdad de la mentira. La opinión pública está dividida. Muchos creen al joven de 20 años, ya que la política ha perdido gran parte de su credibilidad tras años de escándalos de corrupción. Por eso, historias como la suya, por increíbles que parezcan, resultan para muchos perfectamente plausibles.

Aun así, tras la publicación de las entrevistas, llueven numerosos desmentidos. Jaime García-Legaz, secretario de Estado de Comercio bajo el ministro de Economía, niega tener una relación cercana con Francisco. Afirma que las conversaciones de chat con el impostor fueron falsificadas y niega cualquier implicación del joven en asuntos políticos, a pesar de que existen numerosas fotos de ambos juntos. Amigos de Fran aseguran que García-Legaz sí lo conocía bien.

La Fundación FAES también desmiente cualquier vinculación y niega tener una relación estrecha con la cúpula del partido y con José María Aznar:

—Ese joven fue asistente en un evento dirigido por el expresidente, pero nunca mantuvo una relación directa con la fundación.

No forma parte del consejo directivo ni ha trabajado nunca para FAES. Por su parte, Catalina Hoffmann niega haber introducido al joven de 20 años en la recepción de la proclamación del rey. Insiste en que recibió una invitación a título personal, aunque afirma que ese correo electrónico ya ha sido eliminado. Sin embargo, las investigaciones revelan que desde Palacio nunca se envió ningún correo electrónico a su dirección, mientras que las dos invitaciones enviadas a Francisco sí han sido confirmadas.

—Lo que afirma Nicolás es mentira. Nunca trabajó para nosotros —declara un portavoz de la vicepresidenta Sáenz de Santamaría.

—No tengo, ni he tenido jamás, ningún contacto con el pequeño Nicolás —añade Carlos García Revenga, exsecretario personal de la infanta Cristina.

El propio CNI también lo desmiente:

—Estuvo el año pasado en nuestra sede. Se presentó como organizador de eventos, pero nunca le asignamos ninguna misión —explica un agente del Centro Nacional de Inteligencia al periódico alemán *Welt am Sonntag*. Está indignado por el hecho de que Nicolás presentara cartas de recomendación manipuladas con el logotipo del CNI:

—En tiempos de Internet, falsificar es un juego de niños —añade.

Otros optan por no hacer declaraciones:

—No facilitamos información sobre una persona contra la que hay un procedimiento abierto —comunica la Alcaldía de Madrid.

La empresa constructora encargada del mantenimiento de la villa en El Viso también se niega a hacer declaraciones. Según Fran, la vivienda le fue asignada por el Centro Nacional de Inteligencia. Sin embargo, toda apunta a que obtuvo las llaves gracias a una empleada de la agencia inmobiliaria, supuestamente para vigilar la propiedad de un inversor húngaro. El dueño de la casa, el aristócrata Kíril de Bulgaria, asegura que no conoce a Francisco.

Será la investigación la que determine qué afirmaciones resultan ser ciertas, y los tribunales quienes tomen la decisión final. Transcurrirán años antes de que se celebren, en total, cuatro juicios. En diciembre de 2014, Francisco es acusado de falsificación de documentos, fraude y difamación.

Sin embargo, las investigaciones se complican: dentro de la propia Policía salen a la luz casos de corrupción, traición y espionaje. Como ocurrió con el «superespía» de España, José Manuel Villarejo[1], un excomisario de policía que trabajaba con frecuencia como agente encubierto y que, además de sus funciones oficiales, presuntamente espiaba de forma ilegal a políticos, altos ejecutivos y banqueros.

¡Pero esa es otra historia!

Para el «pequeño Nicolas», todo esto significa que seguirá en libertad durante muchos años más y podrá sacar partido de su nueva —y aún mayor— popularidad. Así, participa en el programa de televisión *Gran Hermano VIP* y es invitado oficialmente al palco de honor del Real Madrid. En las entrevistas, Francisco sigue sosteniendo que es colaborador del servicio de inteligencia y que actúa únicamente por orden de sus superiores.

El 9 de junio de 2021, el Tribunal Superior de Justicia de Madrid lo condena a su primera pena de prisión: un año y nueve meses, además de una multa de 2.700 euros. Este juicio se refería a la falsificación del documento de identidad con el que se presentó al examen de acceso a la carrera de Derecho.

En julio de 2021, la Audiencia Provincial de Madrid lo condena a tres años de cárcel por el mediático viaje a Ribadeo, debido a los delitos de usurpación de funciones públicas y cohecho activo.

El 12 de diciembre de 2022, Francisco es declarado culpable por tercera vez por la Audiencia Provincial de Madrid, esta vez por usurpación de funciones públicas y falsificación de documentos, vinculada al intento de venta de la villa en Toledo. La pena impuesta asciende a tres años y cinco meses de prisión.

El cuarto juicio concluye también con una condena, el 3 de marzo de 2023, que le suma otros cuatro años y tres meses de cárcel, además de una multa de 7.300 euros. En este caso, los cargos hacen referencia al descubrimiento y divulgación de secretos, revelación de información reservada y cohecho. El tribunal madrileño considera probado que el pequeño Nicolás accedió a datos confidenciales de bases de datos policiales con el fin de obtener favores y beneficios económicos.

En conjunto, las cuatro sentencias suman una pena total de doce años y cinco meses de prisión.

Aun así, Francisco no está en prisión. Sus abogados han recurrido todas las sentencias, por lo que será el Tribunal Supremo quien deba tomar una decisión definitiva.

La primera sentencia, relacionada con la falsificación del documento de identidad, fue ratificada en diciembre de 2023. Sin embargo, la pena fue suspendida por lo que Fran sigue sin ingresar en prisión. En el caso de Ribadeo, el Tribunal Supremo lo absuelve en mayo de 2024 al considerar que no hubo delito alguno, ya que se trató de un caso aislado, «no se reconoció ejercicio de funciones públicas» y, por tanto, «no se vio afectado el bien jurídico protegido por el delito de cohecho».

Las decisiones definitivas sobre las dos penas de prisión restantes —que suman un total de siete años y ocho meses— quedan aún por resolverse.

A día de hoy, el joven de 30 años sigue en libertad, una década después de que se descubrieran sus artimañas. Algunos aspectos aún no han sido completamente esclarecidos. «El pequeño Nicolás» calla intencionadamente sobre ciertos temas, como admite en un documental de Netflix que se estrena en enero de 2024.

—Siempre es bueno tener un as bajo la manga —dice aquí con una sonrisa.

Sigue apareciendo en los medios. En septiembre de 2024 es invitado a una fiesta de lujo en Ceuta. La administración quiere mostrar, junto a *influencers*, que la ciudad española en la costa norteafricana y en el estrecho de Gibraltar tiene mucho que ofrecer a los turistas, pero sobre todo resulta especialmente atractiva fiscalmente. La presencia del «pequeño Nicolás» en la fiesta de varios días, con un coste estimado de 45.000 euros, fue duramente criticada por algunos sectores.

Fran no deja pasar la ocasión de responder en las redes sociales. Hasta hoy sigue en libertad y aparece en fotos de prensa, televisión e internet. La gente lo para por la calle para hacerse selfis y pedirle autógrafos.

¡Toda España conoce a Francisco Nicolás Gómez Iglesias!

1 Ver caso 11 «El hombre que todo lo sabe.»

«La confianza nunca regresa al alma de la que una vez se ha ido.»

– Publilio Siro (siglo I a. C.),
escritor romano

CAPÍTULO 4:

El pequeño dios

Paquita siempre ha pensado que el otoño trae consigo un aire de fugacidad. El calor del verano se desvanece y los primeros vientos frescos anuncian la llegada del cambio. Las hojas caídas que cubren aceras y calles le recuerdan siempre lo efímero de todo. Sin embargo, el otoño de 2010 le resulta a la anciana especialmente oscuro y desolador. Ese año parece un silencioso presagio de la muerte.

Inmóvil yace Paquita sobre la incómoda camilla mientras el equipo de emergencias la saca de su último hogar hacia la ambulancia aparcada en la calle, frente a la residencia de ancianos *La Caritat.*

Con todas sus fuerzas, Paquita intenta abrir los ojos para mirar una vez más al cielo y contemplar las estrellas brillantes. Ante su mente destallan recuerdos: rostros del pasado y palabras olvidadas. Su cuerpo se siente pesado y ajeno. Su respiración es débil. Siente su corazón latir con dificultad en el pecho, mientras la ambulancia se lanza por la oscuridad y el aullido de las sirenas rompe el silencio de la noche.

Una vez en el hospital, los médicos reconocen que ya no pueden hacer nada por Paquita. Pocas horas más tarde, la mujer fallece. Pero ninguno de los médicos quiere firmar el certificado de defunción: han observado quemaduras químicas alrededor de la boca de la anciana, lo que les hace sospechar que no ha muerto por causas naturales.

El juez de instrucción encargado del caso ordena la autopsia de la fallecida. Durante el examen, el médico forense detecta lesiones típicas en las mucosas de la lengua, la laringe, el esófago y el estómago, como las que provoca el contacto con sustancias corrosivas. El forense informa de inmediato a la policía.

Joan Vila Dilmé nace en septiembre de 1965 en Castellfollit de la Roca, en Cataluña. Sus padres trabajan en la fábrica local de embutidos. La familia, de recursos modestos, vive con lo justo. Vila

crece como un niño reservado, que no llega a entablar amistades con otros niños de su edad. Prefiere quedarse en casa y jugar con sus muñecas.

El rendimiento escolar del chico es bajo. Parece no mostrar interés por ninguna asignatura. Cuando Vila entra en la adolescencia, empieza a experimentar algunos cambios físicos que lo llevan a aislarse cada vez más y a evitar a otros chicos como el diablo evita el agua bendita. El rostro de Vila está lleno de imperfecciones y, a veces, sus manos empiezan a temblar y a sudar de forma repentina. Vila intenta ignorar esos movimientos incontrolados y la humedad, pero le preocupan cada vez más y no hacen más que aumentar su inseguridad.

También el inicio de su desarrollo sexual lo desconcierta. Mientras observa cómo otros chicos de su edad empiezan a interesarse por las chicas, Vila se siente atraído por su mismo sexo. En ocasiones, incluso tiene la sensación de estar atrapado en un cuerpo que no le corresponde. No encuentra otra explicación para el impulso frecuente de vestirse a escondidas con la ropa de su madre.

Tras terminar los estudios, Vila comienza a formarse en una escuela de peluquería. Por primera vez, el joven empieza a relacionarse con mujeres de la ciudad. En su tiempo libre, se reúne con ellas para practicar peinados y perfeccionar sus habilidades como estilista. Una vez terminada la formación con éxito, Vila abre su propio salón de belleza, *Tons-Cabell Moda.* Sin embargo, poco después se ve obligado a cerrar el negocio. Los motivos no están claros.

Más tarde, Vila decide estudiar quiropráctica. No se sabe con certeza si llegó a terminar la carrera, aunque parece poco probable si se observa el rumbo que toma su trayectoria profesional. Durante un tiempo, Vila trabajo como ayudante de cocina en varios restaurantes, antes de formarse como cocinero y abrir su propio local. Pero esta profesión tampoco parece satisfacerle. Más adelante, aprende el oficio de sastre y consigue un empleo en una fábrica textil.

La sensación de que no hay un lugar para él en este mundo, sus cambios de humor y, sobre todo, sus manos temblorosas y sudorosas, le generan un profundo malestar. Tiene poco más de

veinte años cuando, en 1990, acude por primera vez a una consulta psiquiátrica. Vila se queja de que algo no va bien en su cabeza. Dice que tiene dificultades para recordar cosas. Cuando se encuentra entre mucha gente, experimenta un miedo paralizante.

Cada mes o dos, Vila acude a sus sesiones con el especialista. Pasa bastante tiempo hasta que se atreve a contarle lo que más le atormenta: los movimientos incontrolables de sus manos sudorosas. A pesar de todos los esfuerzos, el psiquiatra acaba reconociendo que no puede ayudar a su paciente.

Vila tiene ya más de 35 año cuando sus molestias y problemas se agravan. Vuelve a someterse a un tratamiento psiquiátrico. Su madre lo acompaña a cada cita. Ahora, Vila sufre angustiosos ataques de pánico, y una autoestima muy baja que también lo atormenta. Además, se siente solo; nunca ha tenido una relación sentimental. Pero lo que más le preocupa siguen siendo sus manos temblorosas y sudorosas, algo que repite al psiquiatra en cada sesión.

Para calmar los nervios, fuma decenas de cigarrillos al día y mezcla ansiolíticos o alcohol en sus bebidas energéticas. Vila sigue una dieta estricta y es extremadamente meticuloso con la limpieza. El psiquiatra le diagnostica un trastorno de personalidad ansioso-depresivo con rasgos obsesivo-compulsivos.

Tras comprobar que el trabajo como sastre en la fábrica de textil tampoco lo hace feliz, comienza una formación como auxiliar de enfermería. En mayo de 2005, con 40 años ya cumplidos, Vila consigue un empleo en una pequeña residencia privada de ancianos llamada *El Mirador de Banyoles*. En algún momento de ese periodo, Vila descubre una nueva pasión. Su interés se centra ahora en la tanatopraxia: el arte de conservar y embellecer a los fallecidos.

Tras solo ocho meses, Vila renuncia y empieza a trabajar como auxiliar de enfermería en la residencia de ancianos *La Caritat,* en Olot. El motivo del cambio es que Olot queda más cerca de Castellfollit de la Roca, donde reside Vila. La dirección y el personal de *El Mirador de Banyoles* lamentan su marcha y lo recuerdan con gran afecto. El director incluso le asegura que estaría dispuesto a readmitirlo en cualquier momento si cambia de opinión.

Vila se adapta enseguida a su nuevo puesto de trabajo. Sus compañeros le tienen un gran aprecio. Se le considera muy comprometido, siempre dispuesto a echar una mano y a hacer horas extras sin una queja. Los ancianos, a quienes cuida con devoción, aprecian al auxiliar de enfermería de voz suave. Vila disfruta del reconocimiento de los residentes. Parece que, tras tantos años de inestabilidad, por fin ha encontrado su verdadera vocación.

Durante sus descansos, e incluso en su tiempo libre, peina a las señoras mayores; compra esmalte de uñas con su propio dinero y las cuida con una manicura. Cuando fallece un residente, Vila se ofrece para preparar el cuerpo para el velatorio, de modo que los familiares puedan despedirse de sus seres queridos con dignidad.

Es el 17 de octubre de 2010. El estado de salud de la residente Paquita empeora repentinamente de forma tan grave que el personal de guardia decide llamar a emergencias. La anciana es trasladada al hospital de Olot, pero los médicos no pueden hacer nada por ella. Poco después de su ingreso, los médicos solo pueden confirmar su fallecimiento. Durante el examen del cuerpo, observan quemaduras químicas en torno a la boca. Poco después, un médico forense confirma las sospechas del personal clínico: Paquita no murió por causas naturales, fue asesinada. Alertada, la policía inicia de inmediato una investigación.

Los agentes de homicidios se dividen en dos equipos. Mientras un equipo interroga en comisaría al personal que estuvo de servicio el 17 de octubre de 2010 en *La Caritat*, sus compañeros inspeccionan las instalaciones del centro geriátrico. Lo primero que hacen es solicitar a la directora las grabaciones de las cámaras de seguridad. Los agentes rebobinan hasta el momento en que uno de los empleados realiza la llamada de emergencia por Paquita. A partir de ahí, la policía retrocede secuencia por secuencia para analizar qué ocurrió en *La Caritat* en los instantes previos.

Mientras tanto, en comisaría, los agentes de homicidios interrogan a la cuidadora que encontró a Paquita en su habitación, en muy mal estado, el día de su muerte y dio la voz de alarma.

—Describa el estado en el que encontró a Paquita. ¿Cómo la vio? —pregunta el policía a la mujer.

—Se la veía extraña —responde la cuidadora con voz serena—. Tenía los ojos desorbitados y la lengua de un tono gris negruzco. Muy inusual.

Luego asegura que Paquita estaba ya tan debilitada que le habría sido imposible ingerir por sí sola una sustancia corrosiva, ni siquiera con intención suicida.

A continuación, los agentes citan a Vila para interrogarlo.

—¿Dónde estaba usted entre las siete y cuarto y las siete y media, mientras los residentes cenaban? —pregunta uno de los policías. —A las siete y cuarto estaba arriba —responde Vila con voz temblorosa.

—¿Estaba usted en la habitación de Paquita?

—insiste el agente.

—No, no, no —responde Vila—. Estaba acostando a unas señoras.

Los investigadores no pueden evitar la sensación de que su interlocutor no les está diciendo toda la verdad. A ojos de los agentes más veteranos, el auxiliar de enfermería parece estar ocultando algo.

Mientras están hablando con el hombre de 45 años, suena el teléfono. Al otro lado de la línea, responde uno de los agentes de homicidios, que investiga en *La Caritat.* Informa que, al revisar el material de las cámaras de seguridad, han hecho un descubrimiento interesante.

En las imágenes se ve a Vila entrando en un pequeño cuarto donde se almacenan los productos de limpieza. Poco más de un minuto después, el hombre vuelve a salir al pasillo. La cámara lo capta caminando con paso firme hacia la puerta de la habitación de Paquita.

Vila parece intuir que los agentes ya saben de las cámaras de seguridad de *La Caritat*. Al parecer, el hombre se da cuenta de que los investigadores pueden reconstruir al detalle cada uno de sus pasos esa noche. No hay otra forma de explicar por qué Vila, de pronto, baja la cabeza y se derrumba. Con voz baja, confiesa haberle administrado a Paquita un producto de limpieza.

Esa noche, Vila la pasa en una sobria y despojada celda de prisión.

Al día siguiente, 19 de octubre de 2010 —dos días después del asesinato de Paquita—, Vila entra en *La Caritat* acompañado de

decenas de agentes de policía, el juez de instrucción y el fiscal. El auxiliar de enfermería ha accedido a colaborar con las autoridades y a ayudarlas a reconstruir lo ocurrido.

Los hombres entran en una pequeña habitación con las paredes pintadas en un tono amarillo huevo. La cama en la que hasta hacía unos días yacía Paquita está ahora vacía. Vila, un hombre bajo, algo corpulento, con las gafas caladas en la nariz, se balancea nerviosamente de un pie al otro. Entre sus manos carnosas sostiene una jeringa de gran tamaño, que hace girar con tensión entre los dedos.

—Entonces, ¿Paquita estaba allí sentada? ¿Se encontraba mal?

—pregunta el fiscal, dirigiéndose a Vila.

—Estaba acostada allí —responde Vila con voz quebrada—. No se sentía bien.

Desesperado, Vila se golpea la frente con la palma de la mano y se aferra al cabello rubio oscuro.

—¿Qué pasaba por su cabeza en ese momento? —pregunta el fiscal.

Vila se lleva la mano al pecho con un gesto teatral:

—Solo quería ayudarla.

—¿Y qué hizo entonces?

—No lo sé.

—¿Le abrió la boca?

—Ya la tenía abierta. Siempre la tenía abierta.

—¿Cuando respiraba?

—Sí, le costaba tomar aire.

—¿Le administró todo el líquido de la jeringa?

—Sí, todo lo que había dentro. No sé cuánto contenía.

Vila confiesa ante los presentes que inicialmente había planeado matar a Paquita con un cóctel de medicamentos. No sabe por qué cambió de idea y, en su lugar, cargó la jeringa con un líquido de limpieza corrosivo. Afirma que no estaba en pleno uso de sus facultades y que, además, llevaba varios días sintiéndose mal y había bebido mucho alcohol en ese tiempo.

Vila da la impresión de estar arrepentido y abatido ante los agentes, el juez instructor y el fiscal. Su rostro está empapado en

lágrimas, su voz es quebradiza y débil. Mantiene la cabeza baja, como si buscara en el suelo respuestas a todas esas preguntas que no dejan de atormentarlo.

—¿Ha bebido vino? —insiste el fiscal.

—Estaba aquí [en la cocina] y bebí vino con Coca-Cola, calimocho. Luego fui a verla... o quizá estuve con ella primero. Ya no lo recuerdo con claridad.

—Usted quería ayudarla, ¿verdad? —le ofrece el fiscal a Vila una oportunidad para explicar su comportamiento.

—Sí —responde Vila con voz llorosa, que resuena en la cocina de la residencia.

Vila, de 45 años, explica que no soportaba ver sufrir a Paquita. Prefería que muriera antes que verla vivir una vida que, a sus ojos, era indigna.

—¿Lo hizo también con otras residentes? —quiere saber ahora el fiscal.

—No que yo recuerde —responde Vila, negando con la cabeza—. Sabina murió esa misma semana, el martes. Hasta donde sé, no tuve nada que ver. Pero estaba muy confuso. Mis compañeras pueden confirmarlo.

—La verdad saldrá a la luz —le advierte el fiscal con tono grave. —Claro —dice Vila—. Pero debe entenderme. Esto es muy difícil para mí.

El alcalde de su ciudad natal le consigue un renombrado abogado penalista. Vila le explica al abogado que ya ha confesado ante la fiscalía: dijo haber ayudado a Paquita a morir. Se aclara la garganta. Durante la reconstrucción de los hechos, mencionó otra muerte —y ahora quiere hablar de ello con su abogado defensor. Vila confiesa haber asesinado a otras dos mujeres: Sabina y Montserrat. Ambas fallecieron en la misma semana que Paquita. Pero insiste en que no mató a más residentes, y reitera su declaración ante la policía.

Los agentes no le creen. Quieren saber si es posible que haya más víctimas.

—Quizás —responde Vila—. No lo tengo claro.

Tras su confesión, todos los implicados comienzan a ver el comportamiento de Vila bajo una nueva luz. ¿Sería por eso que el

hombre siempre se ofrecía a preparar los cuerpos para los familiares, con el fin de ocultar la verdadera causa de la muerte? ¿Y no se quejaba a menudo de que todas las ancianas se le morían entre las manos?

La unidad de homicidios responsable del caso debate cómo proceder a partir de ahora. Los investigadores veteranos sospechan que Sabina, Montserrat y Paquita no son las únicas víctimas de Vila. No tardan en obtener una orden judicial que les permite investigar otras muertes ocurridas en *La Caritat*, para determinar si Vila también estuvo implicado en ellas.

Los agentes revisan meticulosamente todos los registros. Descubren que, entre 2007 y 2010, un total de 59 residentes murieron en *La Caritat* —27 de ellos mientras Vila estaba de turno. Pero lo que más inquieta a los investigadores es el hecho de que Vila estuvo presente en ocho de los últimos nueve fallecimientos ocurridos en 2010 en *La Caritat.*

Después de que los agentes de homicidios presentaran los resultados de su investigación al juez instructor, este ordena la exhumación de estos ocho fallecidos que también podrían haber sido víctimas de Vila.

Los cuerpos exhumados son sometidos a autopsia. Sin embargo, el resultado es decepcionante. Los forenses no logran encontrar pruebas concluyentes que demuestren que Vila asesinó a los ocho fallecidos. La unidad de homicidios se ve obligada a admitir que no pueden demostrar la implicación de Vila en otras muertes ocurridas en *La Caritat,* a pesar de estar firmemente convencidos de que Sabina, Montserrat y Paquita son solo la punta del iceberg.

Mientras espera su juicio en una lúgubre celda de prisión preventiva, Vila decide contarlo todo. Le comunica al juez que desea hablar con él una vez más. Del hombre que antes sollozaba ya no queda ni rastro. Ahora transmite una frialdad inquietante.

El juez repasa una lista con pacientes fallecidos durante los turnos de Vila en *La Caritat*. Tras cada nombre, mira a Vila, que con rostro imperturbable, responde con un «sí» o un «no» si fue él quien los asesinó.

Luego, Vila describe con calma y todo lujo de detalles cómo entraba en la habitación de sus once víctimas y les quitaba la vida. Los presentes no logran detectar ni una sola emoción en el rostro del hombre de 45 años.

Al final de su declaración, se revela ante todos un cuadro completo de los crímenes cometidos por Vila. A sus primeras víctimas las mató con una sobredosis de insulina o un cóctel de medicamentos. Con las tres últimas mujeres, el auxiliar de enfermería fue un paso más allá: les hizo ingerir una sustancia corrosiva. Sabina, Montserrat y Paquita murieron entre terribles sufrimientos.

Con esta confesión, Vila echa por tierra su primera versión, según la cual había matado a las tres residentes porque les tenía aprecio y no soportaba verlas sufrir.

Aunque entre sus primeros asesinatos Vila dejaba pasar largos períodos de tiempo, al final cometió tres crímenes en apenas una semana. Algunos especulan que, al principio Vila actuaba con cautela, pero al darse cuenta de que sus crímenes no eran descubiertos ni tenían consecuencias, fue ganando confianza. Vila empezó a matar con más frecuencia y en intervalos cada vez más breves.

Los antiguos compañeros de Vila lidian mientras tanto con sus propios fantasmas. Paquita era una anciana viuda y sin hijos, que padecía demencia. A diferencia de los demás residentes de *La Caritat,* no le tenía ningún aprecio a Vila; incluso llegó a llamarlo «bastardo». Varias semanas antes de su muerte, Paquita repetía una y otra vez que Vila la golpeaba. Sin embargo, el personal de cuidados no le creyó y desestimó sus afirmaciones como simples desvaríos de una anciana confundida.

Durante la investigación contra Vila, se revela que Paquita en realidad no había tenido alucinaciones en ningún momento. Las grabaciones de las cámaras de seguridad muestran a Vila empujando a Paquita en una silla de ruedas hacia otra planta del centro, donde no hay cámaras instaladas. Poco después, regresa con la anciana. En las imágenes se aprecia con claridad que Paquita presenta heridas en el rostro que antes no tenía.

Lo que sigue sin estar claro es cómo explicó el personal las lesiones de Paquita.

Mientras aún está en prisión preventiva, Vila concede una entrevista a una periodista. Ambos se conocen desde la adolescencia. La periodista le pregunta a Vila si no quiere pedir perdón a los familiares de sus víctimas. Pero Vila lo considera innecesario:

—No pensé que estuviera haciendo algo malo —según un artículo titulado «No pienso disculparme con nadie». —Quizá cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo con personas que ya estaban al final de su vida. Al fiscal, al juez y a todos los demás les dije lo mismo que a ti: la verdad.

A finales de mayo de 2013, dos años y medio después de su último asesinato, Vila debe responder ante la justicia por sus actos. El juicio contra el hombre de 47 años se prolonga durante dos semanas. A lo largo del proceso declaran 120 testigos y peritos. El abogado defensor de Vila confía en que, con la estrategia de defensa basada en que su cliente practicó eutanasia y no cometió asesinatos, pueda alegar circunstancias atenuantes.

En el fondo, el abogado alberga la esperanza de una absolución, como él mismo confesó más tarde en una entrevista televisiva.

En el estrado, Vila declara:

—No me gusta que se hable de intención de matar. Yo no tenía ninguna. Les tenía cariño a esas personas. *La Caritat* era mi vida.

—¿Entonces usted consideraba moralmente aceptable lo que hizo y creía que tenía derecho a hacerlo? —Insiste el fiscal—. ¿Por qué no se lo contó a nadie? Ni en la residencia, ni a sus amigos, ni a las personas a las que decía querer tanto. Si no pensaba que fuera ilegal, ¿por qué lo encubrió?

—Nunca lo oculté —asegura Vila—. Era algo que solo concernía a la persona y a mí. Pensé: Se va al cielo, ahora está bien.

Varios peritos psiquiátricos conversan con Vila y elaboran un perfil detallado de su estado mental. Durante el juicio, comparten sus conclusiones con todas las partes implicadas.

—Durante su infancia y juventud, andaba en busca de sentido —explica uno de los expertos, tratando de comprender los motivos de

Vila—. Desarrolló un interés obsesivo por la muerte y se sumergió por completo en ese tema. La residencia se convirtió para él en una especie de laboratorio privado de la muerte.

Otro especialista plantea la hipótesis de que Vila quedó traumatizado por la muerte de una tía suya en los años 80.

—Cuando tenía 14 años, mi tía vivía en mi pueblo —relata Vila ante el tribunal—. Tenía cáncer de mama y sufrió terriblemente. Han pasado muchos años desde entonces. Aquel sufrimiento fue tan… tan inútil.

La carga emocional que supuso la agonía de esa tía es relevante —explica el perito psiquiátrico—, ya que fue la única persona con la que tenía un vínculo verdaderamente cercano. Con ella podía hablar de sus problemas.

En cuanto a la sexualidad de Vila, el psiquiatra aclara:

—No se trata de homosexualidad. Desde muy pequeño, sentía que era una mujer en el cuerpo de un hombre. Ya de niño encontró rechazo cuando jugaba con muñecas o, más adelante, por ponerse la ropa de su madre. Se sentía indefenso. Estamos hablando de una persona incapaz de comprender o canalizar sus sentimientos.

En cuanto al posible motivo de Vila, uno de los peritos plantea que el acusado quizá quería tener el control absoluto sobre la vida y la muerte. —En esos momentos se sentía como un pequeño dios —afirma el psiquiatra.

A pesar de todas las explicaciones sobre los crímenes de Vila, los expertos coinciden en un punto: Vila sabía perfectamente lo que hacía. Ninguno de ellos considera que el asesino en serie tuviera una capacidad penal disminuida.

Joan Vila no padece ninguna enfermedad mental que altere su voluntad ni sus capacidades intelectuales. Actuó movido por intereses personales —concluye uno de los peritos.

En junio de 2013, el jurado declara a Vila culpable de todos los cargos. Los miembros del jurado no creyeron que actuara únicamente para hacer un favor a sus víctimas. Por once asesinatos, el juez lo condena a una pena total de 127 años y medio de prisión. No obstante, la legislación española establece que la estancia

máxima en prisión para una persona condenada no puede superar los cuarenta años.

Si Vila llegara algún día a recuperar la libertad, será un anciano, tan mayor como lo eran —en promedio— las víctimas indefensas a las que el asesino en serie les arrebató la vida.

Hoy, Vila tiene 59 años. Cumple su condena en el centro penitenciario Puig de les Basses, en Figueres, donde se le considera un recluso ejemplar. Mantiene una relación cordial con el personal penitenciario. Se adaptó rápidamente a su nueva rutina en prisión. Pasa gran parte del tiempo en la biblioteca del penal y trabaja en la lavandería del centro.

Para los familiares de las víctimas, resulta casi insoportable pensar que el hombre al que confiaron la vida de sus seres queridos fue precisamente quien se la arrebató. El dolor, la rabia y la sensación de traición hacen que la herida que Vila dejó con sus crímenes nunca llegue a cerrarse del todo.

«Muchos claman por castigar a los culpables, pero muy pocos se esfuerzan por rehabilitar a los inocentes.»

– Daniel Defoe (1660–1731),
escritor inglés

CAPÍTULO 5:

Helena

El 2 de diciembre de 2001 es un domingo tranquilo en Sabadell, una ciudad cercana a Barcelona, la cosmopolita capital de Cataluña. Las noticias en televisión están dominadas por el tiempo y los deportes del fin de semana: el presentador anuncia un aumento de las temperaturas, aunque el invierno ya debería haber empezado hace tiempo. La noche anterior, el FC Barcelona perdió por 0-2 como visitante frente al Deportivo Alavés, lo que aumentó las críticas por la mala temporada del equipo. El club local, el CE Sabadell, empató sin goles el viernes por la noche.

En la radio lleva días sonando sin parar la misma canción: Kylie Minogue lidera las listas de éxitos con su tema *Can't Get You Out of My Head.* Pero nada de eso le importa al hombre que esa mañana llama al servicio de emergencias:

—Una ambulancia a la calle Calvet d'Estrella, en Sabadell.

Estas ocho palabras resuenan por la línea telefónica a las nueve de la mañana. El vecino que llama desde esa dirección acaba de hacer un hallazgo horrendo que no olvidará fácilmente: en el patio trasero está tendida una mujer.

Está completamente desnuda. Y está muerta.

—¡Vayan! —responde brevemente la operadora, que moviliza a los servicios de emergencia y a la Policía Nacional. Les informa de que se trata de una mujer que, al parecer, se ha arrojado al vacío desde la azotea. ¿Un suicidio?

Los agentes que llegan al lugar no tardan en encontrar, en el patio trasero, el cuerpo desnudo. Está tendida junto a la pared del edificio, rodeada de pinzas de tender la ropa, que el cuerpo debió arrastrar al caer atravesando los tendederos frente a las ventanas. Presenta una herida grave en la cabeza; los brazos y las piernas están visiblemente fracturados. Todo parece indicar un suicidio. Sin embargo, los agentes se sorprenden: el cadáver presenta quemaduras y restos de ropa carbonizada.

En la azotea, desde donde aparentemente cayó la mujer, la policía encuentra más prendas, parcialmente quemadas. También hay mechones de su cabello, igualmente chamuscados. Cerca de ellos, varias cerillas, una de ellas aún sin usar.

¿Quién es la mujer muerta? Nadie en el edificio parece conocerla. Un vecino declara durante el interrogatorio policial que la mujer debió de caer alrededor de las cuatro de la madrugada: recuerda un ruido que lo despertó de golpe.

—¿Una muerta en el patio? ¿Y por eso me molestan? —responde otra vecina del tercer piso.

Los agentes no logran averiguar mucho más. Nadie parece saber nada. El cadáver, aún sin identificar, es retirado del lugar y trasladado al Instituto de Medicina Legal. Nadie imagina en ese momento que aquella muerte dará pie a una investigación que seguirá abierta incluso 20 años después.

El 27 de febrero de 1974 nace en Barcelona una niña: Helena Jubany Lorente. Su familia vive en Mataró, una ciudad catalana situada en la costa mediterránea, a unos 30 kilómetros al norte de Barcelona. Helena crece en un entorno protegido, junto a sus hermanos Joan y Diana. Es una niña curiosa que pronto descubre su amor por la literatura. A Helena le encanta leer y escribir. Su autora favorita es Montserrat Roig, una periodista y escritora catalana que publicó artículos, ensayos, novelas y cuentos. La joven devora todos sus libros. Esa afición la inspira a seguir el mismo camino profesional, por lo que se matricula en la Universidad Autónoma de Barcelona para estudiar Periodismo. Durante sus estudios, también trabaja en la televisión local de Mataró, en la radio y, en verano de 1996, en el periódico independiente catalán *El Punt.*

A los 22 años, cuando termina la carrera, Helena ya se ha convertido en una joven decidida y con objetivos claros. Durante los tres años siguientes permanece en la ciudad costera: trabaja en una librería y colabora con la revista *Notícia de Llibres* (cuyo título podría traducirse como Noticias de libros), mientras crece su interés por la literatura infantil y juvenil.

En noviembre de 1999, Helena toma una decisión importante: deja su trabajo en la librería para empezar a formarse como bibliotecaria.

En el año 2000 consigue un puesto temporal en la *Biblioteca Frederic Alfonso i Orfila* de Sentmenat, en la provincia de Barcelona, donde se encarga de la sección infantil. Además, se matricula en la *Universitat Oberta de Catalunya* para cursar una segunda carrera y comienza a escribir sus primeras historias.

Pero el trayecto entre Mataró y Sentmenat es largo: las dos ciudades están separadas por unos 50 kilómetros. En diciembre de 2000, con 27 años, Helena se muda a un piso en Sabadell, una pequeña ciudad industrial situada a pocos kilómetros de la biblioteca.

La mujer delgada, que lleva el pelo castaño cortado en un estilo *bowl cut*, cuyo flequillo cubre sus pobladas cejas, vive por primera vez en una ciudad desconocida, donde apenas conoce a nadie. Aunque es una persona alegre, también es introvertida y no le gusta ser el centro de atención. Solo se siente realmente a gusto en grupos pequeños. Por eso, Helena intenta hacer amistades participando en sesiones de cuentacuentos en el centro cívico del barrio y en otras actividades.

Su amor por la naturaleza y la montaña la lleva finalmente a unirse al club de senderismo local, la *Unió Excursionista de Sabadell* (UES). Helena se incorpora a la Sección de Naturaleza y pasa la Semana Santa de 2001 con el subgrupo del club en Mallorca. Se hace amiga de varios miembros del grupo. Ana Echaguibel se convierte en una de sus personas de confianza, con quien la bibliotecaria planea un viaje al País Vasco, como le cuenta entusiasmada a su hermana Diana.

Xavi Jiménez le hace insinuaciones románticas, pero ella las rechaza. También pasa su tiempo libre con Santiago Laiglesia, su pareja Montserrat Careta y Jaume Sanllehi. La recién llegada ya no está sola en su nueva ciudad.

Es el 17 de septiembre de 2001, cuando aparece un regalo en la puerta de su piso: una botella de horchata (leche de chufa), unas pastas y una nota anónima. En ella se lee, en esencia:

«¡Helena! ¡Sorpresa! Estábamos por la zona y pensamos en pasarnos a saludarte. ¿Que quiénes somos? (¡Te llamaremos!) Vamos a divertirnos un poco».

La horchata es una de sus bebidas favoritas. Aun así, la joven se sorprende: ha estado en casa toda la mañana. ¿Por qué no llamaron al timbre en lugar de colgar una bolsa del pomo de la puerta? Finalmente, Helena no le da importancia y se olvida del regalo.

Hasta que, el 9 de octubre, aparece otro regalo en la puerta de su piso. Esta vez es un zumo de melocotón y otra nota sin remitente, aparentemente escrita por dos personas distintas. La nota dice, en esencia:

«Helena, esperamos que compartas nuestro sentido del humor. Disfrútalo. A la tercera desvelaremos el secreto. Nos gustaría volver a verte en una excursión. Ya lo hablaremos. Ahora queremos ver si encontramos un sitio bueno, agradable y barato en Sabadell para perfeccionar nuestro inglés. Que aproveche. No seas aguafiestas, ¿vale? Seguro que la próxima vez nos invitas. ¡Besitos!»

Helena cree que se trata de una broma de sus amigos y al día siguiente lleva el zumo al trabajo. Pero tras beberlo, empieza a sentirse mal. La bibliotecaria se siente mareada, desorientada y agotada. Pide permiso a su compañera, Cati Solí para ir a la farmacia, donde deja una muestra del zumo para que sea analizada.

Tras acabar su turno, Helena es recogida por una pareja amiga. En su piso, le preparan una infusión y la meten en la cama. Cuando Helena se despierta a la mañana siguiente, no recuerda nada de lo ocurrido el día anterior.

Semanas después, el 5 de noviembre de 2001, llegan los resultados del análisis realizado en la farmacia: el zumo contenía una pequeña cantidad de benzodiacepina, un compuesto farmacológico con efectos ansiolíticos, sedantes, relajantes musculares y somníferos, que también puede provocar desorientación.

¿Fue una broma? ¿Un juego que salió mal? ¿O una amenaza real?

Tres semanas después, la joven desaparece sin dejar rastro.

El viernes 30 de noviembre, la joven de 27 años debía comenzar su turno de tarde en la biblioteca de Sentmenat, pero no se presenta. Al día siguiente, tiene previsto almorzar con su padre, pero también falta a esa reunión sin avisar.

«Nunca había hecho algo así, no presentarse sin decir nada» — recordaría más tarde Joan Jubany en un documental.

Preocupado llama a la biblioteca hacia las 16:30. Cati, la compañera de Helena, atiende la llamada y le informa de que su hija tenía el día libre, por lo que no estaba allí. El preocupado padre agradece la información y cuelga. Se dirige al piso de ella en Sabadell.

Allí no encuentra nada fuera de lo normal: el apartamento está ordenado, hay documentos de trabajo sobre la mesa del comedor y, sobre el respaldo de una silla, cuelgan una chaqueta y una bufanda.

«Todo parecía normal, como si fuera a volver en cualquier momento».

Aun así, Joan no consigue quitarse la preocupación de encima. Porque hay algo que no encuentra: a su hija.

A la mañana siguiente, un aviso de emergencia llega a la policía. En el patio trasero de un edificio de Sabadell aparece el cuerpo sin vida de una mujer que, al parecer, se ha arrojado desde la azotea. En un primer momento, los agentes suponen que se trata de un suicidio. Sin embargo, pronto se sorprenden: el cuerpo está completamente desnudo y presenta quemaduras. La inspección de la azotea, desde donde supuestamente se produjo la caída, revela más sorpresas. Allí, los agentes encuentran no solo su ropa —parcialmente calcinada —, sino también mechones de cabello chamuscado y varias cerillas.

¿Quién es esa mujer? El impacto ha desfigurado su rostro hasta tal punto que resulta imposible identificarla de inmediato. El cuerpo es retirado y trasladado al Instituto de Medicina Legal.

Al mismo tiempo, los agentes comienzan a tomar declaración a los vecinos. Van puerta por puerta, intentando averiguar quién podría ser la mujer fallecida. Un vecino recuerda haber oído un ruido alrededor de las cuatro de la madrugada que lo despertó. ¿Escuchó el impacto? ¿Fue esa la hora de la muerte?

Pero no logran averiguar mucho más. Nadie sabe quién es la joven, aunque todos los interrogados se muestran muy cooperativos. Todos, salvo una excepción: a pesar de los insistentes golpes, una puerta en el tercer piso permanece cerrada, al menos al principio.

Los agentes llegan a pensar que podría tratarse de la vivienda de la víctima, cuando finalmente la puerta se entreabre. Una mujer de pelo negro y corto se asoma y responde con monosílabos.

—¿Un cadáver en el patio? ¿Y por eso me molestan?

Los policías toman nota de su actitud: seca, distante y desinteresada.

—Parecía muy fría, como si todo aquello no le importara en absoluto, como si los molestos fuéramos nosotros. Fue muy llamativo; su comportamiento no era normal —recordaría más tarde el agente David Medialdea, que participó en aquel interrogatorio.

Con una sensación incómoda, los policías se marchan del edificio. Todavía no saben quién ha perdido la vida en aquel patio.

Cuando el lunes Helena Jubany sigue sin dar señales de vida y vuelve a ausentarse del trabajo, su padre decide acudir a la policía para denunciar la desaparición de la joven de 27 años.

Allí, Joan Jubany se encuentra con David Medialdea, quien de inmediato sospecha: la descripción de la desaparecida coincide notablemente con la de la mujer hallada muerta el día anterior. ¿Será ella?

Los agentes muestran las prendas halladas junto al cuerpo a la familia, que ya está reunida en la comisaría. Se confirma la terrible verdad: los zapatos marrones, el pantalón de tela, la camiseta y la chaqueta beige pertenecen a Helena. Ella es la mujer hallada sin vida en el patio interior.

La policía comunica a los familiares que trabajan con la hipótesis de un suicidio. Pero ni su padre ni sus hermanos creen en esa posibilidad, ni por un instante.

—Ninguno de nosotros podía imaginar que Helena se hubiera quitado la vida —recordaría más tarde Joan Jubany, su hermano. —Nunca he pensado que se quitara la vida —añadiría su hermana, Diana González.

Durante una semana, la familia intenta aceptar la posibilidad de que Helena se haya quitado la vida. Mientras tanto, su cuerpo es analizado en el Instituto de Medicina Legal.

El resultado del informe toxicológico revela una sorpresa: en la sangre y en la orina de la fallecida se detecta una cantidad enorme de benzodiacepinas, 35 veces superior a la dosis recomendada. Para lograr un efecto ansiolítico, sedante o somnífero de este fármaco, basta con una dosis de dos miligramos, habitualmente contenida en

una sola pastilla. La cantidad hallada indica que Helena debía de estar profundamente dormida —o incluso en estado comatoso— durante un largo periodo, ya que la sustancia había llegado hasta la orina.

Los forenses están convencidos de que Helena tuvo que ingerir el fármaco al menos dos días antes de su muerte, es decir, a lo largo del viernes. Por tanto, la joven no pudo haberse arrojado por sí misma la mañana del domingo.

Ahora está claro: se trata de un asesinato.

También las prendas encontradas lejos del lugar de la caída, los intentos de quemarlas y las pinzas de ropa esparcidas alrededor del cadáver refuerzan esta hipótesis. El cuerpo debió de deslizarse en paralelo a la pared del edificio; solo así pudo arrancar las pinzas de las cuerdas de tender la ropa al caer. Pero los suicidas, por lo general, saltan describiendo una curva. Además, en muchas ocasiones, durante la caída, las personas instintivamente se protegen la cabeza con los brazos. Las graves lesiones craneales de Helena indican que eso no ocurrió.

A pesar de todas estas evidencias, la prensa sigue informando de un suicidio. La policía pide a la familia que mantenga esa versión para no alertar al asesino y poder seguir investigando con mayor eficacia. Los familiares aceptan la petición y no contradicen la versión pública.

Celebran una ceremonia de despedida sin revelar la verdad. Familiares, amigos y conocidos se reúnen para cantar y llorar juntos. Se abrazan, se consuelan, comparten su dolor. Pero hay un pensamiento que no deja en paz a Joan Jubany en esos momentos:

«Al mismo tiempo pensé que, tal vez, entre las personas que me abrazaban, estaba el asesino de mi hermana».

Mientras tanto, la unidad de homicidios continúa con la investigación. Los agentes intentan reconstruir las últimas horas de vida de la bibliotecaria.

En el apartamento de la joven de 27 años no se observa nada fuera de lo común. Falta la pastilla anticonceptiva correspondiente al jueves 29 de noviembre, lo que indica que esa noche la joven estuvo en casa. En una botella de vino y dos copas —que apuntan a una

posible visita— solo se encuentran las huellas de Helena. No hay indicios de que alguien más estuviera en su apartamento.

Algunos testimonios revelan que, hacia el mediodía del 30 de noviembre, Helena llamó por teléfono a un amigo. Esa fue la última señal de vida conocida: a las tres de la tarde no se presentó en su turno de trabajo. Su coche apareció estacionado cerca del edificio donde murió, pero nadie sabe qué hacía allí.

Solo el interrogatorio a Isabel Valz, la mejor amiga de Helena en Mataró, supone un avance decisivo en la investigación. Ella proporciona a los agentes los nombres de los nuevos amigos que Helena había hecho en Sabadell gracias al club de senderismo: Montserrat Careta y su pareja Santiago Laiglesia, Ana Echaguibel, Xavi Jiménez y Jaume Sanllehi.

Cuando la policía verifica los nombres, se encuentra con una sorpresa: una de las nuevas amigas vive en el edificio desde cuya azotea cayó Helena: es la mujer del tercer piso que, tras hallarse el cadáver, al principio no abrió la puerta y luego se mostró evasiva: Montserrat Careta. Apenas veinte escalones separan su vivienda de la azotea.

Careta tiene 34 años, trabaja como profesora y sus amigos la llaman «Montse». Está enamorada de Santiago «Santi» Laiglesia, a quien conoció en una excursión del club de senderismo. Es su primera relación seria, y su familia la veía completamente ilusionada.

«Ella misma se puso el apodo de patito feo», recuerda su hermana Imma.

Creía que era fea, sobre todo por la joroba que tenía en la espalda. Durante mucho tiempo, la profesora estuvo sola, infeliz, y anhelaba tener una pareja. Hasta que apareció en su vida el simpático, inteligente pero reservado abogado Santi, con quien convivía por temporadas en su piso de Sabadell y a quien estaba a punto de incluir en el contrato de alquiler. Ambos seguían participando con regularidad en las excursiones del club de senderismo, al que recientemente también se había unido Helena.

A partir de esta conexión, los investigadores elaboran una primera teoría: ¿fue drogada la incauta mujer en casa de su amiga del club de senderismo y, tras dos días, arrastrada hasta la azotea y

empujada desde allí a la muerte? Pero ¿cuál era el motivo? También aquí, la mejor amiga de Helena logra aportar algo nuevo a la investigación. Relata a la policía que había recibido regalos anónimos, el zumo contaminado y los mensajes que sugieren que podrían haber sido enviados por alguien del club de senderismo. ¿Fue todo parte de un juego perverso que se descontroló? La sustancia hallada en el zumo es la misma que se detectó en el cadáver: otro indicio que refuerza aún más la conexión con Montse Careta. Sin embargo, los agentes todavía no cuentan con pruebas concluyentes.

La atención de los agentes se centra ahora en el club de senderismo. Encargan un peritaje caligráfico para comparar los anónimos con las fichas de inscripción del grupo de senderismo, e interrogan a sus miembros sobre sus coartadas para el 30 de noviembre, el día en que Helena desapareció y en el que, según el informe forense, habría ingerido la sustancia sedante.

Algunos de los interrogados caen en contradicciones, lo que llama la atención de la policía. Jaume Sanllehi declara en un primer momento que ese día estuvo con unos amigos en Barcelona. Pero cuando Xavi Jiménez afirma que ambos estuvieron juntos en Sabadell preparando la excursión del día siguiente, Sanllehi cambia su declaración y adopta la misma versión de su amigo. Careta asegura haber trabajado en la escuela de 9 a 13 y de 15 a 17, aunque pronto se descubre que esa misma tarde había presentado una baja médica. Afirma que pasó la noche con su pareja, Santi: asistieron de forma espontánea a un partido de fútbol del equipo local y luego durmieron en su piso. Sin embargo, su pareja declara que pasaron la noche en casa de sus padres y no menciona en absoluto el partido.

Un día después de su declaración, Laiglesia vuelve a la comisaría para rectificar su testimonio. Ahora asegura recordar lo que hizo el 30 de noviembre y ofrece una versión muy detallada del supuesto partido de fútbol. Luego cenaron en casa de su novia, pero terminaron durmiendo en casa de sus padres. La mañana del sábado, añade, se levantaron temprano para unirse a la excursión organizada por el club.

Pero la policía no puede verificar esas coartadas: el campo de fútbol no dispone ni de cámaras ni de ningún sistema de control de acceso. Solo les queda la incómoda certeza de que los testimonios de los amigos del club de senderismo no encajan del todo con la verdad.

Además, sale a la luz que Ana Echaguibel ya no tenía una relación tan cercana con la víctima desde que discutieron durante una excursión. El motivo exacto se desconoce, aunque la hermana de Helena recuerda que esta se sentía cada vez más incómoda con Ana, porque la consideraba demasiado insistente. Los avances románticos de Xavi Jiménez también pasan a formar parte de la investigación policial.

¿Hubo varios implicados? Los investigadores van a ciegas. Solo pueden relacionar a Montse Careta con el lugar del crimen. Sospechan que la víctima acudió a su piso el viernes al mediodía, donde fue drogada, dejada inconsciente y atada, mientras Montse y su pareja se unían espontáneamente a la excursión del sábado organizada por el club, de la que se retiraron antes de tiempo. En la madrugada del domingo habrían arrojado a Helena desde la azotea.

Pero sigue siendo una hipótesis: no hay pruebas que respalden esta teoría.

A principios de febrero de 2002 llega el informe caligráfico solicitado. El análisis identifica a Montse Careta como una de las autoras de los mensajes. Pero no pudo haber actuado sola: el segundo mensaje fue escrito por dos personas distintas. Los expertos forenses afirman que Helena no pudo ser arrastrada hasta la azotea y arrojada desde allí por una sola persona, y mucho menos por una mujer delgada, con joroba y problemas de espalda, como Montse.

A pesar de todo, solo ella es detenida, el 12 de febrero de 2002. La policía también solicita detener a su pareja, pero el juez de instrucción se opone por falta de pruebas. Finalmente, solo la profesora es trasladada a la prisión de Wad-Ras, en Barcelona.

Seis horas después, la policía registra su piso. Allí encuentran dos cajas de Noctamid, un psicofármaco que contiene benzodiacepinas. En una de ellas falta exactamente la cantidad hallada en la sangre

de Helena. También descubren una caja de cerillas, idéntica a la encontrada en la azotea.

La defensa de Careta queda en manos de su pareja, Santiago Laiglesia, quien a partir de entonces la acompaña en todas las visitas de familiares y amigos. Nunca permite que nadie hable con Montse a solas. La familia se queja de que está desaprovechando un tiempo valioso de visita. Sus allegados intentan convencer a la profesora, profundamente enamorada, de que diga la verdad a las autoridades. Pero Montse, de 34 años, insiste en su inocencia tanto en las conversaciones como en las cartas, y evita cualquier pregunta sobre una posible implicación de su pareja.

El 11 de marzo de 2002 llega el segundo informe caligráfico, solicitado tras las dudas generadas por el primero. La muestra analizada inicialmente —una ficha de inscripción del club de senderismo que solo incluía un nombre— no se consideraba una prueba concluyente. Además, dicho informe había sido elaborado por una experta externa.

Esta nueva evaluación, realizada por la policía científica y basada en muestras de escritura más completas, arroja un resultado distinto: señala a Ana Echaguibel como una de las autoras de los mensajes. En este nuevo dictamen no se menciona a Montse Careta, hasta entonces la principal sospechosa, pero pese a ello no recupera la libertad.

Por el contrario, ahora también es detenida Ana, antigua amiga cercana de Helena en el club. Sin embargo, su estancia en prisión preventiva es breve y es puesta en libertad por falta de pruebas, mientras Montse permanece entre rejas.

Mientras tanto, la familia de Montse está convencida de que está siendo acusada injustamente y considera que el verdadero culpable es su pareja, quien —según ellos— la manipula y se aprovecha de sus sentimientos. Ante el juez, intentan presionar a la profesora para que diga la verdad, y le hacen ver que su abogado no está haciendo nada para sacarla de prisión. Quieren abrirle los ojos, pero sus esfuerzos resultan inútiles.

Por eso, los familiares consideran contratar a un nuevo defensor. Paralelamente, Imma, la hermana de Montse decide investigar por

su cuenta. ¿Cuál es el origen del medicamento que incrimina a la profesora? Logra localizar la farmacia donde fue comprado. Pero los empleados no reconocen a Montse, sino a Santi, su pareja. Aseguran que es cliente habitual. Sin embargo, la policía lo desconoce, ya que nunca interrogaron a los farmacéuticos.

Los esfuerzos de Imma llegan demasiado tarde. El 7 de mayo de 2002, Montserrat Careta se ahorca en la lavandería de la prisión. Deja una carta de despedida en la que lamenta ser egoísta por aliviar su sufrimiento a costa del dolor de quienes la quieren. «Santi, mi corazón, tengo que morir.»

Con la muerte de la principal sospechosa, queda descartada cualquier acusación. En el caso del asesinato de Helena Jubany, nunca llega a celebrarse un juicio. En 2003, un tercer informe caligráfico libera de toda sospecha a Ana Echaguibel, y en octubre de 2005, el caso se archiva definitivamente al considerar que no existen pruebas suficientes para procesar judicialmente ni a Laiglesia ni a Echaguibel.

La familia de Helena no se da por vencida. Quieren conocer la verdad. Para mantener viva la memoria de aquella mujer apasionada por la lectura, crean en 2007 una asociación cultural que convoca un premio literario de relatos y colecciones de cuentos en su nombre. Diseñan una página web y colaboran con periodistas que retoman el caso en distintos documentales.

Reclaman de forma constante la reapertura del caso, ya que denuncian numerosas lagunas en la investigación que les hacen dudar de la culpabilidad de Montserrat Careta:

¿Por qué la policía no tomó huellas dactilares del coche de Helena, de su piso ni de la azotea?

¿Por qué transcurrieron seis horas entre la detención de Careta y el registro de su vivienda?

La familia de Helena argumenta que las pruebas parecen haber sido manipuladas.

¿Quién conservaría un medicamento incriminatorio durante más de dos meses después de cometer un crimen?

Además, el piso permaneció sin vigilancia durante esas seis horas, y hay constancia de que Santi, la pareja de Montse, estuvo allí, ya

que se registraron llamadas desde la vivienda.

También sostienen que Careta, debido a su complexión física, no pudo haber cometido el crimen sola ni haber subido el cuerpo inconsciente de Helena hasta la azotea sin ayuda.

El segundo informe caligráfico no menciona a la acusada y, sobre todo, la actitud del abogado, Santiago Laiglesia, resulta cada vez más sospechosa.

En 2021, la familia logra un avance: el 18 de mayo un juez decide reabrir el caso tras la aparición de nueva información. Ahora se sabe que Helena, poco antes de su muerte, mantuvo conversaciones con un desconocido en un chat, del que más tarde dijo sentirse acosada.

Xavi Jiménez vuelve a ser incluido en la investigación apenas unas horas antes de que la causa prescriba para él. Nuevas pruebas lo incriminan: un correo electrónico lo vincula con ese desconocido. Un nuevo informe caligráfico concluye que parte de los mensajes anónimos enviados a Helena fueron escritos por Jiménez.

En septiembre de 2022, un testigo declara que Jaume Sanllehi —el tercer hombre interrogado en su día— sí se encontraba en Barcelona el 30 de noviembre de 2001. Esto debilita la coartada de Jiménez, quien aseguraba haber estado con él en Sabadell.

En febrero de 2023, el tribunal autoriza retomar la investigación sobre Santi Laiglesia, quien ya había sido investigado durante la primera fase del caso. Se ordenan nuevas pruebas de ADN, ya que en la ropa de la víctima se halló una muestra perteneciente a un varón no identificado. Sin embargo, el perfil genético de Laiglesia no coincide, por lo que solicitan nuevas pruebas genéticas.

A pesar de todos los esfuerzos, a día de hoy siguen sin conocerse el motivo, los hechos ni la identidad del asesino.

¿Fueron Montse y Santi los autores?

¿Está implicada Ana, la amiga rechazada?

¿Fue Xavi, rechazado por Helena, quien acabó con su vida? ¿Acaso todo el grupo de senderismo está involucrado?

¿Y qué papel juega el acosador recientemente descubierto?

A los investigadores no les queda mucho tiempo para descubrir la verdad. Si el caso vuelve a archivarse, la cuenta atrás de la prescripción seguirá avanzando… y ese plazo —que para algunos

implicados ya estuvo a punto de expirar— continuará corriendo sin freno.

«Es mejor que diez culpables escapen a que una inocente sufra.»

– William Blackstone (1723–1780),
jurista inglés

CAPÍTULO 6:

Porque ama a las mujeres

La celda es pequeña y fría. El aire tiene un olor a humedad. Lleva solo una camiseta de tirantes azul marino y un pantalón de tela claro. Para trabajar en el jardín bajo el cálido sol de septiembre, era la ropa perfecta.

Dolores jamás habría imaginado, aquella mañana, que acabaría tiritando en ese frío agujero de la pared, en lugar de estar entre sus flores. Acababa de regar sus plantas cuando, de repente, apareció la policía. Le pusieron las esposas, le leyeron sus derechos y empujaron a la mujer de 48 años al interior de un coche patrulla.

—¡Asesina, asesina! —resonaban los gritos de los vecinos reunidos frente a su chalet rosa.

Los equipos de televisión le acercaban los micrófonos. Todos sabían lo que iba a pasar. Todos, menos la detenida. Ni por un segundo se le había pasado por la cabeza que aquel día acabaría en la cárcel, acusada del asesinato de una joven de 19 años.

¿De verdad creían que ella era capaz de algo así? Había querido a esa chica como a una hija. Durante años la había recogido del colegio, le había cocinado, consolado y cada noche le leía cuentos antes de dormir. Dolores llora por aquella vida perdida tanto como la madre biológica de la chica. Pero en lugar de compartir el duelo con ella, se encuentra ahora sola, acurrucada contra la pared de una celda.

La luz se apaga una y otra vez, y la reclusa comienza a temblar. No solo sufre claustrofobia, también teme a la oscuridad. ¿Lo saben los agentes? Poco después, la luz vuelve a encenderse y se abre la mirilla de la puerta. Unos ojos extraños la observan, pero su dueño no entra en la celda. Sin hacer nada, se aleja de la puerta, justo antes de que la luz se apague otra vez. Dolores se acurruca aún más contra la pared y lucha por contener el pánico que le sube desde dentro. Nadie le dice nada. Nadie la informa de lo que va a pasar.

La detenida mantiene la esperanza de que pronto la lleven ante un juez que no tendrá más remedio que dejarla en libertad.

Al fin al cabo, tiene una coartada. ¡Esta pesadilla no puede durar mucho más!

María Dolores Vázquez nació el 3 de diciembre de 1951 en Betanzos, España. Es hija de emigrantes gallegos que crecieron en Epsom, Reino Unido. Sus primeros años los pasa en esta ciudad, situada en la comunidad autónoma de Galicia, donde era conocida como "Loli".

Desde muy joven es considerada una persona independiente y autosuficiente. Ya siendo una mujer joven, decide trasladarse a Inglaterra en los años 70, reafirmando así su deseo de independencia. Dolores se adapta rápidamente a la vida en el extranjero y pronto se gana la fama de ser una persona de carácter fuerte y con gran capacidad de imponerse. Siempre deja claro cuánto valora su autonomía. Es homosexual, ama a las mujeres y nunca lo ha escondido. A principios de los años ochenta, Loli regresa a España y se instala en la provincia de Málaga.

Allí trabaja en hostelería, donde en 1982 conoce al neerlandés Willem "Guillermo" Wanninkhof. Pero es el encuentro con su esposa el que cambiará su destino para siempre.

Cuando Hilaria Alicia Hornos ve un día, a través de la ventana, a la nueva conocida de su marido, la invita a entrar. Las dos mujeres toman té y empiezan a conocerse. No surge una amistad, sino amor. La madre de tres hijos —dos hijas y un hijo— le confiesa a su nueva compañera que ya no es feliz en su matrimonio. Aunque sigue casada, ambas inician una relación.

—«Con ella sentí cosas que jamás había sentido con mi marido», diría Alicia años más tarde sobre aquella mujer corpulenta, de pelo corto y rubio. En 1983 toma la decisión y se separa de su esposo, que regresa a los Países Bajos, y empieza una nueva vida junto a Dolores.

La pareja se muda a una casa en Mijas, en la provincia de Málaga, cuya hipoteca paga Loli. También en todo lo demás apoya a su nueva compañera. Los hijos de Alicia pasan a ser también sus hijos, y la mujer de 31 años los cuida con cariño y dedicación.

La hija menor, Rocío, tiene apenas cinco años, y la profesional de hostelería entabla con ella un vínculo muy estrecho. La pequeña juega en un equipo de fútbol femenino, sus compañeras siempre dicen «ahí vienen las mamás» cuando las mujeres van a recogerla tras el entrenamiento. Incluso su hermana mayor, Rosa, llega a decir en el colegio que ahora tiene dos madres, y en más de una ocasión firma documentos con el apellido «Vázquez Hornos» en lugar del legal, «Wanninkhof Hornos».

Pero con el tiempo, la felicidad de aquella familia reconstruida empieza a desmoronarse. Dolores empieza a ver cada vez más a su pareja como una persona controladora, que incluso llega a acusarla de serle infiel.

Las discusiones se vuelven cada vez más frecuentes, y poco a poco, las dos mujeres se van distanciando. Loli ha ya empezado a cuidar de su madre enferma, a quien termina llevándose a vivir con ella. Esto se convierte en un nuevo motivo de conflicto entre ambas mujeres, ya que Alicia acusa a su pareja de maltratarla:

—«A veces le lanzaba la mesa encima mientras comían; otra vez la agarró del pelo y la arrastró por el suelo, porque su madre me había insultado», recordaría más tarde.

Dolores niega rotundamente esa afirmación y asegura con firmeza que quiere mucho a su madre. La relación entre ambas mujeres no resiste el conflicto. A ello se suman disputas económicas. En 1988, la pareja se separa oficialmente, aunque sigue conviviendo durante un tiempo.

En los años siguientes, mantienen una relación de amistad. Con 36 años, sigue ocupándose de los hijos de su expareja: los recoge del colegio, les cocina y los baña. En 1994, las mujeres rompen definitivamente tras una disputa, al parecer por la propiedad de la casa y de otros terrenos. Dolores deja a la familia, mientras su expareja se queda en Mijas con los niños. Más adelante conoce a un nuevo hombre y comienza una relación con él. Loli, por su parte, se muda a un chalet rosa en El Chaparral, en Mijas, dirige el hotel Sultán en Marbella y goza de una buena posición social. Hasta que, en un día fatídico, acude a su lado para acompañarla en medio de una tragedia.

Es sábado, 9 de octubre de 1999, cuando la hija menor de Alicia, Rocío, se despide de su madre y de su hermana Rosa, tres años mayor que ella. La joven, de 19 años, está enamorada y quiere pasar la tarde con su novio Antonio. Va caminado, ya que apenas 500 metros separan la casa familiar de la de su novio. Sobre las 21:30, la joven se despide de su pareja con la intención de volver a casa para ducharse y cambiarse antes de salir con unos amigos a la feria. Una vez más, decide ir andando. Pero la adolescente nunca llegará a casa.

Hacia las 22:00, Alicia Hornos empieza a preocuparse al ver que su hija pequeña no regresa. Al principio, piensa que Rocío podría haber cambiado de idea y haber preferido quedarse a dormir en casa de su novio, en lugar de ir a la feria. Pero cuando la joven tampoco aparece la mañana del domingo, Alicia empieza a angustiarse de verdad. Junto con Rosa, va a buscar a su hija a casa de Antonio, quien les dice que Rocío se había marchado con la intención de volver a casa. Ninguno de sus amigos ha vuelto a ver a la joven delgada, de melena castaña y ojos marrones. Nadie sabe dónde está.

La madre decide salir a buscar por los alrededores, un paseo con el que espera tranquilizarse. Pero, junto a su pareja, Juan Cerillo, hace un hallazgo espantoso: encuentran unas zapatillas deportivas, un pañuelo ensangrentado y manchas de sangre en un solar sin edificar, al lado de la carretera por la que Rocío debió de haber caminado.

El miedo se apodera de ella de inmediato.

Alicia alerta a la Guardia Civil, que acude enseguida y comienza a registrar el terreno. Pronto queda claro que allí se ha cometido un crimen.

El rastro de sangre comienza a aproximadamente un metro de la acera y conduce hasta una gran mancha de sangre. Junto a ese charco se aprecian marcas de arrastre. En el lugar donde terminan, los agentes descubren huellas de neumáticos.

La policía toma muestras de sangre y encuentra también un cigarrillo, del que extraen restos de ADN.

Los investigadores dan por muerta a la víctima, ya que la cantidad de sangre hallada solo permite una conclusión:

¡nadie puede sobrevivir a una pérdida de sangre tan grande!

Comienza una búsqueda a gran escala. Amigos, voluntarios y equipos de emergencia peinan la zona en busca de la joven de 19 años. En esas angustiosas horas, Dolores Vázquez acude una vez más al lado de su expareja para apoyarla. Habla con ella, se sienta a su lado cuando llora, la ayuda a tratar con los medios de comunicación y colabora con los investigadores.

Alicia se niega a creer que su hija pueda estar muerta. Se aferra a la esperanza de que su hija haya sido secuestrada y, ante las cámaras de televisión, lanza un llamamiento al supuesto secuestrador: le pide que cuide de ella y que deje libre a Rocío. Mientras tanto, un taxista se pone en contacto con la policía y cuenta que, aquella noche, sobre las 22:00, tuvo que esquivar un todoterreno que circulaba en sentido contrario cerca del lugar donde se encontraron las zapatillas. Cuando el vehículo pasó junto a él, escuchó un grito que le heló la sangre.

Pocos días después llega la primera certeza: el 16 de octubre, el análisis de ADN confirma que la sangre encontrada pertenece a la adolescente.

Durante tres semanas, Alicia espera con angustia junto a su familia, arropada por Dolores, su pareja Juan y muchos otros conocidos. El 2 de noviembre se desvanece el último atisbo de esperanza.

En un terreno perteneciente al restaurante *El Rodeíto*, a unos 30 kilómetros del lugar donde desapareció la joven, se encuentra un cadáver ya reducido a restos óseos. El avanzado estado de descomposición hace que, en un primer momento, todos esperen que no se trate de la joven desaparecida.

Pero su hermana mayor, Rosa, reconoce las prendas que se encontraron en bolsas de basura cerca del lugar del hallazgo. La autopsia también lo confirma: Rocío está muerta.

Recibió una puñalada en el pecho y ocho en la espalda. Después, su cuerpo fue trasladado, incendiado y rociado con ácido, lo que explica el avanzado grado de descomposición. Ya no es posible determinar si fue víctima de una agresión sexual.

¿Quién asesinó a la joven de 19 años? Esa es la pregunta que, desde entonces, sobrevuela el vecindario, la región… y toda España.

Los medios de comunicación se lanzan sobre el caso y siguen cada paso de la investigación con lupa. La Guardia Civil forma una comisión especial para esclarecer el crimen.

La primera hipótesis es que el autor pertenece al entorno familiar. Los investigadores descartan un móvil sexual y consideran, en cambio, que pudo tratarse de una venganza o un acto de resentimiento. Entre los sospechosos se encuentra el novio de Rocío, Antonio, que es interrogado en varias ocasiones, así como su tío, que vive cerca del restaurante donde apareció el cadáver. También el nuevo compañero de la madre, Juan, es investigado minuciosamente. Todos cuentan con una coartada para la hora del crimen.

Así, los investigadores centran su atención en la expareja que, en los últimos días y semanas, había estado al lado de su antigua compañera con afecto y dedicación: Dolores Vázquez.

Ella también cuenta con una coartada. La noche en que desapareció quien fuera su hijastra, se encontraba en casa cuidando de su madre enferma y de la hija de dos años de su sobrina. Los padres de la niña estuvieron presentes hasta las 21:00, momento en que salieron a cenar. Aun así, los investigadores no pierden de vista a la mujer corpulenta, de aspecto masculino y pelo corto y rubio.

Ciertas contradicciones llaman su atención: Loli afirma que no salió de casa aquella noche, pero la dueña de un bar situado justo enfrente asegura haberla visto corriendo hacia las 23:00. Todo esto es seguido y divulgado por los medios de comunicación, en gran parte gracias a Alicia Hornos, quien no deja de proporcionarles información de forma constante.

El 5 de septiembre del año 2000, Alicia Hornos anuncia en un programa de televisión que los investigadores ya saben quién mató a su hija y que la detención es inminente.

Dos días después, el 7 de septiembre, mientras Dolores Vázquez trabaja en su jardín, comienzan a instalarse cámaras de televisión frente a su casa rosa, alertadas por la Guardia Civil.

«Para mí era un día como cualquier otro», recordaría más tarde sobre ese momento. «Estaba regando el jardín y vi a la Guardia Civil»

Cuando le pusieron las esposas, varias cadenas de televisión lo retransmitieron en directo, mientras la mujer corpulenta solo pensaba en su madre, que necesitaba cuidados.

Dolores, de 48 años, fue detenida ante los ojos de todo el país, vestida con una camiseta de tirantes azul oscuro y un pantalón claro, acusada del asesinato de Rocío, a quien conocía desde que tenía solo tres años.

«¡Asesina, asesina!», grita la multitud congregada al unísono.

La noticia de la detención se difunde como la pólvora. Al principio, los medios se refieren a ella como «una amiga de la familia», luego como «la mejor amiga de la madre» y, finalmente, como «la expareja», quien durante años había ejercido un rol casi parental. La relación lésbica es expuesta por los medios, que difunden detalles íntimos y alimentan los primeros rumores sobre aquella mujer de aspecto masculino que se había declarado lesbiana años atrás. Se afirma que Dolores es infértil y que siente envidia hacia las mujeres que pueden ser madres. Por eso, habría seguido cuidando de los hijos de su expareja, a pesar de que su relación había terminado.

La propia Alicia plantea en entrevistas el posible motivo de un crimen inconcebible: su expareja creía que Rocío era un obstáculo para una reconciliación, ya que se oponía al romance lésbico entre ambas mujeres.

Mientras la opinión pública ya se ensaña con la sospechosa, ella pasa su primera noche entre rejas, convencida de haber caído en el infierno. Se encuentra sola, sin información precisa, en una celda en la que sufre. «Creo que [los investigadores] sabían cosas sobre mí, por ejemplo, que tenía miedo a la oscuridad». Según contaría más adelante, los agentes encendían y apagaban la luz una y otra vez. «Tengo claustrofobia. Tenía frio y me encogía contra la pared. Venían de vez en cuando, pero ni siquiera me hablaban».

La prisionera, desesperada, mantenía la esperanza de ser llevada pronto ante el juez, para que este aclarara el error y ordenara su puesta en libertad. Pero eso no ocurre. En su lugar, los agentes la intimidan constantemente y le repiten, una y otra vez, que fue ella. «Recuerdo a la Guardia Civil diciéndome: No te creemos. Cuando terminemos contigo, ni siquiera tu abogado lo hará».

No solo para los investigadores, sino también para los medios de comunicación y la opinión pública, la culpabilidad de Dolores parece dada por sentada. Su expareja difunde que es una persona «vengativa» y «agresiva». «Malvada» y «calculadora» son otros términos que se repiten constantemente en las noticias sobre la sospechosa. Los medios construyen la imagen de una mujer de apariencia masculina, cargada de matices negativos, que habría estado tramando un plan durante cuatro años para matar a Rocío. Todo lo que encaja en el estereotipo de la *lesbiana malvada* se expone al juicio público: por ejemplo, que Dolores practica kárate y tiene afición por el levantamiento de pesas. Incluso su voz grave es presentada como una posible señal de que podría ser una asesina a sangre fría.

La policía no dispone de pruebas concluyentes contra la mujer de 48 años, solo indicios. Su coartada —que estaba cuidando de su sobrina-nieta y atendiendo a su madre enferma— es ignorada. Aunque su abogado solicita en varias ocasiones su puesta en libertad, alegando que su madre depende de ella, el juez encargado del caso rechaza sistemáticamente la petición. La acusada permanece en prisión hasta el inicio del juicio, que aún tardará un año, durante el cual la policía intentará reunir las pruebas necesarias.

Pasan los meses y la mujer que trabajaba en hostelería sufre entre rejas. Incluso allí, debe soportar los gritos de las demás internas. Su abogado, Pedro Apalategui, la visita cada sábado. Cada vez que la megafonía del centro penitenciario anuncia la visita de Dolores Vázquez, las demás reclusas responden con un coro ya habitual: «¡Asesina, asesina!». A menudo, durante las visitas de su abogado, la reclusa rompe a llorar y repite una y otra vez que es inocente. «Pronto entendí que mis visitas eran lo único que la mantenía cuerda», recordaría Apalategui más tarde.

Con cada día que pasa entre rejas, su clienta se muestra más inestable. Incluso llega a sospechar que su compañera de celda la vigila por las noches, por si en sueños se le escapara alguna confesión involuntaria. Sin embargo, aquella mujer solo intentaba

evitar que Dolores, consumida por la desesperación, atentara contra su propia vida.

El 3 de septiembre de 2001 comienza el juicio en la Audiencia Provincial de Málaga. Es uno de los primeros juicios con jurado popular en la historia de la justicia española, en los que un grupo de ciudadanos debe dictar el veredicto. Además, se convierte en un auténtico circo mediático y en un espectáculo público inédito. Cada día, decenas de personas hacen cola frente al juzgado y esperan durante horas —a veces cuatro o cinco— para conseguir una de las escasas plazas disponibles para el público. «Soy jubilada, tengo tiempo y me da curiosidad», comenta una mujer mayor ante una de las muchas cámaras de televisión que, día tras día, se concentran frente al edificio judicial.

En programas informativos y tertulias de todo el país se plantea una misma pregunta: ¿creen los periodistas y expertos que Dolores Vázquez es culpable? Pero esa decisión corresponde al jurado, que, sin embargo, no logra abstraerse del ruido mediático ni de la presión de la opinión pública.

El juicio se prolonga durante 16 días, en los que se presentan ante el tribunal los argumentos a favor y en contra. Una vez más queda en evidencia: no existen pruebas sólidas que demuestren su culpabilidad. Por el contrario, las pruebas objetivas incluso favorecen a Dolores.

Su sobrina confirma ante el tribunal la coartada de su tía. La vecina, en cambio, la contradice y sostiene que la sobrina acudió al domicilio al día siguiente, y no el 9 de octubre de 1999. Asegura haber visto a la acusada corriendo esa noche, mientras que esta insiste en que no salió de casa en ningún momento. Afirma que lo único que hizo fue sacar la basura y comprar tabaco en el bar de enfrente.

El abogado defensor subraya en varias ocasiones que no existen coincidencias entre el ADN de Dolores y las muestras recogidas en la escena del crimen, y que tampoco se encontraron sus huellas dactilares ni en el lugar ni en la ropa de la víctima. Sin embargo, incluso cuando esos resultados salieron a la luz en enero de 2001, no consiguió que su clienta fuese puesta en libertad.

La fiscalía centra su atención en la relación lésbica que mantuvo con la madre de la víctima y describe a Dolores como una persona de carácter retorcido. Los fiscales afirman que su perfil psicológico es propio de una asesina. Un perito declara que la acusada presenta una «agresividad homosexual» y que las personas homosexuales reprimidas son propensas a la violencia.

Una de las escenas clave del juicio es el testimonio de la antigua empleada del hogar de la acusada. Declara que su jefa clavó un tenedor en una de las fotos distribuidas durante la búsqueda de Rocío y gritó: «Este es mi problema». Dolores, por su parte, explica que fue su manera de hacerle entender a la empleada —quien apenas hablaba español— que aquella joven había sido asesinada. Pero la fiscalía utiliza este episodio para reforzar su teoría de que la acusada albergaba odio hacia su antigua hijastra, argumentando que le guardaba rencor y que Rocío representaba un obstáculo para una posible reconciliación con Alicia.

Incluso testifica una vidente durante el juicio, quien asegura que la acusada la visitó y le confesó su deseo de recuperar a su expareja, pero que la hija se interponía.

En su alegato final, Dolores Vázquez toma la palabra por última vez antes de que el jurado emita su veredicto.

Dice:

—«Yo no maté a Rocío. No vi a Rocío. Lo único que les pido, a ustedes, a España, a toda España —porque se ha hablado mucho— es que busquen a quien lo hizo, ya que yo no fui. Quienquiera que haya sido, sigue libre. Puede que incluso esté aquí, en esta misma sala. Jamás ha habido pruebas contra mí. Nunca las habrá, porque soy inocente.»

El jurado delibera durante 30 horas. Después, el veredicto es claro: con siete votos a favor y dos en contra, se la declara culpable. Según la versión aceptada, Dolores Vázquez salió a pasear la noche del crimen, sobre las 21:40, se cruzó con la hija de su expareja, discutió con ella y, con una pequeña navaja que solía llevar consigo para defensa personal, la apuñaló hasta matarla.

La sentencia se basa únicamente en teorías planteadas por la fiscalía, sin considerar pruebas concluyentes, porque no las hay. La

mujer, de 49 años, es condenada a 15 años de prisión y al pago de 18 millones de pesetas (equivalentes a unos 150.000 euros). Cuando es trasladada a la prisión de Alhaurín de la Torre, resuena una vez más el ya conocido coro: «¡Asesina, asesina!».

Su calvario aún se prolongará durante varios meses más.

La defensa presenta de inmediato un recurso contra la sentencia, que es admitido por el Tribunal Supremo. El 1 de febrero de 2002, los jueces anulan el juicio, al considerar que la sentencia carecía de una fundamentación adecuada. Ordenan la repetición del juicio, programado para octubre de 2003.

La mujer, emocionalmente quebrada, recupera algo de esperanza, sobre todo al ser puesta en libertad el 8 de febrero de 2002 bajo fianza de 30.000 euros. Aun así, todavía le queda por delante un segundo juicio, en el que espera ser finalmente absuelta. Pero ese juicio nunca llegará a celebrarse.

El 14 de octubre de 2003 desaparece Sonia Carabantes, una joven de 17 años, en Coín, Málaga. La pequeña localidad se encuentra a tan solo 20 kilómetros de Mijas. La chica desaparecida guarda un parecido asombroso con Rocío: ambas tienen los ojos marrones y el pelo largo.

Mientras la busca, su madre solo logra encontrar las sandalias, el bolso y el teléfono de Sonia en una carretera… junto a una gran mancha de sangre. La opinión pública se estremece, y los medios vuelven a informar sin descanso.

Cinco días después, el cadáver de la adolescente aparece en el cauce de un arroyo, desnudo y cubierto con piedras. Los investigadores recogen restos biológicos, cuyo análisis revela un sorprendente hallazgo: el ADN hallado en el cuerpo de Sonia coincide con el encontrado en el caso del asesinato de Rocío.

¿Se trata del mismo asesino?

Casi un mes después, el 12 de septiembre de 2003, una mujer se presenta primero ante la policía británica y luego ante la española, afirmando que conoce al asesino de las adolescentes.

Se trata de Cecilla Pantoia, conocida por su apellido de casada, King, quien acusa a su exmarido, Tony Alexander King.

Cuenta que, en el momento del asesinato de Rocío, vivía con él. Según su testimonio, King habría llegado a casa aquella noche cubierto de sangre, tras haber pedido prestado el coche de una amiga. Se metió en el baño, se duchó y lo dejó más limpio que nunca. Aquello la hizo sospechar. Pero cuando compartió sus sospechas con amigos y familiares, todos la tomaron por loca, por lo que decidió guardar silencio.

Tiempo después, se separó de su marido, que ya solo le inspiraba miedo. Sin embargo, ahora que otra chica había sido asesinada, otro hecho la hizo sospechar aún más. Los medios informaban de que el agresor podría haber resultado herido durante el ataque a Sonia. Al día siguiente, el exmarido de Cecilla se presentó con la mano vendada para recoger a la hija que tenían en común. Esta vez, Cecilla no está dispuesta a callar.

Los investigadores reaccionan y obtienen una muestra de ADN de Tony King. Esta coincide con las muestras recogidas en ambos lugares del crimen. El 18 de septiembre, la policía detiene a King, quien confiesa durante el interrogatorio haber cometido ambos asesinatos.

También se revela que el ciudadano británico se llama en realidad Anthony Bromwich, y que, en el Reino Unido, era conocido como el "estrangulador de Holloway", responsable del asesinato de cinco mujeres en Londres durante los años ochenta. Fue condenado a prisión y liberado anticipadamente tras cumplir diez años. Tras ser puesto en libertad, huyó a España, ya que su rostro fue difundido en todos los medios del país por su presunta implicación en otra violación.

Para entonces, ya había cambiado de nombre, se había casado con la desprevenida Celilla, había tenido una hija y, en agosto de 1997, se había instalado con su nueva familia en Málaga.

María Dolores «Loli» Vázquez resulta ser inocente. Fue necesario otro crimen para que se demostrara su inocencia. El juicio pendiente contra ella se suspende y el caso se cierra de forma definitiva. Tony Alexander King es condenado por los asesinatos de Rocío y Sonia.

Aun así, hay quienes siguen creyendo que Dolores tuvo algo que ver con la muerte de la hija de su expareja. Es la propia madre,

Alicia, quien aviva los rumores en los medios, sugiriendo que su expareja pudo haber colaborado con King. A día de hoy, describe su relación como forzada, asegura que nunca tuvo inclinaciones homosexuales o bisexuales, y que fue manipulada por su compañera sentimental.

A pesar de que otra persona fue condenada por el asesinato, la mujer sigue siendo blanco de ataques. No solo por ese motivo, decide regresar a Inglaterra tras pasar un tiempo en Granada. Durante años mira a la gente directamente a los ojos, con la esperanza de que puedan recordarla por si algún día necesita demostrar que estuvo allí. Anota las matrículas de los coches que aparcan cerca de ella o que la siguen. Loli sufre durante años las secuelas de la falsa acusación, un peso que solo logra superar gradualmente.

En 2021 se estrena en Netflix un documental sobre el error judicial, aunque Dolores, no ofrece declaraciones. No es hasta una serie documental de seis capítulos —producida por HBO+ y emitida más tarde en la televisión española— cuando rompe su silencio: 22 años después del asesinato y de las falsas acusaciones. En ella, relata su versión de los hechos. «Pensaba que no saldría viva de allí, tenía miedo de que echaran algo en mi comida, y por eso ni siquiera comía.»

Nunca recibió una disculpa por parte de los medios, y de la justicia únicamente obtuvo una indemnización de 62.280 euros, en lugar de los cuatro millones que había reclamado por los 17 meses que pasó en prisión. La cantidad corresponde al salario que dejó de percibir durante ese tiempo.

Hoy, con 73 años, vive de nuevo en España, en su localidad natal, Betanzos, en un pequeño piso y con recursos modestos.

«Donde termina la ley, comienza la tiranía.»

– John Locke (1632–1704),
filósofo inglés

CAPÍTULO 7:

El último encuentro

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le pregunta Laura a su amiga con una mirada preocupada.

Marina asiente con duda.

—Es necesario—murmura, mientras pulsa el timbre.

Pasan segundos que parecen minutos, hasta que oyen pasos pesados dentro del piso. La puerta se abre lentamente, y el rostro de Sergio Morates aparece por la rendija. Su rostro permanece inexpresivo, mientras sus ojos oscuros observan con intensidad a las dos jóvenes.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunta Morate con voz apagada, sin apartar la vista de Laura.

—Solo quiero recoger mis cosas, y Laura me está ayudando —responde Marina.

La joven de 23 años intenta mantener la calma al hablar, pero Laura nota el miedo en su voz. Morate guarda silencio. Sus ojos van de una a otra, ida y vuelta, sin decidirse. Entonces da un paso atrás y abre más la puerta.

—Entrad —dice con sequedad.

Marina lanza a Laura una mirada insegura antes de poner un pie en el umbral. Laura la sigue con pasos cautelosos. Las dos se sobresaltan al oír cómo Morate cierra la puerta de golpe tras ellas.

Marina Okarynska nació en abril de 1992 en Ucrania. Cuando tenía diez años, sus padres decidieron emigrar a España con ella y su hermana. La familia se instaló en la ciudad de Cuenca, situada al este de Castilla-La Mancha, a unos 170 kilómetros de Madrid.

Cuenca debe su encanto particular a las espectaculares *Casas Colgadas*, edificadas sobre peñascos que se asoman a la hoz del río Huécar.

También destaca por su pintoresco casco antiguo, con estrechas callejuelas, y por su imponente catedral, declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

Marina se adaptó con rapidez a su nuevo hogar. Aprendió el idioma sin dificultad y no tardó en hacer amigos entre los demás niños. Quienes la conocían la recuerdan como una joven que siempre tenía una sonrisa en los labios y rebosaba energía.

Al terminar el instituto, Marina decide incorporarse directamente al mundo laboral, dejando la formación profesional para más adelante. Se gana la vida como dependienta, camarera y empleada de limpieza en hoteles, y de vez en cuando acepta encargos como traductora.

Con el tiempo, se convierte en una joven atractiva, de melena rubia y grandes ojos verde grisáceo.

Mientras trabaja en una taberna —probablemente en 2010— conoce a un joven llamado Sergio Morate.

Morate, unos siete años mayor que ella, es hijo de los propietarios del local. Comienzan una amistad, pero pronto descubren que sienten algo más el uno por el otro. Inician una relación y se van a vivir juntos a un pequeño piso.

Al principio de la relación, Marina y Morate viven en una nube. Comparten cada momento libre. Morate la colma de atenciones, le dedica toda su atención y parece adivinar cada uno de sus deseos con solo mirarla a los ojos. Marina se siente cómoda junto a ese hombre atlético y de cabeza rapada.

Pero tras unos meses, Morate empieza a mostrar su verdadera cara. Comienza a vigilarla a cada paso. Revisa su móvil y lee todos los mensajes que intercambia con sus amigas. Le exige rendir cuentas de todo lo que hace a lo largo del día. En todo momento quiere saber dónde está su pareja y con quién. Cada vez con más presión, le exige que trabaje únicamente en el restaurante de sus padres. Quizá cree que así podrá controlarla aún más.

Morate tampoco duda en recurrir a la violencia: comienza a maltratar a Marina. No tarda en llegar el momento en que ya no puede ocultar los moratones ante los demás. A pesar de todo, Marina sigue con él. Trata de complacerlo en todo, con la esperanza de que vuelva a tratarla como lo hacía al principio de la relación.

Pero sucede justo lo contrario: cuanto más cede Marina ante sus exigencias, más brutal y despiadado actúa Morate con ella. Marina le

cuenta a una amiga un episodio en el que Morate la llevó a un lugar aislado. Durante cinco horas la tuvo encerrada en el coche mientras la observaba desde fuera.

En otra ocasión, le contó que Morate casi la estrangula hasta dejarla inconsciente. Solo logró zafarse de él al golpearle con la rodilla en los genitales. Su amiga diría más tarde que Morate y su familia aseguraban que, a raíz de eso, el joven desarrolló poco después un cáncer testicular. Marina llegó a sentirse profundamente culpable por ello.

A pesar de la culpa que la consume, Marina decide luchar por recuperar poco a poco su libertad. Reúne todo su valor para verse con una amiga en una cafetería, sin pedirle permiso a Morate. Pero él se entera de sus planes y las sigue sin que ellas se den cuenta. Mientras intenta disfrutar de su café, Marina lo ve al otro lado de la calle, observándola fijamente a través del cristal.

Marina no se lo cuenta a su familia: no quiere preocupar a sus padres. Tampoco lo denuncia, supuestamente porque mantiene una buena relación con los padres de él y no quiere causarles un disgusto. Las amigas que conocen la relación tóxica entre Marina y Morate insisten en que lo deje. A ellas les confiesa que no se atreve a dejarlo, por miedo a que Morate pueda matarla si lo hace.

En 2014 —tras casi cuatro años de tiranía— Marina llega a un punto en el que el sufrimiento es tan grande que entiende que no puede seguir así. A escondidas, la joven de 22 años prepara todo lo necesario para abandonar a Morate en una operación relámpago. Incluso redacta una carta que entrega a su abogado. En ella deja constancia de que, si algo le llegara a ocurrir, la policía debería investigar primero a Morate.

Marina cree que, tras la ruptura, debe poner tanta distancia física como sea posible entre ella y Morate para protegerse de posibles agresiones por parte de él, que ya tiene 29 años. Por eso, decide regresar a Ucrania. No se sabe si su familia fue plenamente consciente de todo lo que Marina había soportado durante los últimos cuatro años.

Le dice a Morate que viajará unos días a su país para visitar a su familia. Él no sospecha que Marina no tiene intención de volver a

España. Para que su historia resulte creíble y no levante sospechas, prepara una única maleta con sus pertenencias más esenciales, como si se tratara de un simple viaje. Solo cuando ha puesto unos 4.000 kilómetros de distancia entre ellos, Marina le dice que lo deja. No se sabe cómo reaccionó Morate.

Marina decide dejar que pase un tiempo antes de volver a España de visita. Para entonces, espera que Morate se haya calmado. Además, por ahora está ocupada intentando volver a adaptarse a la vida en Ucrania, algo que le resulta incluso más fácil de lo que habría imaginado.

Marina se reencuentra con un antiguo compañero del colegio. Apenas dos meses después —el 22 de mayo de 2015—, ambos se casan. Por primera vez en muchos años, la joven de 23 años se siente feliz y libre de preocupaciones.

Antes de regresar a Ucrania, Marina le había prometido a su amiga Laura del Hoyo que volvería a España durante el verano de 2015, al menos por una o dos semanas. Quería ayudar a Laura, de 25 años, con la mudanza. Además, tenía ganas de pasar un tiempo con sus padres y su hermana.

Laura —nacida y criada en Cuenca— llevaba un año y medio viviendo en Valencia, a unos 200 kilómetros de su ciudad natal. La joven quería experimentar la vida en una gran ciudad, pero, sobre todo, cumplir su sueño de vivir cerca del mar.

La joven de 25 años, es conocida por su creatividad y su talento musical. A veces canta en fiestas privadas y entretiene a los invitados con su voz. Pero su gran sueño es abrir algún día su propia peluquería. Por eso vuelve a Cuenca, donde en septiembre de 2015 tiene previsto iniciar una formación profesional como peluquera.

Tal como lo había prometido, Marina recoge a Laura el 2 de agosto de 2015 en Valencia. Juntas emprenden el viaje de vuelta a Cuenca con el coche cargado de cajas de la mudanza. Al llegar, Laura publica en Facebook una foto con Marina y avisa a sus amigos de que ya están de vuelta en Cuenca. Al parecer, Morate ve esa publicación —no hay otra explicación para que poco después, le envíe un mensaje exigiéndole que recoja las cosas que aún le quedan en el piso. De lo contrario, las tiraría a la basura.

Durante días, Marina se debate consigo misma. ¿Debería ir a ver a Morate una vez más antes de volver a Ucrania? Finalmente, la joven de 23 años decide verse con su ex por última vez, recoger sus cosas y cerrar definitivamente ese capítulo de su vida. Marina tiene claro que no quiere enfrentarse sola a Morate. Laura acepta acompañarla.

El 6 de agosto de 2015, Laura coge su coche para recoger a Marina. Juntas se dirigen al piso de Morate, donde llegan hacia las 17:20.

Una de las hermanas de Laura es la primera en notar la desaparición de la joven de 25 años. Aquella misma noche habían quedado para cenar, pero la futura peluquera no aparece ni contesta al teléfono, algo totalmente inusual en alguien tan fiable. A la mañana siguiente, al ver que Laura aún no ha regresado a casa, sus padres empiezan a preocuparse. Como sabían que el día anterior había quedado con Marina, llaman primero a su familia. Pero ellos tampoco saben dónde está Laura. Y lo que resulta aún más inquietante: tampoco consiguen localizar a Marina, que no contesta al móvil.

Juntos, empiezan a contactar con amigos y conocidos de ambas mujeres, pero nadie sabe dónde están Laura y Marina. Solo una persona menciona que, aquella tarde tenían previsto ir al piso de Morate. El miedo se apodera de las familias. Deciden ir juntos a la policía para denunciar que sus hijas han desaparecido. Pero el agente de guardia no se toma en serio sus preocupaciones. A fin de cuentas —alega—, Laura y Marina son adultas y pueden hacer lo que les plazca. Si no aparecen en las próximas 72 horas, pueden volver a comisaría.

Familiares y amigos de Marina y Laura coinciden en que no piensan quedarse de brazos cruzados durante los días siguientes, esperando a que aparezcan por su cuenta. Van primero al piso de Morate. Tocan el timbre una y otra vez, pero nadie responde. Recorren Cuenca, preguntan a la gente por la calle, imprimen carteles de búsqueda y empapelan con ellos toda la ciudad. Pero nadie ha visto ni a Marina ni a Laura.

El 9 de agosto de 2015 —exactamente tres días después de que las dos amigas desaparecieran sin dejar rastro—, la policía decide

actuar. Cuando los agentes de homicidios se enteran de que Marina y Laura habían quedado con Sergio Morate antes de desaparecer, saltan todas las alarmas. El nombre les resulta familiar, y no precisamente por un buen motivo. Un vistazo rápido a la base de datos refresca su memoria: en 2008, Morate había sido condenado a cuatro años de prisión por haber retenido durante varias horas a una exnovia en una propiedad de su familia, donde la agredió sexualmente y le tomó fotos íntimas que después publicó en internet. Por buena conducta, Morate fue puesto en libertad anticipada tras solo 18 meses.

Al poco tiempo, los agentes logran un primer avance: a solo 800 metros del domicilio de Morate, encuentran el coche de Laura, aparcado junto a la acera y cerrado con llave. Los técnicos forenses intentan, sin éxito, recoger pruebas en el vehículo.

No logran encontrar huellas dactilares ni restos de ADN útiles. En el interior del coche encuentran el bolso de Laura, con los medicamentos que debe tomar a diario por un problema cardíaco.

Los padres de Laura —ya muy angustiados— entran en estado de máxima alerta. Saben que el estado de salud de su hija puede deteriorarse rápidamente si no toma su medicación. Además, Laura es muy rigurosa con su tratamiento; jamás saldría sin llevar sus pastillas consigo.

También encuentran dos teléfonos móviles apagados en el coche. Poco después se confirma que ambos pertenecen a las dos mujeres desaparecidas.

Los investigadores de homicidios ya consideran a Morate, de 30 años, como el principal sospechoso. Es posible que esté reteniendo a las dos mujeres contra su voluntad e intente convencer a Marina de que vuelva con él. De inmediato, la policía se dirige a su domicilio, pero tampoco lo encuentran.

A continuación, los agentes de policía criminal se trasladan a la vivienda de los padres de Morate. El matrimonio declara que la última vez que vieron a su hijo fue el 6 de agosto de 2015 —el día en que desaparecieron Marina y Laura—. Dicen que estuvo cenando con ellos esa noche. Desde entonces, no han vuelto a verlo ni han

tenido contacto con él, y por eso también presentaron una denuncia por desaparición ante la policía.

La familia de Morate espera que los tres desaparecidos simplemente hayan salido juntos de excursión y se les haya pasado avisar a sus familiares. Sin embargo, los agentes consideran esa posibilidad muy poco probable.

Los agentes de la policía criminal consiguen una orden de registro para inspeccionar las propiedades de la familia Morate. Al fin y al cabo, el hombre de 30 años ya había retenido y maltratado a una exnovia años atrás en una de las fincas familiares. Peinan los terrenos y registran minuciosamente todos los edificios, pero no encuentran ni rastro de Marina, de Laura ni de Morate.

Mientras tanto, los padres y hermanos de las dos mujeres desaparecidas organizan una concentración en la Plaza Mayor de Cuenca. Cientos de personas se reúnen para mostrar su apoyo y su solidaridad. Todos los implicados mantienen la esperanza de que algún ciudadano pueda ofrecer alguna pista sobre el paradero de Marina y Laura.

Es el 12 de agosto de 2015, seis días después de la desaparición de las dos jóvenes, cuando todas las esperanzas de un final feliz estallan como burbujas de jabón. Durante un paseo en bicicleta, a última hora de la tarde por la orilla del río Huécar, un vecino del lugar se fija en una zona de tierra removida. Se baja de su bicicleta para mirar más de cerca. Retrocede horrorizado al darse cuenta de que sobresalen del suelo partes de cuerpos humanos. De inmediato, el ciclista alerta a la policía, que no tarda en llegar al lugar.

Con sumo cuidado, excavan la tumba improvisada en la que el asesino había enterrado los cuerpos de Marina y Laura. Antes de sepultarlas, las había cubierto con cal viva y rociado con agua. En el mismo hoyo encuentran también la botella vacía. Debido al fuerte efecto corrosivo del material en polvo —que se activa al entrar en contacto con líquidos—, el autor del crimen probablemente intentó eliminar cualquier posible rastro en los cuerpos.

El forense concluye más tarde que el asesino estranguló o asfixió a sus víctimas. Mientras que a su exnovia Marina la mató utilizando una larga brida de plástico, a Laura la asfixió con sus propias manos.

A causa de la cal viva, ambos cuerpos presentan graves quemaduras químicas, aunque el cuerpo de Marina está más deteriorado que el de Laura. En el cuerpo de Marina, el forense detecta una herida en la parte posterior de la cabeza; en el cuerpo de Laura, una contusión en el pómulo y varias lesiones adicionales que califica como heridas de defensa.

Mientras tanto, Morate sigue en paradero desconocido. Al revisar sus movimientos bancarios, la policía constata que Morate no ha utilizado sus tarjetas desde que desapareció. Además, su teléfono móvil solo se ha encendido una vez en casi una semana. El dispositivo se conectó en la ciudad rumana de Lugosch, desde donde Morate se puso en contacto con su prima. Le pidió a la joven que borrara todas sus cuentas en redes sociales. Los investigadores temen que el joven continúe su huida y acabé refugiándose en un país sin tratado de extradición con España.

Primero hay que esclarecer por qué Morate eligió precisamente Rumanía como destino. No tiene familia ni allegados en ese país. La policía revisa con quién compartió celda Morate tras su ingreso en prisión en 2008. ¡Bingo!: Su compañero de celda era un ciudadano rumano. El juez emite una orden europea de detención mientras el grupo de homicidios establece contacto con sus colegas rumanos.

El 13 de agosto de 2015 —apena un día después de que el ciclista encontrara los cuerpos de Marina y Laura—, una unidad especial irrumpe en la vivienda rumana de Istvan Horvath. La policía española cree que Morate se esconde allí. Y efectivamente, no se equivocan.

Istvan y su pareja aseguran que no tenían ni idea de que Morate hubiera asesinado realmente a dos mujeres en España, ni de que estuviera utilizando su piso como escondite. La pareja creía que el español había hecho el largo viaje para asistir al bautizo de su hijo. Morate le habría confesado el crimen a Istvan, pero este no dio crédito a su relato y pensó que su excompañero de celda solo intentaba hacerse notar.

Morate permanece en prisión preventiva en Rumanía hasta que, el 5 de septiembre de 2015, es trasladado en avión a su país de origen. Allí lo espera la unidad de homicidios.

Durante el interrogatorio, el joven de 30 años asegura que no tiene nada que ver con el crimen.

—¿Entonces por qué huyó? —le preguntan los agentes.

Dice que lo hizo tras ver los carteles de búsqueda que las familias de Marina y Laura habían colgado por toda Cuenca. Morate —cuya familia ya se ha desvinculado públicamente de él— sostiene que temía ser acusado, aunque mantiene que es inocente de la desaparición de Marina y Laura.

En octubre de 2017 —más de dos años después del asesinato de Marina y Laura—, Morate comparece ante el tribunal para responder a las acusaciones.

En caso de ser condenado, el acusado se enfrenta a una pena de 48 años de prisión.

Morate guarda silencio durante el juicio.

Declaran 39 testigos —a quienes Morate habría hecho diversas insinuaciones tras el crimen—, además de 48 policías, forenses y peritos.

Gracias a sus testimonios, el tribunal consigue reconstruir finalmente cómo ocurrieron los hechos:

A última hora de la tarde del 6 de agosto de 2015, Marina y Laura llegan al edificio donde vive Morate. Llaman al timbre de su piso. Morate se sorprende al ver que su exnovia no ha venido sola. De este modo, no puede llevar a cabo su plan como lo había previsto. Por ello, en un primer momento, intenta quitárselas de encima —pero sin éxito—. Marina habría dicho que o recogía sus cosas en ese momento, o no lo haría nunca. Morate abre la puerta y deja entrar a las dos amigas, antes de cerrarla con llave desde dentro. Le dice a Marina que pase al salón, mientras le indica a Laura que espere en el pasillo. A continuación, Morate golpea a Marina en la parte posterior de la cabeza con un objeto, lo que provoca que la joven se desplome.

El tribunal considera que la joven de 23 años fue sorprendida por el ataque y que, por ello, no alcanzó a gritar, lo que explicaría que Laura —que estaba en el pasillo— posiblemente no se diera cuenta de nada. Incluso si la joven de 25 años se dio cuenta entonces de

que habían caído en una trampa, escapar habría sido imposible: Morate ya había echado el cerrojo.

Una vez que Marina queda inconsciente, Morate toma una larga brida de plástico, la coloca alrededor de su cuello y aprieta hasta asegurarse de que ha muerto.

Después, se dirige hacia Laura. Le golpea en el rostro con el puño, probablemente haciéndola caer de inmediato al suelo, aunque no pierde el conocimiento.

Eso es lo que deduce el forense a partir de las heridas que presenta el cuerpo, las cuales interpreta como signos de defensa. Pero Laura no tiene ninguna posibilidad frente a Morate, que la supera físicamente.

Estrangula a la joven de 25 años con sus propias manos.

Un testigo declara durante el juicio que Morate se jactó ante él de que «solo necesitó cinco minutos para acabar con ambas».

Después de matar a Marina y Laura, Morate envuelve sus cuerpos en bolsas de basura y los introduce en el maletero de su coche, que está aparcado en el garaje subterráneo del edificio, accesible por ascensor. Aun así, sigue sin estar claro cómo logró hacerlo sin ser visto por ninguno de sus vecinos.

Mientras Morate está ocupado intentando deshacerse de los cadáveres, recibe la visita inesperada de un excompañero de prisión, que se encuentra de permiso penitenciario y aprovecha para cobrar algunas deudas. A este hombre, Morate le confiesa que acaba de matar a dos mujeres y que necesita ayuda para hacer desaparecer los cuerpos de sus víctimas. Pero este se niega rotundamente: bajo ningún concepto quiere poner en riesgo su permiso penitenciario. Aun así, le promete a Morate que guardará silencio.

La policía se fijó en este recluso porque el día de los crímenes no estaba en el centro penitenciario, y partían de la base de que Morate no había actuado solo al deshacerse de los cuerpos de Marina y Laura. No logran demostrar la implicación del delincuente, aunque durante el juicio es considerado uno de los testigos clave.

El forense establece que la hora de la muerte de ambas mujeres fue entre las 17:30 y las 18:00 del 6 de agosto de 2015. Esto

significa que Morate se dirigió a casa de sus padres con los cuerpos de sus víctimas en el maletero para cenar con ellos.

A continuación, Morate se desplazó al rio Huécar. Unos días antes ya había cavado una tumba en la orilla, pero ese agujero estaba pensado únicamente para el cuerpo de Marina. Como ahora también tenía que enterrar allí a Laura, la fosa no resultaba lo suficientemente profunda. Seguir cavando no era una opción, debido al terreno rocoso. Solo gracias a esta circunstancia, el ciclista encontró los cuerpos de las mujeres desaparecidas.

Un recibo de compra que la policía encontró posteriormente en poder de Morate demuestra que había comprado cal viva dos días antes del crimen. Sin embargo, había calculado la cantidad para una sola víctima. Eso también explica por qué el cuerpo de Marina presenta quemaduras químicas más graves que el de Laura, a quien Morate colocó primero en la fosa, antes de cubrir ambos cadáveres con cal viva y agua.

Para el jurado, la reconstrucción de los hechos resulta plenamente plausible. Por unanimidad, declaran a Morate culpable.

El juez lo condena a una pena de 48 años. Como el derecho penal español establece un máximo de cumplimiento efectivo de 30 años, Morate podría salir en libertad en 2045. Para entonces, el condenado por doble homicidio tendría 60 años.

El 6 de agosto de 2016 —en el primer aniversario, del asesinato de Marina y Laura— el Ayuntamiento cumple la promesa hecha a las familias de las mujeres: se inaugura en Cuenca un monumento en su memoria. Frente a una placa conmemorativa, enmarcada por dos bancos, se ha colocado en el suelo un gran círculo de granito de cuatro metros de diámetro. El diseño, compuesto por 36.000 piezas de mosaico, muestra los nombres grabados de Marina y Laura. En el centro, destacan tres letras grandes: PAZ. El monumento no solo recuerda a las amigas, sino también a todas las personas que han sido víctimas de la violencia de género.

«No es el castigo lo que previene el crimen, sino la certeza de que será descubierto.»

– Cesare Beccaria (1738–1794),
jurista y criminólogo italiano

CAPÍTULO 8:

Atrapado en fuera de juego

Es una gloriosa noche de domingo en Barcelona. El FC Barcelona acaba de imponerse por 6-0 al Hércules de Alicante en el partido correspondiente a la jornada 26, y sigue aspirando al título de Liga. La próxima semana se disputará el esperado encuentro contra el Atlético de Madrid, actual líder de la clasificación. Todo apunta a que ese encuentro también se resolverá a favor del Barça.

Y es que el equipo lo tiene a él: «El Brujo», como lo han bautizado sus seguidores. Es el delantero estrella de la temporada. Él mismo, Enrique Castro González —ése es su verdadero nombre—, observa satisfecho en la televisión los mejores momentos del partido recién disputado.

A sus 31 años, ha marcado dos de los seis goles: uno en el minuto 36 y otro en el minuto 39. Pero esa no es la única razón de su felicidad esta noche.

Antes de que aterrizara el vuelo, ya había hablado por teléfono con su esposa. En pocos minutos tenía previsto coger el coche para recoger a su esposa y a sus dos hijos en el aeropuerto. Por fin, el padre de familia volverá a abrazar a María, a su hija Lorena y a su hijo Enrique. Los ha echado de menos mientras visitaban a la familia en Asturias.

De hecho, la noche no podría ser más perfecta para «Quini». ¡Pero la noche da un giro inesperado!

El delantero estrella nunca llegará a ponerse al volante ni a conducir hasta el aeropuerto de El Prat, a las afueras de la ciudad. Pero entonces siente, de pronto, el cañón de una pistola en la nuca.

—Sube —murmura una voz áspera, y Enrique obedece.

Poco después, le colocan una capucha sobre la cabeza y le atan las manos. Ciego y completamente indefenso, tras recorrer unos kilómetros lo obligan a cambiar de vehículo. Lo meten a la fuerza en

una caja de madera dentro de una furgoneta, en la que apenas puede moverse.

—Será un viaje largo —dice otra voz, mientras lo llevan hacia un destino desconocido.

A la misma hora, María está con sus dos hijos en el aeropuerto, esperando a su marido. Pero no aparece. Ya es de madrugada, y tanto los niños como su madre están agotados por el viaje. Espera durante una hora, hasta que, furiosa, sube a un taxi y se vuelve a casa.

Pero al llegar a casa, no la espera ningún descanso. La puerta de casa está abierta, las luces encendidas… pero no hay ni rastro de su marido. Un escalofrío recorre el cuerpo de María.

¿Ha pasado algo? ¿Dónde está Enrique?

Después de registrar toda la casa sin éxito, dominada por el pánico, coge el teléfono y llama a sus amigos y compañeros de equipo. Lo que aún no sabe es que Quini no solo se perderá el partido más importante de la temporada, sino que pasará varios días encerrado en un escondite, temiendo por su vida.

31 años antes, el 23 de septiembre de 1949, nace en Oviedo Enrique Castro González, primogénito de Enrique Castro y María Elena González, quien con el tiempo se convertiría en una estrella del fútbol. Pasó sus primeros años en la capital asturiana, al norte de España. Al chico lo llaman «Quini», como antes a su padre.

A los cinco años, la familia se muda a la cercana ciudad industrial de Avilés, al barrio de Llanares, construido para los trabajadores de la empresa siderúrgica Ensidesa, donde su padre comienza a trabajar como obrero del acero. La madre de Quini es ama de casa y se dedica por completo al cuidado de sus tres hijos. Si quiere asegurarse de que los niños estén entretenidos un buen rato, les da un balón. Porque hay una pasión que une a los tres hermanos: ¡el fútbol!

Ya en primaria, el niño empieza a tomarse el deporte en serio y juega en el equipo del colegio hasta acabar la escuela. Aunque tiene talento y algunos equipos empiezan a fijarse en él, su padre insiste en que siga una formación profesional tradicional.

A los 18 años, elige la profesión de soldador y sigue jugando al fútbol con éxito en su tiempo libre. En 1967, el joven talento pasa a formar parte del equipo de la fábrica siderúrgica: el CD Ensidesa, que juega en la Tercera División. Juega como delantero y ya entonces marca gol tras gol. Los aficionados lo adoran y lo ovacionan.

Un año después, su duro entrenamiento da frutos: es convocado a la selección sub-18 española. Ahora que Quini juega en la selección juvenil nacional, debe tomar una decisión sobre su futuro profesional. Sin dudarlo, y con el consentimiento de su padre, el joven abandona la formación de soldador para convertirse en futbolista profesional. El siguiente paso en su carrera no tarda en llegar. En 1968, el equipo de la fábrica se enfrenta al segundo equipo del Sporting de Gijón, club que en ese momento milita en la Segunda División del fútbol español. No es solo un partido de prestigio para el pequeño club provincial, sino también decisivo para el delantero en ascenso.

En estas ocasiones, los ojeadores de los clubes buscan jugadores para reforzar el primer equipo. Desde la grada, presencian cómo Quini marca cuatro goles y lleva al equipo no favorito a la victoria. Los cazatalentos se impresionan y le hacen una oferta al joven de 19 años.

El 9 de diciembre, el hijo de un obrero siderúrgico firma un contrato profesional. A partir de ese momento, su carrera futbolística despega a toda velocidad. El club asciende a Primera División, y solo en la temporada 1970/71, el joven talento marca 13 goles en 30 partidos. En los años siguientes, es galardonado tres veces como el mejor delantero de la liga española.

También en su vida privada, al joven español le va muy bien.

En 1974 se casa con su gran amor, María; un año después nace su hija Lorena, y cuatro años más tarde, su hijo Enrique.

En total, Enrique Castro González juega 12 temporadas en el Sporting de Gijón. Los aficionados lo apodan «El Brujo».

Mientras el club no atraviesa su mejor momento y cae en la mediocridad de la liga española, otras figuras del mundo del fútbol comienzan a fijarse en el delantero estrella.

El FC Barcelona se interesa por Quini y, poco antes de su 31.º cumpleaños, en 1980, firma por el club catalán a cambio de 80 millones de pesetas (unos 480.000 euros).

Parece que Quini está en lo más alto de su carrera. El FC Barcelona es uno de los clubes de fútbol más grandes de España, aunque en los años 80 arrastra la fama de ser «el eterno segundo».

El club quiere cambiar esa imagen fichando estrellas del fútbol de todo el mundo, y ahora Enrique es una de ellas.

Mantiene una estrecha amistad con el futbolista alemán Bernd Schuster, su nuevo compañero de equipo, con quien comparte habitación en las concentraciones. Hasta el 1 de marzo de 1981, Quini lleva marcados 18 goles en su primera temporada con el Barça, como lo llaman los aficionados.

Este año, el equipo se mantiene en lo más alto y lucha por el título.

La noche del domingo 1 de marzo de 1981 se disputa la jornada 26 de la Liga. El club recibe en el Camp Nou al Hércules de Alicante, uno de los equipos más débiles de la Liga.

Es un auténtico festival de goles.

Quini brilla con un doblete en los minutos 36 y 39, dejando a su equipo con un claro 4-0 antes del descanso.

En la segunda mitad, el entrenador alemán Udo Lattek opta por dosificar a su equipo, sabiendo que en una semana se enfrentan al líder de la tabla: el Atlético de Madrid. Un partido clave en la lucha por el título.

Finalmente, el encuentro frente al modesto Hércules concluye «solo» con un 6-0 a favor del FC Barcelona.

Tras un breve discurso en el vestuario, Udo Lattek envía a sus jugadores a casa con la orden de descansar y recargar fuerzas para el crucial duelo del fin de semana.

Quini es de los primeros en marcharse. Sale solo del estadio y se dirige a casa, donde vuelve a ver en la tele los mejores momentos del partido.

Hacia las nueve de la noche, llama a su esposa. Esa misma noche, María de las Nieves Fernández regresa con los niños de unas vacaciones en Asturias, y Enrique le promete ir a recogerlos en el aeropuerto de El Prat tras el aterrizaje.

El aeropuerto está a pocos kilómetros de casa; se llega por la autovía en apenas diez minutos.

Pero Quini nunca llegará al aeropuerto.

Existen distintas versiones sobre lo que ocurrió en las horas siguientes. Lo más probable es que Quini estuviera a punto de subir a su coche, frente a su casa, cuando lo encañonaron con una pistola.

—Sube —susurra una voz.

Tres hombres lo secuestran.

Mientras uno de los delincuentes registra a toda prisa la casa del futbolista en busca de objetos de valor, los otros dos lo obligan a sentarse en el asiento del copiloto.

La búsqueda resulta inútil: el tercer secuestrador sale de la casa con las manos vacías y deja la puerta abierta.

Después, recorren varios kilómetros en el coche de Quini antes de cambiar de vehículo.

Al futbolista, de 31 años, le colocan una capucha en la cabeza, la aseguran con cinta adhesiva alrededor del cuello y le atan las manos. Luego meten al futbolista en una caja de madera dentro de la furgoneta. La caja apenas mide 105 centímetros de largo, 75 de ancho y 65 de alto.

—Va a ser un viaje largo —advierte uno de los secuestradores, antes de reanudar la marcha.

Durante horas, la furgoneta avanza con Quini encerrado en la caja de madera, hasta que se detiene y los secuestradores lo trasladan a un sótano húmedo, sin ventilación, de apenas solo 3 metros por 1,8. El futbolista no tiene ni idea de dónde está ni cuánto tiempo ha pasado. Tampoco sabe si es de día o de noche.

Nunca ve a sus secuestradores, aunque ellos lo observan a través de una mirilla de cristal en el techo.

En su encierro solo hay un colchón. Quini no puede hacer otra cosa que esperar a ser liberado. Pero eso no ocurrirá.

Mientras tanto, su esposa María ha aterrizado con los dos niños y espera en vano a su marido en el aeropuerto de El Prat. Permanece una hora en la sala de llegadas con su hija Lorena, de cinco años, y su hijo Enrique, de uno, sin saber qué hacer. Finalmente, frustrada,

coge un taxi y regresa a casa. Pero allí la espera algo inquietante: es plena madrugada, la puerta de casa está abierta y todas las luces están encendidas. Sin embargo, no hay nadie. No hay ni rastro de su marido.

El pánico se apodera de María, agotada tras el viaje.

A las dos de la madrugada, llama, nerviosa, a varios amigos, entre ellos al compañero de equipo y capitán del Barça, José Ramón Alexanko, quien acude de inmediato a su lado.

¿Ha sido Enrique secuestrado? ¿Hay algún trasfondo político? Empieza la angustia.

La situación política en España es inestable: el país atraviesa días de incertidumbre y transformación.

Apenas una semana antes, se produjo un intento de golpe de Estado en el que varios diputados fueron tomados como rehenes. Unidades del Ejército y de la Guardia Civil irrumpieron en el Parlamento justo cuando se celebraba la votación para elegir a un nuevo presidente del Gobierno.

Los medios retransmitieron en directo cómo las fuerzas armadas tomaban el salón de plenos.

El objetivo: instaurar una nueva dictadura en España.

Desde la muerte del dictador Francisco Franco en 1975, el nuevo jefe de Estado, junto al rey Juan Carlos I, trataba de consolidar una democracia en el país.

Mientras los diputados permanecían retenidos en el interior del Congreso, tanques recorrían las calles de Madrid y los soldados ocupaban posiciones estratégicas en la capital.

Seis horas después del asalto, el rey apareció en televisión, vestido con el uniforme de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.

Ordenó el regreso a los cuarteles y reafirmó su compromiso con el proceso democrático.

Esa postura firme logró frenar el golpe, pero la tensión social seguía latente en toda España.

¿Se ha visto Quini atrapado entre los intereses cruzados de grupos políticos?

A primera hora de la mañana, María denuncia ante la policía la desaparición de su marido, y se pone en marcha una amplia

operación de búsqueda.

Cuando su coche aparece abandonado, con las puertas abiertas, en un aparcamiento a escasos kilómetros de su casa, ya no queda ninguna duda: el carismático goleador del FC Barcelona ha sido secuestrado.

¿Pero qué quieren los secuestradores?

En ese momento, la policía no descarta un posible acto terrorista. No aparece ni un solo testigo.

La noticia del secuestro de la estrella del fútbol se difunde como la pólvora. Los medios informan y especulan, mientras una multitud se reúne frente a su casa.

La familia acude junto a María; la madre de Enrique rompe a llorar ante las cámaras.

Su padre no entiende por qué precisamente su hijo ha sido secuestrado:

—Quini jamás tuvo relación alguna con la política. Si fuera por dinero, hay personas mucho más ricas que él.

También sus hermanos, Jesús y Falo, se trasladan a Barcelona. Todos esperan con tensión a que los secuestradores se pongan en contacto y revelen sus verdaderas intenciones.

Sin embargo, en un primer momento solo aparecen oportunistas. Un grupo que se hace llamar «Batallón Catalano-Español» asegura haber secuestrado al futbolista para impedir que el Barça gane la Liga, y promete liberarlo tras el partido contra el Atlético de Madrid.

Otro grupo, llamado «PRE», llama a la redacción del diario español *La Guardia* y exige un rescate.

Sectores de la derecha acusan a la organización vasca ETA; desde la izquierda, se señala a círculos de extrema derecha.

Pero ninguno de ellos resulta ser el verdadero responsable del secuestro.

La primera señal de vida de Enrique surge el martes, dos días después del secuestro. Cerca de la medianoche, aparece una nota suya en una cabina telefónica, a menos de 10 kilómetros de Barcelona, en la que asegura que está bien. La operación de búsqueda, activada de inmediato en torno al lugar del hallazgo, no arroja nuevas pistas. El futbolista sigue desaparecido.

Mientras tanto, Quini, de 31 años, permanece encerrado en una minúscula y hermética celda subterránea. No sabe dónde está. Durante los primeros días, apenas tiene formas de distraerse: los secuestradores no le permiten ni periódicos ni radio. Quini pierde la noción del tiempo, no distingue el día de la noche y se atormenta con pensamientos suicidas, convencido de que no saldrá vivo de aquel agujero.

Al principio le dan dos sándwiches al día; más adelante, también algo de yogur. Cada vez resulta más evidente que los secuestradores no son profesionales: no se ponen de acuerdo sobre la cantidad del rescate, ni saben cómo hacer llegar el dinero hasta ellos. Además, no tienen los contactos de personas influyentes del FC Barcelona ni de otros jugadores.

Es el propio Quini quien les sugiere que llamen a su esposa. Como intermediario para la entrega del dinero, propone al capitán del equipo: Alexanko.

El 3 de marzo, alrededor de las 20:00, suena el teléfono en casa de Quini. Su esposa descuelga y escucha una voz anónima y distorsionada que le asegura que su marido está bien.

—¿Pero cómo sé entonces que está bien? —pregunta ella, al no permitírsele hablar con él.

—Se lo digo yo —responde la voz.

—Si no me cree, le enviaré una prueba. Quizás… un dedo. ¿Qué opina?

Finalmente, una grabación de audio del futbolista sirve como prueba de vida. En ella, afirma que está ileso.

En una nueva llamada, los secuestradores exigen 100 millones de pesetas como rescate por su liberación, lo que equivale a unos 600.000 euros. En otra llamada posterior, de repente los secuestradores mencionan 10 millones, que quieren recibir en billetes usados y no consecutivos.

—¿Perdón? ¿No habían pedido 100 millones? —pregunta la esposa, desconcertada. —Ah… sí, cierto, 100 millones. Eh… ¿cuánto tienen entonces preparado para nosotros? —responde el desconocido, algo confuso.

—100 millones —contesta María.

—Exacto, 100 millones. Eso quise decir —afirma el secuestrador. En todo momento, los secuestradores insisten en que al futbolista no le pasará nada.

—Si hasta soy del Barça —confiesa uno de ellos durante una llamada.

En otra, se queja de que Quini les está costando una fortuna en bocadillos.

María, fuera de sí, grita por teléfono:

—¡Por el amor de Dios, habéis secuestrado a un deportista! ¡La próxima vez, secuestrad a un Hare Krishna!

Todas estas incoherencias y la actitud insegura de los secuestradores refuerzan la impresión de que no tienen ni idea de lo que hacen. El miedo por la vida de Quini crece con cada nuevo contacto con los delincuentes.

En el FC Barcelona, los responsables están de inmediato de acuerdo: quieren pagar el rescate.

Sin embargo, la policía rechaza la idea, ya que teme que eso pueda alentar a imitadores.

El presidente del club, Josep Lluís Núñez y el compañero de equipo de Quini, Alexanko, apenas se separan de María. Están a su lado y cuidan de ella y de los niños.

Al mismo tiempo, el club se prepara para disputar el partido más importante de la temporada.

Pero algunos jugadores no quieren salir al campo mientras uno de los suyos siga secuestrado y temen por su vida.

El primero en oponerse es el futbolista alemán Bernd Schuster, que se niega rotundamente a disputar el partido mientras su amigo continúe desaparecido.

—No solo tengo piernas, también tengo corazón —declara a los medios.

Eso también lo escuchan los secuestradores, y obligan a Quini a grabar un mensaje en el que pide a sus compañeros que salgan a jugar.

Por eso, el equipo finalmente salta al campo en la jornada 27, mientras uno de sus jugadores sigue retenido por desconocidos. La

camiseta con el número 9, la que Quini llevaba siempre puesta, no aparece ese día sobre el césped.

El partido estrella se pierde, igual que los tres siguientes.

Solo en una ocasión el Barça consigue empatar sin su estrella. Durante más de tres semanas, el equipo tiene que afrontar los partidos sin su máximo goleador: el secuestro se ha prolongado todo ese tiempo.

—Estuvimos 25 días sin ganar un solo partido, recuerda su compañero de equipo Charly Rexach.

—Era imposible concentrarse en el fútbol. La Liga se nos escapó de las manos.

En ese tiempo, no solo la familia espera el final del secuestro: la opinión pública española también sufre y espera con ellos. Los periódicos publican todo tipo de especulaciones y noticias contradictorias, ya que la policía no revela detalles sobre la investigación.

Un día, un medio asegura que la familia ha establecido contacto con los secuestradores; al siguiente, esa información es desmentida. El periódico *El País* informa que el club ha pagado un rescate de 1,25 millones de dólares —unos 1,18 millones de euros —al otro lado de la frontera francesa.

En otra ocasión, se publica que la liberación de Quini es inminente, pero no ocurre nada: el dinero no ha sido recogido. Más adelante, esa supuesta entrega del dinero también es desmentida.

Circulan numerosos rumores y las informaciones falsas mantienen a la policía en vilo. En los primeros días, 4.000 agentes buscan sin éxito al futbolista en los alrededores de Barcelona. En los estadios de todo el país, los aficionados alzan pancartas en las que exigen la liberación del delantero.

Tras tres semanas, los medios reducen la cobertura del caso con la esperanza de que los secuestradores vuelvan a ponerse en contacto con la familia, ya que, según sus fuentes, esa comunicación se había interrumpido.

Más tarde se sabrá que, durante esos 25 días, María habló por teléfono con los secuestradores en 21 ocasiones.

No es hasta el 23 de marzo cuando el caso da un giro. Los secuestradores exigen ahora el ingreso de 100 millones de pesetas en una cuenta bancaria suiza.

La policía actúa con rapidez: logra levantar el secreto bancario por orden judicial y comienza a vigilar la cuenta. La cuenta pertenece a un español llamado Víctor Manuel Díaz Esteban, un mecánico desempleado de 27 años. Las autoridades esperan con paciencia a que ocurra algo.

El 25 de marzo, hacia las tres de la tarde, un hombre retira un millón de pesetas —unos 6.000 euros— de la cuenta en Ginebra. Luego vuelve a su hotel y solicita en recepción que le reserven un vuelo a París. En ese momento, la policía actúa y arresta al hombre, pero resulta que no es el titular de la cuenta. Se trata de Fernando Martín Pellejero, un electricista desempleado de 29 años.

Hace una confesión de inmediato y les revela todo lo que necesitan saber para liberar a Quini.

Sobre las 22:00 de ese día, una unidad especial de investigación asalta un taller mecánico en Zaragoza, la capital de Aragón, al noreste de España y a unos 300 kilómetros de Barcelona. Un hombre está cocinando un huevo en un hornillo de gas cuando los agentes irrumpen, pistolas en mano.

—¡No te muevas o disparo! —grita uno de los agentes.

El hombre es Esteban, el titular de la cuenta bancaria, que en ese momento vigila al secuestrado. Sin decir una palabra, señala al suelo. Allí, los agentes descubren una trampilla y la abren. Un policía baja con dificultad al estrecho y húmedo cuarto subterráneo.

Asustado por el ruido, Quini levanta su colchón y se esconde detrás, convencido de que sus secuestradores han venido a matarlo.

—¿Quini? —llama el agente—. Quini, soy policía. Estoy aquí para rescatarte.

Aliviado, el futbolista se deja ver. Está sin afeitar y sucio, pero físicamente intacto. Por fin, ha terminado su calvario, y de inmediato, piensa en el fútbol: lo primero que le dice al policía es que quiere jugar en Madrid.

—Lo dije de corazón —contará más tarde.

Durante tres semanas y media, el futbolista de 31 años estuvo secuestrado. Había adelgazado, estaba sucio y exhausto cuando lo subieron a un coche policial. Ya dentro del vehículo, Enrique habla por primera vez con su esposa. Se echa a llorar.

En la comisaría, el liberado devora un bocadillo, asegurando que estaba muerto de hambre. Poco a poco empieza a relatar las condiciones de su cautiverio:

—Un día me trajeron una edición del *Marca*, para que pudiera ver los resultados de fútbol. Al final, me dieron un televisor y todo. Y un tablero de ajedrez. Jugaba solo, pero me gusta hacerlo así. Nunca le hicieron daño físico. De vez en cuando le pedían que grabara mensajes de audio, y lo alimentaban con bocadillos y yogures.

La noticia de su liberación se difunde rápidamente. Frente a la comisaría central de policía en Barcelona se reúnen numerosos aficionados, y alrededor de las 2:30 de la madrugada, Quini llega entre vítores.

—He perdido peso, estoy nervioso, pero físicamente en buen estado —declara el futbolista a un reportero de radio—. Mis secuestradores tenían razón: me trataron bien, me pidieron en todo momento que me mantuviera tranquilo y me aseguraron que no me pasaría nada.

El vigilante Esteban se entrega sin oponer resistencia y es arrestado. El tercer implicado logra escapar al detectar la presencia de los agentes frente al escondite, pero el 28 de marzo también es capturado: José Eduardo Sendino Tejel, un electricista desempleado de 27 años.

Mientras espera el juicio con sus cómplices, Enrique Castro González vuelve al campo de fútbol una semana después. Juega con el mismo éxito de siempre, como si el secuestro no le hubiera afectado en absoluto. Aunque estuvo un mes sin poder jugar, el delantero se convierte, aun así, en el máximo goleador de la temporada.

El FC Barcelona finaliza en un decepcionante quinto puesto, pero gana la Copa del Rey, el torneo de copa español. En la final, el equipo vence al antiguo club de Quini, el Sporting de Gijón, y el delantero marca dos goles en ese partido.

La imagen en la que aparece junto a su amigo y compañero de equipo Bernd Schuster alzando el trofeo, da la vuelta al mundo, como si gritara una sola cosa:

—¡El fútbol ha ganado!

En enero de 1982 comienza el juicio contra los tres secuestradores, en el que admiten que, en un principio, su objetivo era secuestrar a Bernd Schuster. Pero, según explican, el alemán tenía un carácter difícil y no hablaba español, por lo que finalmente optaron por Quini.

No se trataba de fútbol ni había ningún trasfondo político: los secuestradores actuaron únicamente por dinero. Los tres jóvenes estaban desempleados y buscaban así salir de su situación de miseria.

Ya en la sala del juicio, su antigua víctima se muestra comprensivo.

—No tenían dinero, solo esperaban una vida mejor. Y, en fin, ¿quién soy yo para juzgar a los demás? —declara en el estrado, perdonando a sus secuestradores.

El 15 de enero de 1982, son condenados a diez años de prisión cada uno y deben pagar a la víctima una indemnización de cinco millones de pesetas (unos 30.000 euros). Sin embargo, Enrique Castro González nunca llegará a reclamar ese dinero.

Algunos periódicos especulan con que sufre el síndrome de Estocolmo y que, por ello, simpatiza con sus raptores. Pero Quini insiste:

—Mis secuestradores son buenas personas. No me hicieron daño. Yo los perdono.

Poco tiempo después, el delantero marca el gol 3.000 del club desde su fundación. En 1984 se retira, pero vuelve a jugar tres temporadas más en Primera División con su antiguo equipo, el Sporting de Gijón.

Sin embargo, el veterano delantero pasa ya más tiempo en el banquillo que sobre el campo. El 14 de junio de 1987 disputa su último partido, precisamente contra el FC Barcelona.

Hasta ese día, ha disputado 484 partidos, ha marcado 219 goles y ocupa el quinto lugar entre los máximos goleadores de la historia del fútbol español. Pasa su retiro futbolístico en su tierra natal, Asturias.

El 27 de febrero de 2018, Quini fallece a los 68 años como consecuencia de un infarto. Su muerte conmociona no solo al mundo del fútbol, sino a todo el país.

Al día siguiente, el Ayuntamiento de Gijón decide por unanimidad renombrar en su honor el estadio de El Molinón, que pasa a llamarse:

Estadio El Molinón-Enrique Castro «Quini».

Cerca de 14.000 personas asisten a su ceremonia fúnebre en el estadio recién rebautizado.

El exfutbolista deja a su esposa, María de las Nieves Fernández, tres hijos y una hija.

«La codicia es una espada sin empuñadura; quien la toma, se hiere a sí mismo.»

– Pedro Calderón de la Barca (1600–1681),
dramaturgo español

CAPÍTULO 9:

Una apuesta mortal

Como de costumbre, Remedios Sánchez se ha refugiado en el rincón más oscuro de la sala de bingo.

El humo rancio de decenas de cigarrillos le provoca un dolor de cabeza punzante. Pero ese es el menor de los precios que paga por seguir aferrada a la esperanza del gran golpe de suerte.

Con la mirada cansada, Sánchez observa los tres rodillos giratorios de la máquina tragaperras, por los que desfilan a toda velocidad imágenes coloridas.

El zumbido rítmico del aparato le suena como una melodía hipnótica. A veces, Sánchez cree que es el latido mismo de su corazón.

Sus dedos se aferran con fuerza a la palanca desgastada, la misma que tantas personas antes que ella bajaron con desesperación.

Sumida en sus pensamientos, sorbe distraídamente de un vaso de cartón, aunque hace tiempo que se ha quedado sin café.

Mueve los labios en silencio, lanzando plegarias mudas al cielo. Cuando la máquina muestra tres símbolos en un orden caótico, Sánchez chasquea la lengua y golpea el aparato con la palma de la mano.

La mujer rechoncha, de pelo negro y erizado que le brota de la cabeza como si fueran antenas, no presta atención a los demás jugadores que, como ella, se aferran al interminable juego de la desesperación. En el mundo de las salas de bingo, el tiempo no tiene sentido. Fluye espeso como el jarabe; da igual si pasan minutos u horas: todo se disuelve en la niebla.

Sánchez lucha con todas sus fuerzas por apartar el pensamiento de que pronto se quedará sin monedas.

Solo una ronda más. Quizá sea la última. Quizá la definitiva.

A veces, Sánchez es consciente de que cada nuevo tirón de la palanca la arrastra un poco más hacia el abismo.

Pero no quiere pensar en eso. No ahora.

Sánchez cree que la máquina la llama con su ritmo familiar y seductor, y no puede evitar obedecer.

Con nerviosismo, rebusca en su bolso de cuero desgastado, apoyado en el regazo. Con el corazón desbocado, sus dedos hurgan entre el caos. Recibos arrugados, un pintalabios, unas llaves, envoltorios de caramelos.

Sánchez lanza una mirada disimulada a la tragaperras que tiene delante, esa que la sigue tentando con luces chillonas y símbolos parpadeantes. Parece que pudiera darse la vuelta y marcharse en cualquier momento si no lo alimenta pronto con otra moneda fría. —Mierda —murmura Sánchez. Sabe que está mal. Sabe que no debería hacerlo.

Y, sin embargo, pocos segundos después, la pesada puerta de cristal se abre y la mujer sale al aire fresco de la noche veraniega.

Una sensación sorda y amenazante se le instala en el pecho.

Pero no es solo el frío de la noche, ni la soledad que la atormenta: es, sobre todo, la certeza de que sigue cayendo, cada vez más hondo.

Y, aun así, la idea de estar a un solo paso de recuperar todo lo que ha perdido empuja a Sánchez a seguir.

Es sábado 10 de junio de 2006 cuando la policía recibe una llamada de emergencia.

Pepita Cervantes ha sido encontrada muerta en su piso, en el barrio barcelonés de Nou Barris. La anciana, de 83 años, yacía boca abajo sobre el sofá, en un charco de sangre.

Alguien le causó graves heridas en la cabeza.

Alrededor del cuello tiene enrollado un paño de encaje empapado en sangre, como los que las personas mayores suelen colocar sobre los reposabrazos de los sillones.

El apartamento de la mujer no parece haber sido revuelto por el autor del crimen.

Tampoco hay signos de entrada forzada ni indicios de lucha. ¿Había invitado la anciana, sin sospechar nada, a su asesino? ¿Conocía Pepita al autor del crimen?

En la cocina, los investigadores encuentran una hucha de hojalata, pintada de colores vivos.

La tapa fue forzada con un cuchillo, probablemente para acceder al contenido.

En el exterior de la hucha, los forenses logran levantar una huella dactilar que no pertenece a Pepita.

Sin embargo, la comparación con la base de datos no da ningún resultado.

También descubren que falta un collar.

Los agentes se enfrentan a un enigma.

No saben si buscan a un solo autor o a varios, a una mujer o a un hombre.

Tampoco resulta del todo claro el motivo del brutal asesinato de la anciana, que vivía sola.

La hucha forzada y vacía, así como la desaparición de las joyas, apuntan a un robo que terminó en asesinato, aunque ciertos detalles —como la ausencia de signos de entrada forzada o el piso perfectamente ordenado— no terminan de encajar en esa hipótesis.

El asesinato de la extrovertida y habladora Pepita causa una gran conmoción en el barrio. La amable señora era muy querida por sus vecinos y conocida por su carácter activo y sociable. Seguía haciendo la compra y las tareas del hogar por sí sola, algo de lo que se sentía especialmente orgullosa. Después de sus quehaceres, a Pepita le encantaba reunirse con sus amigas para charlar en el parque cercano. Nadie puede imaginar quién habría sido capaz de hacerle daño.

Sobre todo, entre los vecinos de mayor edad del barrio se extiende la inquietud. La idea de que alguien pueda irrumpir en la seguridad del propio hogar para robar y matar siembra el miedo. La gente especula sobre quién podría ser capaz de cometer un acto tan atroz.

Pronto se impone la idea de que el autor solo puede ser un drogadicto: alguien embrutecido, presionado por el síndrome de abstinencia y desesperado por conseguir dinero para su próxima dosis.

El 18 de junio de 2006 —ocho días después del asesinato de Pepita — entra otra llamada de emergencia a la policía.

Rosa Rodríguez ha sido atacada en su piso del barrio barcelonés de Sant Andreu.

El agresor golpeó brutalmente a la anciana varias veces en la cabeza y en el rostro, antes de enrollarle un paño al cuello y apretarlo hasta dejarla sin sentido.

Después se dio a la fuga con el botín.

La forma de actuar hace que los investigadores piensen de inmediato en el caso de Pepita.

Pero, a diferencia de la mujer de 83 años, Rosa sobrevive al asalto. Para los agentes, se convierte en una testigo clave. Sin embargo, su testimonio deja atónitos incluso a los criminalistas más veteranos.

Rosa declara que fue atacada por una mujer. La agresora, de pelo oscuro y media melena, tenía entre 40 y 55 años y una complexión robusta.

Vestía, entre otras prendas, una falda y hablaba un español fluido, sin acento regional.

Los investigadores se sorprenden: estadísticamente, las mujeres rara vez son autoras de agresiones físicas tan graves.

Los agentes deciden hablar con Dolores, la persona de mayor confianza de Pepita.

Quieren saber si había alguna mujer en el entorno de Pepita que coincidiera con la descripción proporcionada por Rosa.

Y, efectivamente, Dolores puede ayudarles. Les cuenta que, poco antes del asesinato, ella y Pepita conocieron a una mujer simpática. Se presentó como Mari y acompañó a las dos amigas desde el parque hasta sus casas.

Pepita y aquella mujer habían quedado en verse de nuevo en los días siguientes.

En su primera declaración, a Dolores no le pareció relevante mencionar a la nueva conocida —al fin y al cabo, Mari le había parecido una mujer amable y atenta, incapaz de albergar malas intenciones—. Sin embargo, los agentes, con su experiencia, no tardan en considerar a Mari, como mínimo, una sospechosa.

Tras la declaración de Dolores, los investigadores solicitan todas las grabaciones de las cámaras de seguridad instaladas en el trayecto que va del parque hasta el piso de Pepita. En una de las secuencias de video identifican a las tres mujeres dirigiéndose hacia una sucursal bancaria. Los agentes solicitan también las grabaciones de

la cámara de seguridad del banco. En ellas reconocen, junto a Pepita y Dolores, a la mujer que se presentó a las ancianas como Mari. Pero la imagen está pixelada y borrosa; de Mari apenas se distinguen unos contornos imprecisos.

Mientras la investigación avanza a toda velocidad, el 21 de junio de 2006 —tres días después del asalto a Rosa—, la policía local vuelve a intervenir en un nuevo escenario del crimen. Rosario Márquez, soltera, fue sorprendida en su vivienda, golpeada y estrangulada, antes de ser robada. Solo por suerte, la frágil anciana logra sobrevivir al ataque. Ella también declara ante los agentes que la agresora era una mujer. Para los investigadores ya no hay duda: se enfrentan a una despiadada delincuente en serie, y no tienen la menor idea de cómo localizarla.

Es el 24 de junio de 2006 —han pasado tres días desde el asalto a Rosario— cuando la desconocida vuelve a atacar.

En plena calle, se acerca a Pilar Sola y la convence de llevarle las pesadas bolsas de la compra hasta su piso. Una vez allí, Mari le pide usar el baño.

Pilar, que vive sola, se fija en una herida en la mano de la otra mujer: irregular, enrojecida y con aspecto doloroso.

Mari le explica que trabaja como cocinera y que se quemó con una olla caliente.

Mari entra en el cuarto de baño y se limpia la herida bajo un chorro de agua tibia.

Mientras tanto, Pilar busca en su botiquín una pomada para que su nueva conocida pueda aplicársela en la quemadura. Más adelante, los investigadores logran extraer una huella dactilar parcial del tubo, aunque no les acerca ni un paso más a la autora del crimen.

La agresora, al parecer, no tenía antecedentes y no figuraba en ninguna base de datos policial.

«Cuando la mujer salió del baño, sostenía una toalla por ambos extremos» —relató Pilar más tarde en su declaración—. Puede que también hubiera una cuerda dentro. Me la pasó por el cuello. No pude defenderme. Perdí el conocimiento y me desplomé. Cuando recobré el sentido, no podía moverme por el dolor insoportable en la espalda.»

Los agentes de homicidios están desconcertados. En tan solo dos semanas, la despiadada autora ha atacado en cuatro ocasiones. Varias de sus víctimas han resultado gravemente heridas, y a Pepita la asesinó.

El *modus operandi* de la mujer es siempre el mismo: se gana la confianza de las ancianas, entra en sus casas con alguna excusa, y, una vez que se asegura de que están solas, las ataca sin piedad.

Las golpea y las estrangula, para después huir del lugar con el botín sin ser vista.

Los investigadores saben que la ladrona asesina volverá a actuar. La única incógnita es cuándo y dónde. Y, sobre todo: ¿quién es? Las declaraciones de las supervivientes, marcadas por el trauma, son demasiado vagas. Con las descripciones que han proporcionado, los agentes no logran elaborar un retrato robot. Según las víctimas, la mujer no es ni baja ni alta. No es joven, pero tampoco anciana.

Sin embargo, en un punto coinciden todas las señoras atacadas: la agresora posee una fuerza inusualmente grande en las manos.

Agentes de patrulla comienzan a interrogar a personas mayores en los parques de la ciudad. ¿Se les había acercado alguna desconocida ofreciéndoles ayuda? ¿Se había presentado como Mari?

Tras catorce días de investigación, la policía sigue sin pistas. Aunque intentan que la falta de avances no transcienda demasiado, sus interrogatorios en los parques no hacen más que aumentar la inquietud entre los ancianos de Barcelona.

Solo un día después del ataque a Pilar, la delincuente comete su primer error. Se gana la confianza de Alicia Latre, una anciana que la invita a pasar a su piso. De pronto, sin previo aviso, la desconocida ataca a Alicia y comienza a golpearla. Pero, a diferencia de lo que Mari había supuesto, la jubilada no está sola en casa.

Su marido, alarmado por el alboroto y los gritos, sale corriendo desde una habitación del fondo, atraviesa el pasillo y acude en auxilio de su esposa. El anciano lanza un puñetazo directo al rostro de Mari. La desconocida suelta a Alicia y retrocede tambaleándose varios pasos. Preocupado, el hombre se vuelve hacia su esposa. La agresora aprovecha ese instante para huir del piso sin haber podido llevarse nada.

Pero el hecho de que, gracias al testimonio del matrimonio Latre, los agentes sepan ahora con exactitud a qué hora Mari salió corriendo del edificio, les permite por fin dar con la pista de la delincuente.

Los investigadores analizan las grabaciones de las cámaras de la zona para reconstruir la ruta de huida de la mujer.

Además, esperan que alguien del entorno se haya fijado en la agresora: el fuerte puñetazo que le propinó el marido de Alicia le dejó una herida visible.

Tras horas de revisión minuciosa del material grabado, logran por fin un primer avance: en las imágenes de una cámara de seguridad de la estación de metro "Sant Andreu Arenal", cercana al último lugar del ataque, descubren a la mujer que buscan.

La imagen de la cámara es clara; sus rasgos faciales se distinguen con claridad, e incluso el hematoma en el rostro es perfectamente visible.

Sin embargo, los investigadores dudan en hacer pública la imagen de la autora en serie: Mari podría ser advertida, cambiar de aspecto o desaparecer sin dejar rastro.

Por ello, la unidad de homicidios decide continuar la investigación de forma encubierta.

Elaboran un cartel de búsqueda con dos fotografías de Mari tomadas por las cámaras de seguridad, un retrato robot —realizado con la ayuda de una de las victimas que logró sobrevivir— y una descripción detallada de sus características físicas.

Con ese cartel en mano, más de 200 agentes patrullan la ciudad. Hablan con pasantes, con la esperanza de que alguien reconozca a la sospechosa.

Mientras tanto, un indicio prometedor llega de parte de un empleado de taquilla en la estación de metro «Sant Andreu Arenal», situada muy cerca del quinto lugar del ataque.

El hombre informa a los investigadores de que ve casi a diario a la mujer del cartel de búsqueda subir al tren en esa parada.

A partir de su testimonio, los agentes deducen que la agresora podría estar viviendo en la localidad de Montcada i Reixac, en la provincia de Barcelona, al noreste de España.

De inmediato, las autoridades ordenan que sus agentes vigilen de forma permanente la estación de Sant Andreu Arenal, así como todas las demás paradas del trayecto que la mujer podría estar utilizando en sus desplazamientos.

Ajena a los esfuerzos policiales por localizarla, Mari ya ha fijado su próximo objetivo.

El 28 de junio de 2006, tres días después del fallido asalto a Alicia, ataca a Adelaida Geranzani en su apartamento.

Cuando la policía llega al lugar de los hechos, reconoce de inmediato la inconfundible firma de la mujer que llevan días persiguiendo: primero, un acercamiento casual a la víctima; luego ganarse su confianza para que le permita entrar en casa y finalmente, el ataque brutal seguido de la huida con los objetos de valor.

Adelaida Geranzazi, una frágil jubilada que apenas salía de casa salvo para hacer la compra, no sobrevive al ataque de la delincuente reincidente.

A sus 96 años, se convierte en la segunda víctima mortal de Mari.

Los investigadores más veteranos identifican rápidamente un patrón en la elección de las víctimas. No pasa desapercibido para ellos que Mari, parece estar bajo presión económica: de otro modo, se habría fijado en ancianas con al menos algo de patrimonio.

Pero en todos los casos, las atacadas eran mujeres humildes, que apenas lograban subsistir con sus pensiones. A menudo, ni siquiera poseían joyas de valor, pero eso no impedía a Mari llevarse incluso la bisutería sin valor.

También la forma en que acababa con la vida de sus víctimas resulta inusual: las mujeres suelen recurrir a métodos más «suaves», como el envenenamiento o la asfixia, Mari, en cambio, parecía entrar en un verdadero frenesí de sangre durante sus crímenes. Para los investigadores no hay duda: solo se detendrá cuando la policía logre atraparla.

Aunque los ataques no se vuelven más frecuentes, todos ocurren con poca diferencia entre ellos y siempre pasadas de las siete de la tarde. Es una carrera contra el tiempo.

Cuatro días después del asesinato de Adelaida Geranzani —es 1 de julio de 2006—, los investigadores deben acudir una vez más a un lugar del crimen.

La jubilada María Sahún yace muerta en el pasillo de su pequeño piso. Su rostro y su cabeza están cubiertos de sangre, y una toalla le rodea el cuello.

La anciana, de 76 años, que vivía sola, fue estrangulada.

Mari ya se ha convertido en una asesina en serie.

Finalmente, la unidad de homicidios decide acudir a los medios de comunicación para alertar a la población —especialmente a las mujeres mayores de Barcelona— sobre la peligrosa agresora.

El miedo se extiende rápidamente, sobre todo entre las ancianas, a quienes los investigadores consideran el grupo de mayor riesgo en ese momento.

Sin embargo, las autoridades judiciales aún se resisten a hacer públicas las imágenes de la sospechosa.

Finalmente, optan por asumir el riesgo de que Mari cambie de aspecto o desaparezca. Poco después, la foto de la asesina en serie aparece en todas las pantallas.

«La policía hace un llamamiento a los ciudadanos que tengan familiares mayores que vivan solos», anuncia el presentador del informativo, antes de que el portavoz policial hable con voz pausada al micrófono de la reportera.

«Las señoras deben mostrarse desconfiadas, evitar subir en el ascensor con desconocidos y extremar la precaución con quienes se muestren excesivamente serviciales», afirma el agente.

A continuación, reconoce: «Es un llamamiento poco habitual, pero debemos difundir este mensaje, porque este grupo de población se enfrenta a una amenaza real».

El 3 de julio de 2006 —solo dos días después del asesinato de María Sahún—, unos vecinos encuentran a Montserrat Figueras cubierta de sangre en su domicilio. La anciana de 85 años tiene un trapo enrollado alrededor del cuello.

La jubilada había abierto la puerta a una mujer que le pidió recibir un paquete para unos vecinos que, según dijo, no estaban en casa.

Luego la desconocida preguntó si podía usar un momento el baño, y Montserrat, amablemente, accedió.

A los pocos segundos, sintió un golpe violento en la cabeza que la dejó fuera de combate. Perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, gravemente herida, comprobó que la ladrona le había robado 500 euros y todas sus joyas.

A una de sus víctimas, Mari le había robado una tarjeta bancaria. Al utilizarla para retirar dinero en un cajero automático, deja una pista clave que permite a los investigadores seguirle el rastro.

El cajero está ubicado en una sala de bingo. Los agentes revisan la lista de jugadores: toda persona que entra en una sala de bingo debe identificarse y queda registrada.

Entre todas las mujeres presentes en el momento exacto en que se realizó la transacción, solo una encaja con la descripción de la sospechosa: Remedios Sánchez.

Su trágico balance: ocho atracos violentos, tres mujeres asesinadas y cinco ancianas gravemente traumatizadas.

Tras 26 días de cacería, la criminal que operaba bajo el seudónimo de "Mari" cometió un error. La unidad de homicidios va estrechando el cerco, poco a poco.

Los investigadores consiguen el número de teléfono móvil de Sánchez y logran localizar su señal. Varias patrullas se movilizan de inmediato en busca de la delincuente. Dos de los agentes, entran guiados por la intuición, en una sala de bingo por la que pasan durante la búsqueda. No pueden creer lo que ven: una mujer que coincide con la descripción de la sospechosa está sentada frente a una de las máquinas parpadeantes.

Los agentes se le acercan con precaución y la observan con atención. La mujer ni se da cuenta. Con la mirada vidriosa, no aparta los ojos de los rodillos giratorios y parpadeantes, mientras acciona mecánicamente la palanca de la tragaperras.

Pasan unos segundos antes de que los agentes se intercambian una sutil mirada de aprobación. Han encontrado a la asesina en serie.

Remedios Sánchez nació en julio de 1957 en la localidad de Dormeá, en el municipio de Boimorto. Tiene once hermanos. La

familia numerosa vive en condiciones muy humildes. Por eso, con solo 16 años, decide marcharse a Barcelona en busca de una vida mejor.

Una prima recuerda que Sánchez era una chica cariñosa y amable. Ya instalada en la capital catalana, la joven comienza a ganarse la vida como cocinera. Conoce a un hombre, se casa y tiene dos hijos gemelos.

No se sabe con certeza cuándo empezó a jugar ni en qué momento desarrolló su adicción. Lo que sí está claro es que su marido la abandonó llevándose a los niños a causa de su ludopatía. También una relación posterior con un taxista termina fracasando por el mismo motivo: la adicción al juego de Sánchez.

En el momento en que Sánchez inicia su cadena de crímenes, trabaja como cocinera en el restaurante «O Cebreiro» en Barcelona, justo al lado de una comisaría.

Entre los clientes —muchos de ellos policías— es especialmente conocida por preparar las tortillas más sabrosas de la ciudad. Nadie sospecha que, tras esa fachada amable, Sánchez se encuentra sumida en serios apuros económicos debido a su adicción compulsiva al juego.

Sánchez se enfrenta a una decisión: o lucha contra su adicción o continúa avanzando sin freno hacia el abismo.

Finalmente, opta por no dar la espalda a las salas de bingo.

Tras su detención, la policía registra el pequeño piso de la mujer. Encuentran joyas que claramente pertenecen a las víctimas de los robos. Además, en el bolso de Sánchez encuentran una pequeña libreta en una de sus páginas está anotada la dirección de Pepita Cervantes, su primera víctima.

Sánchez debe responder ante la justicia por los asesinatos y robos. Ella, por su parte, insiste en su inocencia. —Yo no soy capaz de hacer algo así —declara durante el juicio. Sin embargo, un perito psiquiátrico determina que no existen indicios de que la acusada sufra ninguna enfermedad mental activa. La propia Sánchez manifestó al perito que se consideraba una persona egoísta, un poco terca y de mal genio. Además, creía ser reservada y algo autoritaria.

En julio de 2008, dos años después de la serie de crímenes, el tribunal condena a la mujer de 51 años a una pena de prisión de 144 años, 5 meses y 29 días por sus actos. Sin embargo, debido al límite máximo de cumplimiento efectivo de condena establecido por el Código Penal español, Sánchez deberá cumplir como máximo 40 años en prisión. La condenada presenta un recurso contra la sentencia. Su defensa apela al principio de *in dubio pro reo* —en caso de duda, a favor del acusado—y sostiene que su clienta debería haber sido absuelta. No se conocen públicamente los fundamentos jurídicos en los que los letrados basan dicha valoración. No obstante, la instancia competente rechaza el recurso. La sentencia es definitiva.

Actualmente, la mujer de 67 años sigue cumpliendo condena en una sombría celda de la prisión de Can Brians, en Barcelona.

«El hombre es un lobo para el hombre.»

– Plauto (ca. 254–184 a.C.),
poeta romano

CAPÍTULO 10:

Sin escapatoria en el nivel 4

Barcelona, sábado, 11 de enero de 2003. Maria Ángels Ribot sujeta con fuerza el volante de su coche mientras se dirige por la estrecha rampa que baja al deteriorado aparcamiento subterráneo de la calle Bertran, en el barrio de El Putxet. Por la ventanilla lateral entreabierta, María nota un leve olor a agua estancada y hormigón frío. Casi puede saborear el moho en el ambiente.

Como luciérnagas moribundas, los tubos fluorescentes parpadean y apenas iluminan el camino hacia las profundidades, proyectando inquietantes sombras sobre las paredes sucias. El rugido del motor retumba de forma amenazante en el laberinto de hormigón y se extingue por completo cuando María aparca su coche, como siempre, en la plaza número 15 del cuarto nivel y apaga el motor. La madre de cuatro hijos abre la puerta del conductor y sale del vehículo. La puerta se cierra con un golpe seco, y el eco parece prolongarse eternamente. Con paso decidido, la mujer de 49 años se dirige hacia el acceso a la escalera. Siente cómo el frío húmedo se le mete en los huesos.

De repente, María oye un leve susurro detrás de ella. Sin que se haya dado cuenta, una figura oscura se le ha acercado y está ya tan cerca que puede oler su aliento. Un olor a tabaco frío le sube por la nariz. El corazón de María comienza a latir con fuerza. Un escalofrío le recorre el cuerpo al entender que ese desconocido no está allí por casualidad.

Mientras tanto, en el piso cercano de María, su familia espera su regreso. Al ver que se retrasa más de lo habitual, sus hijos empiezan a preocuparse. Sin dudarlo, dos de ellos deciden salir a buscarla. Su primer destino: el aparcamiento subterráneo.

En la escalera, la hija de María descubre un objeto brillante en el suelo. Enseguida se da cuenta de que es el anillo de compromiso de

su madre. La hija de María se agacha y, nerviosa, se pone el anillo en el dedo. Siente que algo no está nada bien.

Mientras tanto, su hermano se inclina sobre la barandilla de hierro y se asoma al vacío. Retrocede horrorizado. Bajo un saliente de la escalera hay una bolsa de basura negra, de la que se asoma algo.

—¡He visto una mano! —tartamudea, antes de que se le quiebre la voz. El pánico lo invade. Agarra el brazo de su hermana antes de que ambos huyan del edificio. Pocos minutos después, la policía recibe una llamada de emergencia.

Cuando los investigadores llegan al lugar, se encuentran con una escena espantosa. Oculto bajo un saliente de la escalera y cubierto con una gran bolsa de basura, yace el cuerpo sin vida de María en un charco de sangre. La mujer, de 49 años, fue asesinada brutalmente.

Los investigadores creen que el asesino la amenazó con un cuchillo y la obligó a bajar desde el cuarto nivel hasta el fondo de la escalera. Allí la apuñaló varias veces. El cadáver también presenta signos de golpes con un objeto contundente en la cabeza; según indicará el informe del forense, probablemente fue atacada con un martillo.

Las manchas de sangre en el suelo de baldosas indican que el asesino, tras matarla, arrastró el cuerpo de María hasta ocultarlo bajo el saliente, probablemente con la intención de retrasar el hallazgo y ganar tiempo para huir.

Sin embargo, una colilla encontrada junto al cadáver hace pensar que el asesino no huyó con tanta prisa. Una segunda colilla se halló junto a una papelera en la escena del crimen. Al parecer, el asesino se tomó su tiempo tras el asesinato para calmar los nervios con un cigarro.

Como no se encuentra el bolso de la mujer de 49 años, la policía sospecha que se trata de un robo. Pero no todo encaja con el perfil clásico de este tipo de crimen: mientras los técnicos forenses aún recogen pruebas en el lugar de los hechos, el marido de la víctima recibe un SMS enviado desde el teléfono móvil de María.

«Te llamo mañana», dice el mensaje. Para los investigadores no hay duda de que fue el asesino quien lo envió. La pregunta es: ¿qué

pretende con ello?

Al parecer, el autor del crimen no solo buscaba dinero. Los agentes creen que el desconocido quiere jugar con la policía… y está usando al marido de la víctima para lograrlo.

Mientras los investigadores esperan la llamada del asesino, revisan si se ha producido algún movimiento reciente en la cuenta bancaria de María. Al fin y al cabo, el criminal tiene en su poder las tarjetas de crédito de su víctima.

Y, efectivamente, poco después del crimen, se retiraron 300 euros con una de las tarjetas en un cajero automático de la calle Balmes. Luego, intenta probar suerte en la calle Bruc. Los investigadores descubren que el cajero automático no dispensa efectivo, pero una cámara de seguridad graba al sospechoso. En las grabaciones aparece la silueta de un hombre delgado, vestido completamente de negro. Sin embargo, la calidad de las imágenes es tan baja que no se pueden distinguir más detalles. Un día después del asesinato de María, el asesino vuelve a intentar sustraer dinero de la cuenta de su víctima en una sucursal bancaria de La Rambla. Esta vez, el cajero automático retiene la tarjeta, que ya estaba bloqueada. En cuanto los investigadores reciben la información, se dirigen rápidamente al lugar para asegurar la tarjeta y que los técnicos forenses puedan analizarla en busca de huellas.

De hecho, los forenses logran hacer visible una huella dactilar sobre el plástico. Surge la esperanza de que se trate de la huella dactilar del asesino. Pero la huella está borrosa y carece de definición, por lo que no aporta ningún avance en la búsqueda del culpable.

En un plano de la ciudad, los agentes marcan los lugares donde el asesino intentó usar la tarjeta de crédito de María. A partir de esos puntos, elaboran un perfil de movimientos del sospechoso. A continuación, solicitan las grabaciones de todas las cámaras de seguridad instaladas en esos puntos. Ahora, los investigadores deben revisar miles de horas de grabaciones. Confían en que al menos una de esas imágenes tenga la calidad suficiente para distinguir los rasgos faciales y otros detalles distintivos del asesino.

Mientras los agentes siguen analizando las grabaciones de las cámaras de seguridad, suena el móvil del marido de María, dos días después del crimen. Al otro lado de la línea, un hombre afirma saber lo que ocurrió. A cambio de la información, exige 2.000 euros al viudo.

El desconocido llama en varias ocasiones al marido de María desde teléfonos públicos, dándole instrucciones sobre los puntos de la ciudad donde debe dejar el dinero. Las conversaciones son demasiado breves para que el viudo pueda sacar información relevante al supuesto asesino de su esposa.

A pesar de que agentes de paisano vigilan cada uno de los lugares indicados para dejar el dinero, ninguna persona sospechosa se acerca a los escondites.

72 horas después del asesinato —el día del funeral de María—, el sospechoso vuelve a llamar. Una vez más, afirma al marido de María que tiene información sobre el crimen. Esta vez, el desconocido exige que el viudo deposite la cantidad exigida en el baño de un bar de Barcelona. Después, debe dirigirse a una cabina telefónica cerca del bar; allí —según él— encontrará un sobre con documentos relacionados con el caso.

Como el autor de la llamada anónima describió con todo detalle el baño del local durante la conversación, los investigadores suponen que se trata de alguien que frecuenta habitualmente ese establecimiento.

Como exigió el chantajista, el marido de María deja el dinero en el baño de hombres del bar. Paralelamente, agentes de policía verifican si en la cabina telefónica mencionada hay realmente un sobre. El resultado es negativo. El responsable de la investigación decide entonces abortar la operación y esperar nuevas llamadas del autor. Las fuentes disponibles no permiten saber si los investigadores que estaban en el bar esperaban que el chantajista recogiera el dinero o si el sospechoso dejó finalmente los documentos en el lugar acordado. Es posible que, debido a la experiencia del día anterior, los investigadores no esperaran que el anónimo llegara a presentarse en persona.

Mientras el marido de María espera en vano durante varios días a que su teléfono vuelva a sonar, los técnicos forenses avanzan en la investigación. Gracias a las colillas de cigarro encontradas en la escena del crimen, los forenses logran elaborar un perfil de ADN del hombre buscado. También en la bolsa de basura negra aparecen huellas dactilares y marcas de manos que, según los investigadores, solo pueden pertenecer al asesino. Sin embargo, sin material de comparación, estas pruebas carecen por ahora de valor.

Es el 22 de enero de 2003 —once días después del brutal asesinato de María Ángels Ribot— cuando María Teresa Diego entra en el aparcamiento subterráneo de la calle Bertrán. Al igual que la primera víctima, aparca su coche en la plaza número 15, aunque no en la cuarta, sino en la tercera planta del aparcamiento. Guiado por un presentimiento inquietante, el marido de la mujer de 46 años entra poco después en el aparcamiento. Él es quien encuentra el cuerpo sin vida de su esposa, María Teresa.

El asesino también la forzó a entrar en el hueco de la escalera. Allí, la amordazó con papel de periódico, que ató con una cuerda alrededor de su cabeza para impedir que gritara. Al igual que en su primer asesinato, el agresor presuntamente golpeó la cabeza de su víctima con un martillo hasta destrozarle el cráneo.

Después le robó la cartera de María Teresa. Se desconoce si se llevó otros objetos, como su bolso. El asesino cubrió también su cuerpo con una gran bolsa de basura negra.

Los agentes de homicidios temen estar ante un asesino en serie. El motivo de esta sospecha son las similitudes entre las víctimas. Ambas mujeres eran rubias, de mediana edad y atractivas. Aunque aparcaron en distintos niveles, lo hicieron en la misma plaza —la número 15— justo al lado del acceso a la escalera.

Mientras tanto, Rupert Bilbao, el marido de María Teresa, ya no puede contener su rabia.

—El día 11 asesinaron a una mujer aquí —dice Rupert, visiblemente alterado ante las cámaras de televisión—. Mi mujer no volvió a entrar al garaje en toda una semana. ¿Por qué no había vigilancia? [...] Ella quería llevarse un cuchillo. Yo me burlé de ella. Y ahora esto.

El miedo se extiende. Tanto mujeres como hombres comienzan a evitar aparcar en los aparcamientos subterráneos de Barcelona. La prensa informa extensamente sobre la búsqueda del asesino, al que apodan el *Asesino de Putxet,* en referencia al barrio donde cometió sus crímenes.

La histeria que se extiende entre la población, unida a las preguntas diarias del Ministerio del Interior a la jefatura de policía, pone a las autoridades investigadoras bajo una enorme presión. La unidad de homicidios sabe que debe evitar, a toda costa, un tercer asesinato.

Los agentes repiten los mismos pasos de investigación que ya realizaron en el caso de María Ángels. No pasa mucho tiempo hasta que descubren que el asesino también intentó sacar dinero con la tarjeta bancaria de María Teresa, y lo hizo en la misma sucursal de la calle Balmes donde ya había retirado 300 euros tras su primer crimen. Esta vez, sin embargo, no tuvo éxito.

El siguiente cajero en el que también intenta, sin éxito, retirar dinero de la cuenta de su última víctima, se encuentra en la Plaça de Catalunya. La policía deduce que el asesino probablemente se desplazó entre ambas entidades bancarias en metro.

Por ello, revisan las grabaciones de las cámaras de seguridad en las estaciones de metro. Los investigadores logran acotar aproximadamente el intervalo de tiempo en que el asesino debió de encontrarse en la red subterránea, y saben que deben buscar a un hombre delgado y de cabello oscuro.

Al poco tiempo, los agentes detectan en una de las grabaciones a una persona que coincide con la descripción del sospechoso entrando en una de las estaciones de metro.

Cuando el hombre valida su billete, una de las cámaras de seguridad lo graba con claridad. Por fin, la policía cuenta con una imagen de mejor calidad del individuo al que consideran el *Asesino de Putxet*.

La hipótesis se refuerza por el hecho de que el desconocido lleva en las manos una cartera que los investigadores logran identificar como perteneciente a María Teresa.

Además, la policía detecta en las imágenes un rasgo físico que podría facilitar su futura identificación: el hombre presenta una incipiente calvicie en la parte posterior de la cabeza.

Todos los agentes de policía de la ciudad se mantienen en alerta, especialmente en los lugares donde debían producirse las entregas de dinero. Buscan a alguien que se parezca a la persona que aparece en las grabaciones de las cámaras de seguridad.

El jefe de la unidad de homicidios pone sus mayores esperanzas en la vigilancia del bar donde el marido de María Ángels debía dejar el dinero del chantajista en el baño de hombres.

Su intuición —la de un investigador experimentado— le dice que el asesino frecuenta ese bar.

Por ello, ordena que dos agentes de paisano se sienten en el bar y mantengan los ojos bien abiertos en busca de un cliente que se parezca al sospechoso.

Dos jóvenes policías pasan la noche siguiente en el bar. Observan discretamente a cada persona que entra en el local. Pero ninguna parece coincidir con la descripción del asesino. Hasta que Juan José Pérez Rangel cruza la puerta.

Al principio, el joven de 24 años no despierta mayor interés en los policías encubiertos. Pero su físico —alto, delgado y de cabello oscuro—encaja en el perfil buscado, así que deciden no perderlo de vista.

El hombre parece pasar sus noches con frecuencia en ese bar, o al menos eso deducen los policías por la forma en que Rangel charla con los empleados, como si ya los conociera desde hace tiempo.

Cuando Rangel agarra un taco de billar y se inclina sobre la mesa, a los policías se les corta la respiración. Bajo la luz tenue de la lámpara del techo, pueden ver que su cabello en la parte trasera de la cabeza comienza a retroceder.

Desde ese instante, no le quitan los ojos de encima.

Bajo el pretexto de un control rutinario, una patrulla de policía detiene a Rangel y le pide su documento de identidad.

Le informan que están realizando controles porque últimamente se han producido varios robos en viviendas de la zona, lo que hace que Rangel baje la guardia y se sienta engañosamente seguro. Gracias a

esto, los agentes obtienen el nombre, la fecha de nacimiento, la dirección y una fotografía del hombre. Comparan la fotografía con las grabaciones de las cámaras de seguridad. La semejanza entre la persona de las imágenes y el sospechoso es innegable: José Pérez Rangel es el doble homicida que estaban buscando.

Por miedo a que el joven de 24 años pudiera asesinar a más mujeres, el jefe de la unidad de homicidios ordena que Rangel sea vigilado día y noche. Los agentes siguen cada paso del *Asesino de Putxet*. Sin embargo, aún es demasiado pronto para detenerlo: todavía no hay pruebas suficientes que puedan presentarse ante un tribunal.

Los investigadores descubren que el joven arrastra una gran cantidad de deudas. Aun así, pocos días antes del asesinato de María Ángels, renunció a su trabajo. Su antiguo jefe declara que el joven de 24 años ganaba 1.800 euros netos y que no entiende por qué dimitió de forma tan inesperada.

Rangel malvive en una pequeña habitación del piso de sus padres. Cada mañana se dirige al centro de la ciudad, donde deambula durante horas por las calles —posiblemente para hacer creer a su entorno que tiene un trabajo estable. Más allá de eso, no ha trascendido más información sobre su vida personal ni sobre su biografía.

Las investigaciones adicionales de los agentes sacan a la luz un detalle revelador: el año anterior, Rangel había alquilado una plaza para moto en aquel mismo aparcamiento subterráneo en el que fueron asaltadas y asesinadas las dos mujeres. A los pocos meses dejó de pagar el alquiler, sin embargo, conservó las llaves de acceso al aparcamiento.

Ahora que los investigadores han vinculado a Rangel con el lugar del crimen, planifican su detención.

Lo siguen mientras conduce por la Ronda Litoral de Barcelona. Cuando Rangel se percata de que un coche lo está siguiendo, intenta huir. El joven mantiene una persecución digna de película, hasta que finalmente la policía logra detenerlo.

Lo esposan y lo trasladan a la comisaría para un interrogatorio. En el bolsillo de su pantalón lleva las llaves del aparcamiento

subterráneo.

El jefe de investigación se muestra desconcertado por la actitud de Rangel. A pesar de las graves acusaciones, Rangel se mantiene impasible. Mira a su interlocutor con una expresión fría y no responde a ninguna pregunta.

Pero al cabo de un rato, Rangel decide hablar con los agentes y, al hacerlo, habla demasiado y se delata: revela detalles que solo el autor de los crímenes podría conocer. Solo cuando llega su abogado, el joven se acoge a su derecho a guardar silencio.

Aun así, la policía obtiene una orden de registro para la vivienda donde Rangel vive con sus padres.

A primera vista, la vivienda parece limpia y ordenada, hasta que los agentes intentan abrir la puerta de la habitación de Rangel. Dentro de la pequeña habitación se amontonan ropa sucia, libros, revistas y todo tipo de basura. Solo un estrecho pasillo permite avanzar entre el desorden. Para poder acceder, los agentes tienen que desmontar la puerta de la habitación.

El jefe de la unidad de homicidios declara más tarde en una entrevista que, hasta el día de hoy, le sigue resultando un misterio cómo Rangel pudo vivir en esas condiciones.

A pesar de las difíciles circunstancias, la búsqueda saca a la luz pruebas interesantes. En medio del desorden, los agentes encuentran periódicos cuyas portadas informan sobre el *Asesino de Putxet*. En una de esas portadas, alguien —probablemente Rangel— había escrito varias veces a mano la palabra «secreto». Además, encuentran un cuaderno donde Rangel anotaba con detalle quién alquilaba cada plaza del garaje, qué coche tenía cada persona y en qué días llegaban o se iban. También llevaba un registro preciso de los hábitos diarios de María Ángels y María Teresa, las dos víctimas.

Llama la atención de los investigadores que Rangel posea varias revistas sobre técnicas de investigación policial, así como un cuaderno dedicado a asesinos en serie.

Además, los agentes también encuentran una tarjeta de una agencia matrimonial que conecta a hombres con mujeres rusas. La unidad de homicidios decide investigar esta pista a fondo para no pasar por alto ningún detalle importante.

Mientras tanto, los forenses trabajan para asegurar la validez del caso ante el tribunal. Tras un análisis meticuloso, no queda ninguna duda: Rangel es el hombre que aparece en las grabaciones de las cámaras de seguridad. Las huellas dactilares y palmares encontradas en las bolsas de basura negras con las que cubrió a sus víctimas pertenecen de forma concluyente a Rangel. Además, los rastros de ADN encontrados en las colillas recogidas en el primer lugar del crimen coinciden con el perfil genético del joven de 24 años.

La intermediaria de la agencia matrimonial relató a la policía que tenía una cita con Rangel el 11 de enero de 2003, el día en que cometió el primer crimen. Comentó que Rangel había financiado el viaje de una mujer rusa que llegó ese mismo día a Barcelona, con la intención de iniciar una relación con ella.

—«Teníamos una cita sobre las 12:00 en el aeropuerto para recibir a la joven, cuenta la responsable de la agencia matrimonial. Pero él no se presentó. Nos preocupaba su ausencia, así que lo llamamos desde la oficina. Era extraño que un hombre no se presentara para recoger a una chica», explica.

Los agentes logran reconstruir que Rangel respondió esa llamada alrededor de las dos de la tarde. Se les hiela la sangre al darse cuenta de que probablemente Rangel estaba en ese momento junto al cuerpo sin vida de María Ángels. Después de la llamada, Rangel se dirigió inmediatamente a la agencia para recoger a su futura esposa. Cuando llegó, las dos mujeres no daban crédito. Su ropa estaba sucia, tenía manchas y arañazos en la cara, relata la responsable de la agencia.

Al preguntarle qué le había pasado, el joven de 24 años respondió que había tenido un accidente de coche. Esa fue también la razón que dio por no haber ido al aeropuerto.

Rangel alojó a la mujer rusa en un hotel. Pero pronto se le acabó el dinero para seguir pagando la estancia. Once días después de su llegada, la joven regresó a su país. Horas después, Rangel asesinó a su segunda víctima.

Sin embargo, Rangel insiste en que no tiene nada que ver con los asesinatos. En cambio, señala al marido de María Teresa, como el verdadero asesino. Un conocido de Rupert Bilbao contó más tarde:

—«Era el profesor de kárate de mis hijos. En realidad, un tipo normal y amable. Pro reaccionó de forma bastante teatral ante la muerte de su esposa. Constantemente daba entrevistas en televisión.»

Los agentes creen que con eso atrajo la atención del *Asesino de Putxet*.

—«Mostrar su dolor de forma tan patética no le benefició en absoluto.» Comenta una reportera local.

Para los investigadores, en cambio, está claro que Rupert no tiene nada que ver con los asesinatos en el garaje. No hay ni una sola prueba que lo incrimine.

La fiscal encargada del caso explica así la actitud de Rangel:

—«Rangel era capaz de lanzar cortinas de humo para no tener que responder por sus actos y de atormentar a alguien cuya vida ya había destruido. No iba a dejar escapar una oportunidad así.» Tal vez eso también explique por qué, tras su primer crimen, Rangel comenzó a acosar al marido de su víctima con llamadas y falsas entregas de dinero.

No se sabe, según las fuentes públicas, si el móvil de María Ángels fue encontrado en posesión de Rangel ni si se llegó a localizar el arma del crimen.

En noviembre de 2004 —casi un año después de que María Ángels y María Teresa fueran asesinadas en el aparcamiento subterráneo— comienza el juicio contra Rangel, quien se declara inocente.

La fiscal lo describe al acusado como:

—«El hombre de las dos caras.» Ante los demás Rangel, se presentaba como una persona culta, educado y aparentemente vulnerable, pero detrás de esa fachada se escondía un ser antisocial, mentiroso y un asesino astuto que mata por placer. Reconoció que actuó de manera cruel y sádica en sus crímenes. —¿Por qué les causa tanto dolor? ¿Por qué los hace sufrir?, pregunta la fiscal. Y sin darle tiempo a responder, añade:

—«Solo hay una explicación: porque le gusta. Su alegato concluye con una advertencia: —Es capaz de engañar a psicólogos y médicos, y en cuanto recupere la libertad, lo volverá a intentar. Apostaría mi vida a ello.»

En diciembre 2004, el juez condena a Rangel por robo y asesinato de Maria Ángels Ribot y María Teresa Diego a una pena de 52 años y nueve meses de prisión.

En aquel entonces, tras una reforma de 2003, la pena máxima de prisión efectiva era de 30 años. Para Rangel, esto significa que quedará en libertad en 2035. El asesino condenado tendrá entonces 57 años.

En prisión, el *Asesino de Putxet* no causa mayores problemas al personal. Apenas se relaciona con otros presos. Las autoridades están preocupadas, ya que el doble homicida no muestra ningún remordimiento ni se involucra en los talleres de reinserción a los que todos los presos tienen acceso. La policía y la fiscalía no ocultan su preocupación ante el día que Rangel recupere la libertad: temen que el asesino vuelva a atacar.

«Si quieres la paz, prepárate para la guerra.»

– Vegetio (siglo IV d.C.),
escritor militar romano

CAPITULO 11:

El hombre que lo sabe todo

Ya es avanzada la mañana cuando una unidad especial rodea una finca en Boadilla del Monte, en Madrid. Algunos agentes escalan la valla para irrumpir en el edificio que se encuentra en su interior. Su objetivo es un hombre de 66 años, con debilidad por las gorras inglesas, que lleva gafas y luce una barba blanca. De no saber lo que saben, los agentes podrían pensar que están tras un anciano inofensivo que solo quiere disfrutar de su jubilación en la finca. Pero el objetivo es todo menos inofensivo. Es capaz de sumir a todo el país en una crisis sin precedentes. Aunque en ese momento nadie lo sabe aún.

Las fuerzas operativas persiguen a un exmilitar y comisario de policía muy respetado, que en su juventud obtuvo numerosos méritos en la lucha contra el terrorismo, pero que se ha desviado del buen camino.

José Manuel Villarejo Pérez está acusado de falsificación, soborno, coacciones y blanqueo de capitales. Los medios lo han apodado el «rey de las cloacas».

Desde hace muchos meses, la Fiscalía Anticorrupción y la Audiencia Nacional investigan, en el marco de la "Operación Tándem", las actividades delictivas de este jubilado. Hoy van tras su documentación empresarial para avanzar en la investigación. Pero no son los papeles lo que lo cambia todo esa mañana. Es una caja fuerte la que deja a todos boquiabiertos. Está discretamente colocada en el salón de la casa y, sin previo aviso, revela un contenido altamente explosivo. En su interior, los agentes encuentran un montón de discos duros cifrados, cintas de casete y microcasetes.

Las grabaciones ocupan más de 40 terabytes de almacenamiento. El que fuera un comisario de policía muy respetado las ha ido recopilando durante los últimos cuarenta años.

En ellas se puede escuchar casi todas las grandes figuras de España: políticos, jueces, altos empresarios, mandos policiales de primer nivel… Las voces de las personas más ricas y poderosas están registradas aquí, en más de mil horas de grabaciones. Incluso la ex amante del antiguo rey Juan Carlos ha quedado inmortalizada, porque José Manuel Villarejo Pérez los ha espiado a todos.

El hombre que esa mañana es conducido esposado es la persona que conoce los secretos de todo un país.

Esta historia no podría haberla imaginado mejor un guionista de Hollywood. Una red de mentiras e intrigas, chantaje, espionaje y abuso de poder que llega hasta las más altas esferas políticas sacude a toda España.

Pero no es una ficción. Es la verdadera historia de José Manuel Villarejo Pérez, que vino al mundo el 3 de agosto de 1951 en la ciudad andaluza de El Carpio.

Es hijo de un farmacéutico y de una comadrona.

Su carrera comienza en el ejército durante la dictadura del general Francisco Franco. En aquella época, el servicio militar es obligatorio en el país del sur de Europa.

Tras el ejército, se incorpora a la Policía Nacional, a la que Villarejo se une en 1972.

Solo tres años después, es destinado a un grupo antiterrorista en San Sebastián, que se centra principalmente en la lucha contra el grupo separatista vasco ETA (siglas de *Euskadi Ta Askatasuna,* que en español significa "Patria Vasca y Libertad").

Más tarde, pasa al equipo de seguridad ciudadana en Madrid, donde combate el terrorismo islamista.

Por esta labor, recibe un total de seis medallas al mérito otorgadas por el Estado español.

De 1983 a 1993, el héroe nacional está en excedencia del servicio policial y se dedica al sector privado.

Durante ese período, llega a dirigir hasta 46 empresas, que en conjunto cuentan con un capital social superior a los 16 millones de euros, sentando las bases de una red poco heroica y nada ejemplar.

Su negocio es la información y su venta; sus métodos, propios de la mafia, incluyen chantaje y soborno.

Además, trabaja como detective (sin licencia) y como contratista para un despacho de abogados que realiza diversas investigaciones para organismos públicos, así como para empresas privadas y particulares.

En esos años, este hombre de complexión robusta, con gafas y aficionado a las gorras inglesas, se convierte en el confidente universal de la economía y la política, contando con los mejores contactos dentro del aparato policial y de seguridad.

Villarejo es el titiritero de las "cloacas" españolas: esas redes dentro de los organismos estatales que operan por cuenta propia y se enriquecen a costa del sistema. Con ello gana millones.

Ni siquiera abandona sus lucrativas actividades cuando, en 1993, es reincorporado al Ministerio del Interior como agente operativo e investigador encubierto.

Allí es contratado como agente especial para la Secretaría de Estado de Seguridad (SES).

Se trata de una unidad especial que depende directamente del ministro del Interior, pero que, al mismo tiempo, está por encima de todas las demás estructuras policiales.

Esta unidad —que oficialmente no existe— se convierte en su mejor fuente para sus actividades.

A mediados de los años 90, el comisario de policía participa, entre otras cosas, en la elaboración del llamado *Informe Veritas,* que recopila datos sobre la vida privada de jueces, políticos, periodistas y empresarios.

Sin embargo, todas sus actividades delictivas y corruptas permanecen ocultas tras puertas cerradas.

De cara al exterior, Villarejo sigue aparentando ser un servidor leal al Estado que actúa por el bien del país.

Hasta el año 2015.

La fachada del héroe policial condecorado y luchador contra el terrorismo comienza a agrietarse por primera vez cuando el periódico español *El País* informa sobre sus numerosas empresas con patrimonios millonarios.

También el diario *Público* saca a la luz actividades turbias. «Villarejo dirigía una policía paralela que, por encargo de grandes

corporaciones y millonarios, manipulaba el sistema judicial y eliminaba o alteraba procedimientos judiciales», afirma el periodista de investigación Carlos Enrique Bayo, entonces director del periódico.

En ese momento, se advertía que lo conocido solo era la punta del iceberg. El maestro del espionaje habría espiado tanto para como contra empresas; incluso algunos ministros lo habrían contratado para vigilar a políticos separatistas.

A veces proporcionaba información a los medios cuando le convenía, otras veces se la negaba.

A sus 64 años, parecía estar en todos los lugares donde se encontraban el poder y el dinero — y el terreno para las maniobras corruptas en España es inmensamente amplio.

Ese mismo año, Ignacio González, presidente de la Comunidad de Madrid, acusa al hombre de la gorra inglesa de chantaje.

Se contrata a un agente retirado de los servicios secretos para que investigue al comisario.

Este saca a la luz numerosas actividades corruptas del excomisario de policía. Una de las acusaciones:

Villarejo habría aceptado 5,3 millones de euros de un político de Guinea Ecuatorial para espiar al hijo del presidente del país.

Si le amenazan consecuencias legales, el hombre siempre tiene un as bajo la manga: alguna información obtenida en sus negocios que le sirve para eludir a la justicia.

Tiene en su poder datos valiosos y sensibles sobre políticos, jueces, abogados y figuras clave del Estado.

¡Villarejo posee material comprometedor contra todos! Falsificación, soborno, chantaje y otros muchos cargos le han valen el apodo de "Rey de las cloacas".

Sin embargo, todavía nadie sabe cómo lo logró.

Es el 3 de noviembre de 2017 cuando pierde su trono y provoca un auténtico shock en la opinión pública española.

En principio, «solo» por soborno, asociación ilícita y blanqueo de capitales, un equipo de la «Operación Tándem» asalta su finca en Boadilla del Monte, en Madrid.

No solo detienen al sospechoso, sino también a su esposa, a su hijo y a otras dos personas que luego son puestas en libertad.

Sin embargo, los libros de contabilidad del hombre de 66 años no son los documentos que contienen la información más explosiva descubierta durante el registro.

Se trata de una enorme cantidad de cintas, datos y grabaciones en discos duros que Villarejo guarda en una caja fuerte, donde se encuentran las voces de las personas más poderosas del país. Reproducir todas estas grabaciones una sola vez tomaría meses. En total, ocupan más de 40 terabytes de espacio de almacenamiento.

Durante las últimas cuatro décadas, el maestro del espionaje ha grabado conversaciones en toda oportunidad posible.

A veces con el móvil, otras con micrófonos ocultos, espiaba a todos y recopilaba información que en algún momento le resultaría útil.

¡Los secretos de toda España están guardados en esa caja fuerte!

Mientras las imágenes del empresario corrupto esposado aparecen en las pantallas españolas, muchos se preguntan qué pasará con todos esos secretos.

¿Qué sucederá si el detenido se siente acorralado?

A esta detención le seguirá, en los próximos años una batalla de filtraciones y revelaciones sin precedentes.

Es de esperar que los casos conocidos hasta ahora sean solo una pequeña parte de todos aquellos en los que el espía ha estado involucrado durante los últimos cuarenta años.

Una de sus actividades secretas habría consistido en espiar para el segundo banco más grande de España, el BBVA.

Más de diez millones de euros habría cobrado Villarejo por espiar, desde 2004, a los grandes deudores de la entidad.

Se dice que también tuvo acceso a datos bancarios con el objetivo de rastrear patrimonios ocultos.

Según los medios, otra de sus víctimas fue el presidente del club de fútbol Real Madrid.

Por encargo de la empresa energética española Iberdrola, lo habría vigilado para impedir que comprara dicha compañía.

Para Iberdrola, habría espiado además a otros altos cargos españoles.

Otro de sus negocios consistía en las numerosas empresas fantasma que creó durante su trabajo para el Ministerio del Interior español, con el objetivo de obtener información actuando como empresario neutral.

Tras finalizar las investigaciones oficiales, el empresario no disolvió estas sociedades, sino que las mantuvo activas y, al parecer, generó millones en ingresos a través de ellas.

«No obtuve ganancias con ello», se justificó más tarde el agente encubierto.

"El dinero fue para los empleados y se utilizó con fines policiales."

Entre sus métodos no solo estaba grabar todo tipo de conversaciones, sino también intervenir llamadas telefónicas.

El diario *El País* reveló que ofrecía a empleados de empresas de telecomunicaciones 1.000 euros por cada conversación intervenida y grabada, todo ello sin ninguna autorización judicial. Así, y por otros medios, Villarejo consiguió numerosas declaraciones comprometedoras que podrían hacer caer a más de un político.

Lo que se siente lo experimenta en carne propia la exministra de Justicia de España, Dolores Delgado, cuando aparece en los medios una grabación en la que llama "maricón" al ministro del Interior. Peor le sucede al partido Podemos.

Según declaraciones de los investigadores españoles, el confidente posee una tarjeta de memoria con información interna del partido y mensajes comprometedores del líder, Pablo Iglesias. Así sale a la luz una declaración escandalosa sobre una conocida presentadora de televisión: "Le daría una paliza hasta que sangrara." Iglesias se ve obligado a pedir disculpas públicamente por esta salida de tono. También en el mediático caso del estafador Francisco Nicolas Gómez Iglesias, conocido como "el pequeño Nicolas", el espía aparece con una grabación de los investigadores. Esto provoca que su nombre cobre cada vez más protagonismo público. Esta investigación termina por desenmascarar al agente encubierto.

También aparecen acusaciones por la implicación de Villarejo en la llamada "Operación Kitchen".[2]

También aparecen acusaciones por la implicación de Villarejo en la llamada "Operación Kitchen".

En ella, el expresidente del Gobierno Mariano Rajoy habría intentado sustraer documentos al extesorero del Partido Popular, Luis Bárcenas. Este fue detenido y condenado en 2013 por llevar una contabilidad paralela, en la que se registraban, entre otras cosas, donaciones en efectivo de empresas a cambio de contratos públicos otorgados por el partido. El detective habría buscado y destruido archivos para encubrir estas prácticas y evitar que fueran objetivo de investigación judicial.

El espía ni siquiera se detuvo ante la Casa Real.

Uno de los escándalo más sonado fue el de la amante de larga duración del rey Juan Carlos, quien abdicó en 2014. La danesa Corinna zu Sayn-Wittgenstein declaró haber recibido 65 millones de euros del monarca como parte de su relación. También afirmó haber tenido acceso a secretos de Estado españoles. Tras el fin de la relación, habría sido objeto de fuertes presiones e intimidaciones.

El jefe del servicio de inteligencia, Félix Sanz Roldan, supuestamente la amenazado: si no colaboraba, «no podría garantizar su seguridad ni la de sus hijos». Es en ese momento cuando entra en escena el agente encubierto Villarejo, quien se gana la confianza de la danesa y le ofrece ayuda frente al servicio secreto.

— «No quiero dañar a la Corona, pero alguien tiene que poner orden aquí», afirma en una de las conversaciones.

Así consigue acceder a numerosos secretos del servicio de inteligencia y a nuevas grabaciones altamente comprometedoras. En una de esas grabaciones, publicada en 2018, Sayn-Wittgenstein afirma que el rey habría recibido 100 millones de euros por actuar como intermediario en negocios privados en Arabia Saudí.

Tras hacerse pública la polémica, el confidente asegura que agentes del servicio secreto español (CNI) le encomendaron viajar a Londres y acercarse a la danesa en su nombre para recuperar los documentos. Al fracasar la misión, habría caído en desgracia dentro del servicio. Según Villarejo, nadie menos que el propio jefe del CNI, Félix Sanz Roldan, sería en realidad el verdadero responsable de su

caída. Como consecuencia, todos los implicados acaban denunciándose mutuamente.

El director del CNI demanda a Villarejo por difamación, después de que este afirmara en una entrevista que el jefe del servicio secreto había amenazado de muerte a Sayn-Wittgenstein. Por su parte, el espía acusa al CNI de haber revelado su identidad, y la examante no solo demanda al servicio secreto, sino también al rey emérito Juan Carlos, a quien también acusa de haberla amenazado.

A su hijo, el actual monarca Felipe VI, no le queda otra opción que distanciarse públicamente de su padre y renunciar a su herencia.

Las intrigas de un país, las mentiras y engaños de la élite… y un solo hombre que conoce todos los secretos.

La lista de delitos atribuidos a José Manuel Villarejo Pérez parece interminable. De unas primeras acusaciones por fraude se pasa a un total de 26 causas en las que la justicia española investiga su implicación.

Se le acusa, entre otras cosas, de blanqueo de capitales, soborno, revelación de secretos, falsificación de documentos y pertenencia a organizaciones criminales. A estas acusaciones se suman obstrucción a la justicia, extorsión, fraude fiscal y tráfico de influencias.

A pesar de todo, el exagente intenta defenderse por el camino que mejor domina: mientras se encuentra en prisión preventiva, publica una carta abierta en la que amenaza al presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, con "revelar toda la verdad". Según él, eso incluye también "las actividades de nuestro servicio de inteligencia contra los intereses de España". A ojos del detective desenmascarado, no hay otro culpable que el propio CNI, al que acusa de haber manipulado información de su "archivo" y de hacer desaparecer otras pruebas.

Pero esta vez no le sirve usar información comprometedora para evitar las consecuencias judiciales. Villarejo cumple el período máximo de prisión preventiva en el centro penitenciario número 7 de la capital, mientras las autoridades continúan investigándolo. Ya tiene 68 años, su cabello se ha vuelto más ralo y ahora lleva gafas con cristales espejados. Sigue prefiriendo llevar su gorra inglesa gris.

Lee y escribe mucho, está estudiando Ciencias Políticas a distancia y así se prepara para su defensa.

Le esperan varios juicios, y solo en el primero se enfrenta a una posible condena de 109 años de prisión. El veterano hace mucho ejercicio para fortalecer su «corazón débil», pues tiene un gran miedo a no salir vivo de la cárcel. Villarejo teme que algo le pueda ocurrir entre rejas, por lo que controla cuidadosamente su medicación.

De vez en cuando, intenta amenazar a sus "enemigos" fuera de la prisión mediante comunicados de prensa.

— «Mi memoria es un vertedero. Cada día entre rejas recuerdo mejor la basura que muchos quisieron hacer desaparecer.» Pronto, advierte el caído héroe policial, esa basura saldrá a la luz y su tufo lo contaminará todo. Pero las investigaciones contra él continúan imperturbables.

Es el 3 de marzo de 2021 cuando el exagente vuelve a saborear el olor de la libertad. Se ha alcanzado el límite legal de prisión preventiva y a la justicia española no le queda más remedio que poner en libertad al acusado.

Los medios lo esperan como si se tratara de una estrella del pop. El hombre de 69 años aprovecha la atención para recalcar que estuvo encerrado sin poder salir al patio y sin calefacción. Asegura haber sufrido un ictus en prisión, motivo por el cual ahora lleva un parche en el ojo.

Además, el excomisario afirma haber sido expropiado: el tribunal ha confiscado 60 propiedades, a la espera de determinar si fueron adquiridas con dinero legal. Pero esto no es el final, advierte Villarejo. ¡Porque ahora… ha vuelto!

Sus amenazas no logran evitar el inicio del primer juicio, que comienza en octubre de 2021. Se acusa al hombre, que ahora tiene 70 años, de haber espiado durante años a la élite de España. Villarejo aparece con la cabeza rapada, gafas con patillas de estampado marrón y beige, y, debido a la pandemia, una mascarilla negra. A su llegada al tribunal de Madrid, insiste una vez más en que es víctima de una campaña de destrucción.

— «No me trataron como a un presunto delincuente, sino como a un enemigo al que había que eliminar», declara.

En el juicio ante la Audiencia Nacional de España contra Villarejo y otros acusados, se juzgan tres casos concretos dentro de un total de 48 delitos distintos.

El proceso es solo una parte del llamado *caso Tándem*, que está siendo investigado por la justicia española. Estos casos reciben los nombres en clave de *Iron* (hierro), *Land* (tierra) y *Pintor*.

En el caso *Iron*, se trata de la recopilación de expedientes policiales confidenciales para un despacho de abogados, con el fin de perjudicar a la competencia presentando cargos contra ella. En el caso *Land*, se acusa al imputado de haber obtenido información comprometedora con el objetivo de filtrarla a los medios para influir en la repartición de una herencia relacionada con una propiedad de lujo, en beneficio de su cliente.

En el caso *Pintor*, se trata de la extorsión a un empresario mediante grabaciones encontradas en su propia vivienda.

Pocos días antes, el acusado volvió a defenderse, alegando que solo había cumplido con su «deber» al sacar a la luz actividades ilegales que había observado.

— «Nunca he tenido miedo», declaró al margen del juicio. «Ni siquiera de los poderosos.»

Por eso, «el superespía español lo cuenta todo», como titularon los medios en enero de 2022.

Villarejo afirma ante el Tribunal Supremo que había advertido al servicio secreto sobre los terroristas en Barcelona y Cambrils en el año 2017. Pero, según él, sus advertencias sobre los islamistas fueron desoídas con el objetivo de provocar miedo en la región que aspiraba a la independencia, para que buscara protección en el Estado.

En el atentado de 2017, varios hombres atropellaron a peatones en las zonas peatonales de Barcelona y Cambrils. En total, murieron 16 personas y más de 150 resultaron heridas.

Ahora, la opinión pública vuelve a debatir: algunos creen a Villarejo, mientras que otros descartan sus declaraciones como simples teorías conspirativas.

Las declaraciones representan una grave carga para el Gobierno, pero no benefician al exagente.

Al final del proceso, es condenado a 19 años de prisión por tres casos de espionaje.

Aunque la sentencia fue anulada temporalmente en 2024, la Audiencia Nacional la ratifica el 10 de octubre de ese mismo añ.[3]

Es declarado culpable de revelar secretos empresariales y personales, así como de falsificar documentos mercantiles.

Sin embargo, los jueces lo absuelven de los cargos de soborno y extorsión en el marco de una presunta conspiración.

A pesar de ello, José Manuel Villarejo Pérez continúa en libertad, ya que la sentencia aún no es firme y las autoridades no consideran que exista riesgo de fuga.

Ni siquiera tras la ratificación de la condena ha comenzado a cumplir su pena de prisión.

Sin embargo, nuevos juicios son inevitables, entre ellos el relacionado con sus actividades para la empresa eléctrica Iberdrola y el banco BBVA, en el que la Fiscalía solicita 42 años de prisión.

Otro procedimiento, que aborda las acusaciones de acoso, coacción y agresión contra la doctora Elisa Pinto, ha sido aplazado hasta octubre de 2025.

En este caso, se acusa a Villarejo de haber sido contratado por el empresario Javier López Madrid para apuñalar a su examante.

El llamado caso Dina se juzgará en marzo de 2026. Se trata del robo de una tarjeta SIM de un asesor del partido, cuyos datos terminaron filtrándose en la prensa.

El maestro espía de España seguirá dando trabajo a la justicia durante muchos años —y es posible que aún queden revelaciones capaces de sorprender.

¿Qué más tiene que decir el anciano que los escuchó a todos?

Tal vez el país aún lo ignore, pero no se puede descartar un nuevo terremoto político.

2 Ver caso 3 «El emisario del rey.»
3 Ver caso 13 «No tengo miedo.»

«No es la falta de castigo lo que genera los crímenes, sino la esperanza de impunidad.»

– Cesare Beccaria (1738–1794),
filósofo y jurista italiano

CAPÍTULO 12:

100 metros

Preocupada, Carmen dirige una mirada al viejo reloj de pared que, como un guardián del tiempo, se alza sobre el marco de la puerta en la cocina. La pequeña aguja de las horas ya descansa sobre el seis. Mientras tanto, la aguja larga de los minutos avanza casi imperceptiblemente hacia el diez.

—¿Dónde se habrá metido el niño? —murmura la mujer para sí misma. Esa misma tarde, su nieto Gabriel se había ido a la casa de sus primos. Carmen le había dicho que debía estar de vuelta para la cena, a las seis en punto. Gabriel es un niño responsable; no es propio de él retrasarse. Por otro lado, Gabriel sigue siendo un niño. Quizás simplemente se le haya olvidado la hora mientras jugaba.

Sin pensárselo dos veces, Carmen se calza los zapatos, se pone una chaqueta, cierra la puerta tras de sí y se dirige hacia la casa de los primos de Gabriel.

Las Hortichuelas es un pequeño y tranquilo barrio del municipio de Níjar, en la provincia española de Almería. Rodeado por el paisaje árido, pero a la vez impresionante, del Parque Natural de Cabo de Gata, el pueblo apenas se distingue de las suaves colinas que lo enmarcan.

Olivares y cactus dibujan la estampa de un lugar que desafía a la naturaleza indómita, mientras al fondo reluce el mar Mediterráneo, cuya brisa salada se cuela de vez en cuando por las estrechas callejuelas del pueblo.

Menos de cien personas llaman hogar a este pequeño rincón de Las Hortichuelas.

Pero ese 27 de febrero de 2018, Carmen no tiene ojos para la belleza del entorno.

A paso ligero, la anciana tarda apenas unos segundos en recorrer los cien metros del camino de tierra que separa su casa del pequeño edificio donde viven los demás miembros de la familia.

El corazón de Carmen late con tanta fuerza contra sus costillas que tiene la sensación de que una manada de caballos galopa en su pecho.

Pero eso no es nada comparado con la descarga de adrenalina que recorre su cuerpo al enterarse de que Gabriel nunca llegó a casa de sus primos.

Ana Julia Quezada nace en marzo de 1974 en la República Dominicana. Vive junto a sus padres y nueve hermanos en una vivienda precaria, improvisada con madera y paja. Los hijos de la familia Quezada crecen en la pobreza. Desde muy joven, Ana empieza a germinar el deseo de un futuro mejor.

Ana tiene 17 años cuando, en 1991, logra ahorrar lo suficiente para comprarse un billete de avión a España. Su intención es comenzar una nueva vida allí. Deja atrás a su pequeña hija, Ridelca Josefina Gil Quezada, a quien dio a luz poco antes de su marcha. Sobre el padre de la recién nacida no existe información pública.

Tras aterrizar en la península ibérica, Ana se instala primero en la ciudad de Burgos. Sin embargo, debido a su escasa formación académica, la joven tiene serias dificultades para abrirse camino en el mercado laboral español. Cuando sus ahorros empiezan a agotarse, Ana no ve otra salida para ganar dinero que dedicarse a la prostitución.

Uno de sus clientes es Miguel. Ana empieza a confiar en el camionero, que recurre con frecuencia a sus servicios. A él le habla de su infancia en la pobreza, de su sueño de un futuro más feliz y del abismo al que ahora se asoma, un abismo que amenaza con engullirla. Miguel se conmueve ante las historias de aquella joven y atractiva mujer. Decide sacar a Ana de esa miseria y darle la oportunidad de una vida sin preocupaciones.

En diciembre de 1992 —tras casi dos años en España— Ana se traslada al piso de Miguel. Poco después, la joven queda embarazada de él y, nueve meses más tarde, da a luz a una niña sana. Los padres, radiantes de felicidad, llaman Judit a su hija. En 1993, Ana y Miguel se casan. Dos años después, Ana, que ya tiene 21 años, obtiene por fin el tan ansiado permiso de residencia permanente. Miguel sigue trabajando como camionero, mientras Ana

contribuye al mantenimiento de la pequeña familia trabajando como empleada del hogar.

Ahora que Miguel es padre, no puede evitar pensar con frecuencia en Ridelca, la primera hija de Ana, a quien su esposa dejó en la República Dominicana, en condiciones precarias y al cuidado de quien sabe quién. Miguel se pregunta si la pequeña estará bien. Sea como sea, está convencido de que lo mejor sería traer a Ridelca a España. Y gracias al permiso de residencia de Ana, nada debería impedir que pudieran hacerlo.

Ana acepta la propuesta de su marido y así, en diciembre de 1995, Ridelca —que ya tiene 4 años— llega a España para reencontrarse con su madre. Miguel se vuelca en la niña con ternura. Hace todo lo que está en sus manos para que a Ridelca le resulte más fácil empezar de nuevo en un país desconocido y adaptarse a su nueva familia. Miguel quiere a Ridelca como a una hija y tiene la intención de adoptarla legalmente. Pero eso no llegará a ocurrir.

Es marzo de 1996 —Ridelca lleva casi tres meses en su nuevo hogar— cuando, a primera hora de la mañana, un vecino ve a una niña pequeña tendida sobre el frío hormigón del patio interior del bloque donde viven Miguel y Ana.

Para Ridelca ya es demasiado tarde. La pequeña, de solo 4 años, ha muerto.

La policía averigua rápidamente que Ridelca debió de caer durante la noche por la ventana del piso, sin que sus padres se dieran cuenta.

En estado de shock, Ana explica a los agentes que su hija, en su país de origen, estaba acostumbrada a entrar y salir por las ventanas de la humilde choza en la que vivían. Además, añade que su hija era sonámbula.

Finalmente, todos los implicados llegan a la conclusión de que Ridelca falleció a causa de un trágico accidente.

Tras la pérdida de su primera hija, Ana intenta sobrellevar el dolor volcando todo su amor y atención en Judit, que ya tiene dos años. Consigue un nuevo trabajo como empleada en una carnicería, y parece que, al poco tiempo, Ana logra sobreponerse al drama vivido aquella noche de marzo de 1996.

No se sabe cómo afrontó Miguel la pérdida de Ridelca.

Un día, la suerte parece regresar a la vida de Miguel y Ana. El camionero gana 94.400 euros en la lotería. Especialmente Ana se acostumbra con rapidez a las múltiples posibilidades que ofrece el dinero, y así, pronto, apenas queda nada del premio.

En ese momento, Ana decide que sería buena idea contratar un seguro de vida, para que ella —como beneficiaria— y su hija Judit estén bien cubiertas en caso de que a Miguel le ocurra algo.

Poco después, el hombre empieza a sufrir problemas de salud. En dos ocasiones, presenta una fiebre tan alta que debe ser hospitalizado. Los médicos no encuentran ninguna explicación para el repentino deterioro del estado de salud de Miguel.

Además de los problemas de salud que lo atormentan, Miguel tiene que enfrentarse a otra dura realidad: su matrimonio este hecho trizas. Sin embargo, el divorcio definitivo no se producirá hasta el año 2009, después de que Ana denuncie a Miguel. Según el testimonio de Ana, que entonces tenía 35 años, fue maltratada físicamente por el hombre.

Un tribunal dicta una orden de alejamiento contra Miguel. Su hija Judit, que ya está en plena adolescencia, se cría con su madre. Durante los cuatro años siguientes, la joven no volverá a ver a su padre.

Ana no permanece sola por mucho tiempo tras separarse de Miguel. Conoce a un empresario con quien inicia una relación. El hombre, acomodado, y viudo, es dieciséis años mayor que ella. Ahoga en alcohol el dolor por la pérdida de su esposa y por un grave cáncer que padece.

Cuando conoce a Ana, parece renacer por última vez. Ana se alegra de recibir como regalo una elegante casa en la Republica Dominicana. Además, el hombre decide que ella será la única beneficiaria de su seguro de vida.

Los hijos del hombre, fruto de su primer matrimonio, observan los acontecimientos con desconfianza. Parece que Ana solo está interesada en la fortuna de su padre y, lo que es aún peor: que la joven incita al enfermo terminal a entregarse sin freno a su adicción al alcohol.

Mientras agoniza en 2012, ni siquiera sus hijos, ya adultos, logran impedir que firme un préstamo de 6.000 euros a favor de Ana.

En cuanto da su último suspiro, la mujer —que entonces tiene 38 años— se hace con varias joyas y objetos de valor del fallecido, cobra el seguro de vida y desaparece.

Mientras los familiares del empresario organizan su funeral, Ana reserva una cita con un cirujano plástico para someterse a un aumento de pecho.

Tras la muerte de su última pareja, Ana vuelve a iniciar una relación. Comienza un romance con un hombre que también sufre cancer. Sin embargo, los familiares del hombre gravemente enfermo denuncian a Ana ante la policía por apropiarse indebidamente de 17.000 euros de sus ahorros para financiar otra cirugía estética.

Pero antes de que Ana tenga que afrontar consecuencias serias, vuelve a desaparecer.

Ana tampoco permanece soltera por mucho tiempo después de esta ruptura. En esta ocasión, es Sergio, un carpintero, quien se enamora locamente de ella.

Poco tiempo después de conocerse, Ana se muda con todo su equipaje al piso del artesano, que vive en el idílico pueblo costero de Las Negras, en la provincia de Almería.

Su hija Judit —ya mayor de edad— decide no mudarse nuevamente con Ana. La relación entre madre e hija se fue deteriorando a lo largo de los años. No se sabe exactamente que causó la ruptura definitiva entre ambas mujeres.

En todo caso, Ana apoya la decisión de Judit de vivir de ahora en adelante con su padre. Con el tiempo, Judit cortará por completo todo contacto con su madre.

Mientras Judit se adapta a la vida con Miguel, Ana y Sergio abren un bar con el que planean ganarse la vida de ahora en adelante. Sin embargo, en 2016 la pareja se ha distanciado tanto que la separación se vuelve inevitable. Al igual que en relaciones anteriores, Ana —que ya tiene 42 años— logra salir de la ruptura beneficiándose materialmente: a partir de ese momento, se convierte en la única propietaria del bar.

Es el último día del año 2016 y, como tantas otras veces, Ana está detrás de la barra sirviendo bebidas a sus clientes cuando un hombre alto y de complexión delgada entra en el local.

Tiene unos rasgos faciales marcados y el pelo castaño peinado con un corte moderno. Su nombre es Ángel David Cruz. Ángel está soltero y tiene un hijo de una relación anterior con una mujer llamada Patricia. Gabriel es el gran orgullo de su padre, que lo adora con devoción.

Cualquiera que conozca a Ángel sabe que su hijo lo es todo para él. El niño, de 6 años, vive con su madre, pero pasa todos los fines de semana con su padre; mantienen una relación muy estrecha. Sin embargo, el pequeño sufre tanto por la separación de sus padres, que asiste regularmente a sesiones con un psicólogo infantil.

La noche en que Ana y Ángel se ven por primera vez, comienza su romance. Juntos reciben el nuevo año 2017. En noviembre de ese mismo año, Ana, ya de 43 años, vuelve a mudarse: se instala con Ángel en La Puebla de Vícar.

Para Gabriel, que ya tiene 7 años, la nueva relación de su padre supone un cambio importante.

Desde que Ana vive con Ángel, el niño ya no recibe toda la atención exclusiva de su padre. No hay información sobre cómo fue la convivencia entre la nueva pareja y el niño de 7 años.

El psicólogo de Gabriel también nota que a su joven paciente le cuesta adaptarse a la nueva situación familiar de su padre.

El especialista aconseja a Ángel que dedique más «tiempo de calidad» a su hijo, ya que el niño se siente desplazado y abandonado.

El padre pone inmediatamente en práctica el consejo del psicólogo infantil. A partir de entonces, Gabriel no solo pasa los fines de semana con su padre, sino que Ángel también empieza a dedicarle las tardes de los martes y jueves.

Pero la verdadera causa de la desesperación de Gabriel y su sensación de no ser querido sigue siendo desconocida para el psicólogo infantil: Ana siente celos del hijo de su nueva pareja y ha entrado en una competencia desigual con el niño de 7 años por la atención y el cariño de Ángel.

Más adelante, algunos afirmarán que Ana prácticamente llegó a enfrentarse a Gabriel.

Sin embargo, no se han hecho públicas situaciones concretas que revelen cómo era realmente la relación de Ana y Gabriel.

Es martes, 27 de febrero de 2018. Gabriel, que ya tiene 8 años, pasa el día con su abuela paterna.

Alrededor de las 15:30, Gabriel se despide de su abuela Carmen y de su madrastra Ana. Luego se dirige a casa de sus primos, que viven a tan solo 100 metros.

Dos horas y media más tarde, Carmen empieza a preocuparse por su pequeño nieto. Habían acordado que él debería estar de vuelta a las 18:00 para la cena.

Gabriel es un niño responsable y no es propio de él incumplir los acuerdos que se hacen. Al principio, Carmen intenta controlar su preocupación. Quizás el niño de 8 años simplemente no se haya dado cuenta de la hora. Finalmente, decide salir a echar un vistazo y comprobar que todo esté bien.

Al llegar a la casa de los demás familiares, la anciana se lleva un gran susto al comprobar que Gabriel nunca llegó a casa de sus primos. El pequeño solo tenía que dar unos pocos pasos para llegar a su destino, pero en ese corto trayecto parece haberse esfumado sin dejar rastro.

Carmen avisa de inmediato a los padres del niño, quienes se ponen en camino sin perder tiempo hacia Las Hortichuelas.

En las horas siguientes, todo el pueblo queda conmocionado. Los vecinos no dejan piedra sin remover en la búsqueda del niño desaparecido. Alrededor de las ocho y media de la noche, Ángel decide dejar de buscar a Gabriel por su cuenta.

El preocupado padre se dirige a la comisaria más cercana para presentar una denuncia por desaparición. Está seguro de que su hijo no se ha escapado. Gabriel es un niño sociable y alegre, pero también bastante miedoso.

De inmediato se pone en marcha un operativo policial llamado "Operación Nemo", en referencia a Gabriel, que quiere ser biólogo marino cuando sea mayor. Las primeras investigaciones en el pueblo

de las Hortichuelas no arrojan resultado. No se encuentra ni rastro del niño de 8 años.

El 3 de marzo de 2018 —Gabriel lleva ya cuatro días desaparecido —, los investigadores amplían el área de búsqueda a un radio de doce kilómetros y refuerzan los equipos con más agentes.

Además de 2.000 efectivos especializados, 3.000 voluntarios ayudan en la búsqueda y brindan apoyo a la desesperada familia. Ana no se separa de Ángel y trata de darle consuelo y ánimo.

El radio de búsqueda se amplía diariamente. En 500 puntos diferentes, policía y voluntarios inspeccionan cabañas y casas abandonadas, cobertizos, plantas depuradoras y pozos.

Para los investigadores, la situación se complica aún más porque en la zona donde desapareció Gabriel no hay tiendas, bancos ni calles con cámaras de seguridad cuyas grabaciones podrían aportar pistas sobre el paradero del niño.

"Operación Nemo" pronto se convierte en la mayor operación de búsqueda de una persona desaparecida en la historia de España.

Ana también colabora activamente en la búsqueda de Gabriel. De hecho, es ella quien un día consigue un primer avance. En una zona despoblada cerca de los acantilados de Las Negras, en Almería, y a unos cinco kilómetros del lugar donde desapareció Gabriel, la mujer de 44 anos encuentra una camiseta blanca que, por su tamaño, parece pertenecer a un niño.

Ángel examina la prenda y, en pocos segundos, llega a la conclusión de que la camiseta pertenece a su hijo Gabriel.

Los agentes de homicidios recogen cuidadosamente la camiseta y la envían a un laboratorio forense para su análisis. Poco después, los especialistas confirman que el ADN encontrado en la camiseta corresponde, sin ninguna duda, a Gabriel.

Mientras tanto, el hallazgo de la prenda despierta sospechas entre los investigadores encargados del caso. A pesar de que aquel día había llovido intensamente en la zona, la camiseta estaba casi seca cuando Ana la encontró.

Otro detalle que desconcierta a los agentes es que, según los testimonios recogidos, Gabriel llevaba una camiseta de colores, —no una blanca— el día de su desaparición. Entonces, ¿por qué se

encontró una camiseta blanca? Por el momento, los agentes no logran encontrar una explicación coherente.

A los agentes de homicidios también les resulta extraño que el lugar donde Ana encontró la prenda esté cerca de la vivienda de su expareja, Sergio. ¿Podría estar implicado en la desaparición de Gabriel? ¿O es posible que Ana —la misma mujer que participa activamente en la búsqueda, siempre con una camiseta con la imagen del niño y sin separarse del lado del desesperado padre— sepa más de lo que aparenta?

La empatía de la población española ante el destino del niño desaparecido y el sufrimiento de su familia es enorme.

Después de que la madre, Patricia, contara a los periodistas que a Gabriel le encantaba el mar, que soñaba con estudiar Biología Marina y que por eso ella lo llamaba cariñosamente "mi pescaito", (es decir, mi pececillo), el apodo se convierte en símbolo de la búsqueda. Usuarios de todo el país inundan las redes sociales con dibujos de pequeños peces acompañados de palabras de aliento, después de que Patricia contara que solía llamar a su hijo "mi pescaito" Decenas de miles de personas utilizan el hashtag *#TodosSomosGabriel*.

El país entero se conmueve ante la unión de esta familia reconstituida. Mientras Ángel y su expareja, Patricia hablan entre lágrimas ante los micrófonos de la prensa, Ana permanece a su lado, apoyando y sostenido a los padres desesperados.

El público no percibe a Ana como una simple madrastra, sino más bien como una segunda madre llena de ternura, en cuyo rostro también se reflejan la preocupación y la desesperación.

Con la voz entrecortada por las lágrimas, Ana declara ante la prensa que está convencida de que Gabriel pronto volverá con su familia.

Mientras tanto, los investigadores deciden vigilar más de cerca a Ana. Sospechan que la mujer sabe más sobre la desaparición de Gabriel de lo que ha contado a la policía. Por eso, los agentes deciden instalar una cámara oculta y un micrófono en el coche de la mujer de 44 años.

Es domingo, 11 de marzo de 2018 —Gabriel lleva ya doce días desaparecido—, cuando Ana se dirige en coche a una finca en

Rodalquilar. Tiene previsto mudarse allí pronto con Ángel, aunque las obras de reforma aún no han terminado.

Ana no se da cuenta de que agentes encubiertos la siguen y observan atentamente todos sus movimientos. Así, los investigadores presencian cómo Ana aparta unas tablas en la propiedad y saca algo de un agujero en el suelo, envuelto en una manta.

Con gran esfuerzo, coloca su secreto en el maletero del coche, antes de volver al volante y marcharse.

Gracias al micrófono oculto, los agentes pueden escuchar cómo Ana habla sola. «[…] ¿Dónde puedo llevarlo? ¿A un invernadero? […] ¿No querías pescado? Pues nada, ¡maldita sea!, ¡van a tener pescado de sobra!», murmura Ana en voz alta, como si hablara consigo misma.

Los agentes encubiertos siguen a Ana durante aproximadamente una hora en coche, hasta llegar al municipio de Vícar, en la provincia de Almería, donde la mujer todavía tiene alquilado un pequeño piso.

Antes de que Ana pueda acceder al garaje del edificio, la policía rodea su vehículo e impide que continue avanzando.

Ana baja del coche visiblemente sorprendida y mira a su alrededor, confundida. Su camiseta y sus manos están manchadas de tierra.

Los agentes no dudan ni un segundo y abren el maletero. Aunque temían lo peor, no pueden evitar el horror al ver confirmadas sus sospechas.

—¡Yo no he sido! ¡YO NO HE SIDO! —grita Ana, mientras los policías retiran con cuidado la manta.

Debajo aparece el cuerpo sin vida de Gabriel, vestido únicamente con su ropa interior.

Mientras Ana, al borde de la histeria, insiste en que no tiene nada que ver con la muerte del niño de 8 años, para los investigadores no hay ninguna duda: La madrastra ha asesinado a Gabriel, ha ocultado su cadáver y estaba a punto de hacerlo desaparecer. Tras escuchar su monólogo grabado en secreto, los investigadores están convencidos de que Ana planeaba deshacerse del cuerpo de Gabriel arrojándolo a algún cuerpo de agua.

Y ahora también encuentran una explicación para la camiseta encontrada: Ana la colocó con la intención de desviar la investigación y dirigir las sospechas hacia su expareja, Sergio.

Sin embargo, también es posible que quisiera darle a Ángel una falsa esperanza de que Gabriel pudiera aparecer con vida. Quizá la mujer solo intentaba ganar algo más de tiempo.

Tras doce días de angustiosa espera, recae ahora sobre los investigadores la dolorosa tarea de comunicar a Ángel y Patricia la terrible noticia: su hijo nunca regresará a casa. Y lo más devastador: la asesina pertenece a su círculo más cercano.

El forense concluye, tras la autopsia de Gabriel, que el niño de 8 años murió por asfixia.

Ana niega en un primer momento tener algo que ver con la muerte del pequeño, pero las pruebas en su contra son abrumadoras. La propia Ana, de 44 años, lo comprende rápido y decide dar un paso al frente: confiesa haber matado a Gabriel en un arrebato. Cuenta que, tras salir el niño de casa de su abuela, ella lo siguió y lo interceptó en el camino hacia la casa de sus primos. Hasta ese momento, los investigadores creen su versión. Sin embargo, que una mujer adulta discutiera con un niño porque, supuestamente, él la insultó —como afirma Ana—, es algo que los agentes ponen seriamente en duda. Más bien, los investigadores creen que actuó movida por unos celos desbordados.

Ana sigue confesando: en un primer momento, golpeó a Gabriel en la cabeza con un hacha, cegada por la ira. El niño de 8 años comenzó entonces a gritar. Para hacerlo callar, le tapó la boca y la nariz con la mano hasta que dejó de moverse.

La policía encuentra más tarde la ropa de Gabriel —excepto la camiseta— en un contenedor de basura. También logran recuperar el hacha con la que Ana golpeó al pequeño en la cabeza, aunque no se ha revelado el lugar exacto donde fue hallada.

Tras la confesión de Ana, de 44 años, como autora del asesinato de Gabriel, la muerte de la pequeña Ridelca —la primera hija de Ana— adquiere para los investigadores una nueva dimensión. Ya entonces había algunas inconsistencias en el caso: el cuerpo de la niña había aparecido relativamente alejado de la pared del edificio, como si

hubiera sido empujada desde la ventana. Además, la teoría de Ana —según la cual Ridelca, sonámbula, habría abierto la ventana— les parece ahora a los investigadores muy poco creíble. La niña, de apenas 4 años, habría tenido que arrastrar una mesa hasta la ventana y subirse a ella primero. Los agentes admiten que, aunque este escenario resulta extraño, no puede descartarse por completo. Finalmente, los investigadores deben admitir que, con las escasas pruebas disponibles y tras 22 años desde los hechos, no logran convencer a la Fiscalía de llevar a Ana ante el tribunal también por la muerte de Ridelca.

En septiembre de 2019, Ana —quien se disculpa públicamente ante la familia de Gabriel por su crimen— debe responder ante el tribunal por la muerte del pequeño. El juicio despierta un interés público que traspasa las fronteras del país. La defensa solicita para su clienta una pena de tres años de prisión por homicidio, alegando que el acto se produjo en un arrebato y que la acusada no tenía intención de causar la muerte del niño. La Fiscalía, en cambio, solicita para Ana, de 45 años, la pena de prisión permanente revisable. Esto significa que no podría optar a la libertad condicional hasta haber cumplido, como mínimo, 20 años de condena.

El 19 de septiembre de 2019, el juez dicta sentencia contra Ana, a quien atribuye una «voluntad maliciosa» y una «falta de sentimientos y humanidad». Por asesinato con premeditación, la condena a prisión permanente revisable, convirtiéndola en la primera mujer en España en recibir esta pena.

El director de la Unidad de Análisis de Conducta Criminal de la Universidad de Salamanca declara más tarde que Ana es «una psicópata de manual». El experto analiza: «Es una mujer fría, que puede sentir vergüenza, pero no culpa. Se derrumbó porque la descubrieron, no porque se sintiera culpable. Cuando parece afectada, es porque imita emociones ajenas. [...]»

Ana no podrá solicitar la libertad condicional antes del año 2044. Si las autoridades aceptaran su petición, tendría entonces 70 años. La madre de Gabriel considera que la condena impuesta a la asesina de su hijo es demasiado indulgente. Ella esperaba una pena que «no solo hiciera justicia para Gabriel y nuestra familia, sino también para

todas esas personas que trabajaron sin descanso, haciendo turnos dobles, sin dormir, con lluvia o sin ella, para encontrar a mi pequeño».

No se sabe públicamente cómo afrontan el dolor los familiares de Gabriel —especialmente sus padres—, ni si, a pesar de la profunda pérdida, han logrado recuperar cierta estabilidad o sentido en sus vidas.

«Los tiranos tienen una vida corta, pero un final terrible.»

– Séneca (4 a. C.–65 d.C.),
filósofo romano

CAPÍTULO 13:

No tengo miedo

Aquella tarde de jueves, el cielo sobre Barcelona lucía de un azul impecable. La Rambla, en el centro de la ciudad, está impregnada de los sonidos del verano. Las carcajadas de los niños, el chapoteo de una fuente urbana y el chillido ocasional de una gaviota que planeaba sobre las cabezas de los transeúntes se mezclan en el aire cálido.

Los turistas pasean a la sombre de los plátanos, mientras los artistas callejeros, con disfraces coloridos, intentan captar la atención de los viandantes. Entre la corriente de visitantes, los barceloneses se mueven con la serenidad que da la costumbre. El aroma de verduras recién salteadas de una paellería se funde con el dulce olor de churros y chocolate que se escapa de las cafeterías a lo largo de la avenida comercial. Es un día como cualquier otro, hasta que, unos gritos desgarradores rompen, de pronto, la idílica calma de aquella tarde de verano: una furgoneta blanca irrumpe a toda velocidad, zigzagueando por el concurrido paseo peatonal.

Abdelbaki Es Satty nace en 1973 en el norte de Marruecos. No hay información sobre su infancia ni su juventud. Tampoco se sabe mucho sobre la vida posterior del hombre que, en 2002, con 29 años, deja su país natal y entra en España. Según varios periódicos, deja en la ciudad española de Ceuta, —situada en la costa norte africana, justo junto a Marruecos — a su esposa y sus nueve hijos cuando emprende su viaje hacia Europa.

Parece que Es Satty se instala en un primer momento en la ciudad de Vilanova i la Geltrú, situada a 50 kilómetros al oeste de Barcelona. Al menos, su nombre aparece por primera vez en los registros policiales de esa localidad.

En enero de 2006, menos de dos años después de los atentados de Madrid de 2004 —en los que murieron casi 200 personas— la policía detiene a varios hombres. Se les sospecha de reclutar combatientes para la Guerra Santa. Sin embargo, más tarde todos son absueltos

de los cargos y puestos en libertad tras haber estado en prisión preventiva.

Aunque Es Satty no está entre los detenidos, en el domicilio de uno de los principales sospechosos se encuentra una copia de su documento de identidad. Así, su nombre también entra en el expediente de investigación, pese a que Es Satty nunca es acusado de estar implicado en el atentado de Madrid.

Cuatro años después, Es Satty entra finalmente en el punto de mira de una investigación. No por sospechas de islamismo, sino por traficar con hachís desde Ceuta hasta la península española. Un juez condena al hombre, que entonces tiene 37 años, a una pena de prisión de cuatro años.

Entre rejas, el condenado entabla amistad con un colaborador de los atentados de Madrid. Hasta qué punto ese encuentro entre ambos influyó en los acontecimientos posteriores no puede ser reconstruido.

En abril de 2014, Es Satty recupera la libertad. El gobierno quiere expulsar del país al padre de nueve hijos, pero el condenado por tráfico de drogas presenta un recurso éxitoso contra la decisión. El juez considera que Es Satty no representa una amenaza y la expulsión queda descartada. A sus 41 años, se instala en la ciudad Ripoll en Cataluña. Allí logra integrarse como imán en la comunidad El-Fath. Sin embargo, Es Satty reclama un aumento de sueldo por sus servicios como predicador, petición que cae en saco roto entre los responsables. Por ello, decide probar suerte en otro lugar.

Tras una breve estancia en Bélgica, Es Satty regresa a Ripoll, donde la recién creada comunidad Annour lo recibe con los brazos abiertos como imán. Originalmente, el hombre tenía la intención de quedarse en Bélgica, pero no encontró trabajo como imán. A diferencia de la mezquita española, allí le exigían a Es Satty un certificado de antecedentes penales, pero él se negó a entregarlo. Además, Es Satty no inspiraba confianza en los mayores de la comunidad; percibían en él un enfoque radicalizado y polarizador. Apenas regresó a España, Es Satty comenzó, en su función de imán, a reclutar a jóvenes de la comunidad Annour para la yihad.

La Guerra Santa –conocida en el islam a menudo como yihad— tiene varios significados. Originalmente, *yihad* significa «esfuerzo» o «empeño» por llevar una vida conforme a la voluntad de Dios, y para muchos musulmanes representa la lucha interna por convertirse en mejor persona. Sin embargo, los musulmanes más radicales reinterpretan este concepto para justificar una guerra violenta contra los no creyentes en Alá y los supuestos enemigos del islam.

Más tarde, los miembros de la comunidad Annour aseguran no haber sospechado nada del plan destructivo de su imán. Se alegraron por el compromiso de Es Satty. «Es muy difícil encontrar a un imán», declaró tiempo después el presidente de la comunidad, Ali Jassine, ante los periodistas. En sus sermones, Es Satty nunca destacó como especialmente radical ni extremista. «¡En ese caso, lo habríamos denunciado inmediatamente a la policía!», asegura Jassine.

Que la comunidad Annour afirme no haber notado la postura islamista de su imán no sorprende al experto en terrorismo Francisco Villacampa. «Este tipo de personas son muy hábiles con el doble discurso: uno para dentro de la mezquita y otro hacia el exterior», explica el profesor. «Prueban con mensajes sutiles quién podría ser receptivo a ideas radicales, por ejemplo, haciendo comentarios sobre la constante humillación que sufren los musulmanes en todo el mundo.»

Sin levantar sospecha entre los demás miembros de la comunidad Annour, Es Satty recluta, adoctrina y radicaliza al menos a once jóvenes de entre 17 y poco más de 30 años con raíces marroquíes. Según reveló el presidente Jassine a los periodistas, casi ninguno de los jóvenes solía asistir a la mezquita.

En el verano de 2017, Es Satty desaparece de repente. A su casero le dice que regresa a Marruecos, para ocuparse de sus nueve hijos. En la pequeña mezquita Annour, su partida repentina causa sorpresa, pero nadie imagina lo que Es Satty está realmente tramando.

A unos 200 kilómetros al sur de Barcelona, Es Satty se refugia junto con los demás miembros de la célula terrorista en un chalet

aislado, en la localidad costera catalana de Alcanar, donde planifican tranquilamente sus atentados.

En el interior de la vivienda, los extremistas fabrican peróxido de triacetona (TATP), un explosivo sumamente potente y popular entre grupos terroristas por su alto poder destructivo y su relativa facilidad de fabricación.

Además, almacenan unas 120 bombonas de butano. Todo indica que tenían la intención de combinar estos materiales para fabricar coches bomba y causar la máxima destrucción posible.

En un proceso similar a un lavado de cerebro, Es Satty inculca a los terroristas los objetivos de su misión. Además de sembrar miedo y caos matando a civiles en lugares públicos, estos ataques sirven como propaganda para el Estado Islámico, una de las principales organizaciones terroristas.

Junto al discurso de odio y venganza contra los países occidentales —a los que considera enemigos del islam—, Es Satty atrae sobre todo a sus seguidores con la promesa de recompensas en la otra vida, que supuestamente esperan a quienes mueren como mártires.

Se desconocen con exactitud los objetivos concretos de la célula terrorista. Sin embargo, Se especula que Es Satty planeaba atentar contra monumentos emblemáticos del país, como la Sagrada Familia de Barcelona. Mientras prepara minuciosamente el caos en España, Es Satty no imagina que todo tomará un rumbo muy distinto al que ha estado planificando durante semanas.

El miércoles 16 de agosto de 2017, una explosión atronadora sacude la localidad catalana de Alcanar. Minutos después, los servicios de emergencia llegan al lugar sin saber que lo que arde entre los escombros era, hasta poco antes, un laboratorio clandestino de explosivos. Más adelante, los investigadores concluirán que la detonación se produjo accidentalmente al manipular las bombonas de gas y el TATP. En el incidente mueren el líder de la célula terrorista, Es Satty, y otro de los terroristas.

La destrucción del chalet en Alcanar desata el caos entre los miembros de la célula que no se encontraban en el edificio en el momento de la explosión. Su plan original había saltado por los aires. En lugar de atacar monumentos emblemáticos del país, sus

artefactos caseros han hecho volar por los aires a su líder, junto con las bombas necesarias para llevar a cabo sus atentados. Sin las instrucciones de su líder, parecen estar desorientados.

Aun así, los extremistas que han sobrevivido no están dispuestos a abandonar su misión. En las horas siguientes, se reúnen para buscar una solución improvisada. Saben que la policía no tardará en descubrirlos. El tiempo corre en su contra.

Un día después, el 17 de agosto de 2017, Younes Abouyaaquob alquila una furgoneta blanca. Con aparente tranquilidad, el extremista de 22 años conduce el vehículo por las calles de Barcelona hasta llegar a La Rambla. Son las cinco menos diez de la tarde cuando, Abouyaaquob, decidido, pisa a fondo el acelerador y avanza a toda velocidad en zigzag por el centro de la avenida, diseñada para peatones.

Cuando el motor de la furgoneta ruge, se desata el infierno: gritos desgarradores, alaridos de pánico y el sonido seco de cuerpos impactando contra el capó de la furgoneta blanca, antes de salir despedidos por el aire y golpear contra el suelo. Todo resuena entre las fachadas de La Rambla.

Tras recorrer 530 metros, la furgoneta de alquiler se detiene y un silencio inquietante se apodera de la escena. La parte delantera del vehículo está deformada; el parachoques cuelga torcido. Profundas abolladuras y arañazos en la carrocería son testigos mudos del rastro de destrucción que Abouyaaquob dejó a su paso.

Abouyaaquob mata a 14 personas, entre ellas niños. Más de un centenar resultan gravemente heridas, algunas de ellas en estado crítico. Testigos y servicios de emergencia relataron más tarde que en La Rambla se vivieron escenas propias de reportajes televisivos sobre zonas de guerra.

Abouyaaquob se escapa entre el caos. Aprovecha la confusión para saltar por de la cabina y huir a pie, mientras las sirenas resuenan por las calles de Barcelona. La policía sella el perímetro y pone a salvo a los supervivientes. Los sanitarios atienden a los heridos y cubren los cuerpos sin vida con sábanas blancas.

Mientras tanto, en Barcelona se lleva a cabo una búsqueda frenética del terrorista. Agentes de policía registran tiendas y locales,

controlan vehículos y detienen a cualquier persona que levante sospechas, para evitar que el autor de la masacre se mezcle entre la multitud en pánico y escape de la ciudad sin ser detectado.

En poco tiempo, los investigadores logran establecer una conexión entre la explosión de Alcanar y el atentado. En las horas siguientes, consiguen reconstruir la estructura de la célula terrorista e identificar sus miembros.

Mientras tanto, Abouyaaquob se desplaza sin ser detectado por las calles de la ciudad, hasta que en la Zona Universitária se cruza con Pau Pérez, quien en ese momento está estacionando su Ford Focus blanco.

Abouyaaquob asesina al hombre, coloca su cadáver en el asiento trasero, se sienta al volante y arranca.

Alrededor de las 18:00, al pasar por un control policial, los agentes observan cómo el conductor les sonríe descaradamente antes de pisar el acelerador y lanzarse hacia ellos. Una agente resulta herida; su compañero consigue esquivar el coche y abre fuego, pero las balas no logran detener al Ford Focus.

Dos horas después, el coche Pau Pérez aparece abandonado en el arcén, a varios kilómetros de distancia. Dentro, los agentes encuentran al propietario del vehículo muerto, boca abajo, tendido en el asiento trasero, pero no hay rastro de Abouyaaquob. Una vez más, el terrorista ha logrado escapar de la policía a pie.

Mientras la búsqueda continúa a toda velocidad, Abouyaauob sigue prófugo y el Estado Islámico reivindica públicamente el atentado, se produce otro ataque en la noche del 17 al 18 de agosto de 2017 en la localidad de Cambrils, a unos 120 kilómetros al sur de Barcelona. Cinco miembros de la célula terrorista de Es Satty atraviesan un control policial y se lanzan a toda velocidad en un Audi oscuro hacia el paseo marítimo. En su recorrido, atropellan a una mujer que estaba a punto de cruzar un paso de peatones, causándole la muerte, y arrollan a otros cinco civiles. En una rotonda, el vehículo choca con un coche de policía estacionado, junto al cual patrullan dos agentes. Una de las policías es embestida y queda gravemente herida sobre el asfalto, mientras que su compañero logra ponerse a salvo con un salto lateral.

Tras el impacto, el Audi da varias vueltas de campana y queda volcado sobre el techo. Testigos observan horrorizados cómo, apenas unos segundos después, las puertas del vehículo se abren y cinco hombres salen arrastrándose del coche siniestro. Armados con cuchillos y un hacha, corren hacia el policía y los transeúntes aterrados. Llevan cinturones explosivos alrededor del abdomen. Mas tarde se sabrá que eran falsos.

El agente no duda. Saca su arma y abate a cuatro de los yihadistas. El quinto, que tras el impacto huye en dirección contraria, apuñala al menos a un transeúnte en el paseo marítimo antes de ser abatido también por un policía. El trágico balance de este segundo atentado: una víctima mortal y doce heridos.

El 21 de agosto de 2017 —cuatro días después de los atentados—, una conductora ve al joven de 22 años, Abouyaaquob, cruzar corriendo la carretera frente a su vehículo en el municipio de Subirats, a unos 45 kilómetros de Barcelona, y desaparece en un bosque cercano. Los agentes estacionan a un lado del camino y avanzan con cautela por un estrecho sendero que desciende entre árboles y matorrales.

Tras unos metros, un hombre emerge de entre los arbustos y se planta frente a ellos. Los policías lo reconocen de inmediato: es Abouyaaquob. Sin decir palabra, el joven, de 22 años levanta la camiseta, mostrando lo que lleva debajo. Bajo ella queda al descubierto un artefacto ceñido a su cintura. Los agentes asumen que se trata de un cinturón explosivo, capaz de matarlos en cuestión de segundos. De repente, Abouyaaquob corre hacia los agentes gritando: «¡Allahu Akbar!» (en español: «¡Dios es más grande!»). «¡Alto! ¡Quieto! ¡Al suelo!», gritan los agentes, con las armas apuntando. Pero él no se detiene. Los agentes deben tomar una decisión. Apuntan. Y disparan. Los disparos resuenan en el aire antes de que Abouyaaquob, mortalmente herido, caiga al suelo.

De los al menos once miembros que componían la célula terrorista, ocho han muerto. Los sobrevivientes deberán comparecer ante la justicia en noviembre de 2020 —tres años después de los atentados —acusados, entre otros cargos, de pertenencia a organización terrorista y posesión de explosivos. Sin embargo, ninguno será

procesado por participación directa en los ataques, lo que genera indignación entre los grupos de apoyo a las víctimas.

En mayo de 2021, el juez dicta sentencia: dos de los acusados son condenados a 46 y 53 años de prisión por su pertenencia a una célula islamista y la fabricación de explosivos. El tercer acusado recibe una pena de ocho años de cárcel por haber facilitado, entre otras cosas, un vehículo y documentación a los autores de los atentados.

Diez días después de los atentados, tuvo lugar en Barcelona una gran manifestación. Más de 500.000 personas se reunieron para expresar su duelo, solidaridad y rechazo al terrorismo. Bajo el lema «No tinc por» (en español: «No tengo miedo»), recorrieron las calles de la ciudad. El presidente del Gobierno español, miembros del Ejecutivo regional, fuerzas de seguridad y representantes de la comunidad musulmana marcharon codo a codo. Incluso el rey Felipe VI participó; un acto simbólico que subrayo la unidad de la nación. Fue la primera vez en la historia de España que un monarca asistía a una manifestación multitudinaria.

A día de hoy, muchos supervivientes, familiares, testigos y miembros de los equipos de emergencia siguen sufriendo secuelas físicas, pero sobre todo heridas emocionales. El policía que abatió a cuatro de los terroristas en Cambrils, evitando así otro atentado con múltiples víctimas, fue aclamado como héroe por la prensa y la sociedad. Sin embargo, el hombre no logra hacer las paces con lo vivido. Desarrolla un trastorno de estrés postraumático. No duerme por las noches; de día no se atreve a salir entre la gente. No se sabe si alguna vez podrá volver a trabajar como agente de policía.

En 2022, Netflix estrenó la serie documental «800 metros», en la que principalmente se da voz a las víctimas, familiares y miembros de los equipos de emergencia. Pero también habla la comunidad musulmana en España, que se distancian de los terroristas y explican cómo los atentados afectaron su vida cotidiana y su posición en la sociedad. Su mensaje es firme: quieren dejar claro que los extremistas no representan a la inmensa mayoría de los musulmanes que desean vivir en paz.

«Considero que el autoconocimiento es difícil y raro, mientras que el autoengaño es muy fácil y común.»

– Wilhelm von Humboldt (1767–1835),
filósofo, lingüista y político alemán

CAPÍTULO 14:

El monstruo de Machala

Justo antes de las 22:00, María Isabel Bascuñana —conocida por todos como Isabel— sale de la Universidad de Lleida, situada en el oeste de Cataluña.

Con paso tranquilo, la joven atraviesa el patio exterior de una de las academias más antiguas del país, donde cursa el segundo semestre de Derecho.

Durante la última clase, el estómago de Isabel había gruñido con rebeldía, anunciando sin rodeos que su cuerpo reclamaba alimento.

Por eso, la joven de 21 años decide hacer una parada antes de dirigirse a casa de sus padres, para comprarse un bocadillo.

Isabel rebusca en su bolso hasta encontrar el móvil. Pulsa el nombre de su madre en la lista de llamadas y durante la conversación le dice que llegará un poco más tarde a casa.

La mujer al otro lado de la línea no puede imaginar que será la última vez que escuche la voz de su hija.

Alrededor de la medianoche, Isabel aún no ha llegado a casa. Su hermano intenta llamarla al móvil. Pasan unos segundos que le parecen horas, pero Isabel no contesta a su llamada. Esto no es habitual en la estudiante de Derecho, tan responsable por lo general.

La familia pregunta a amigos y conocidos si han visto a la joven de 21 años. Pero nadie sabe dónde está. Al ver que Isabel aún no ha aparecido al día siguiente, sus padres presentan una denuncia por desaparición ante la policía.

Los agentes se toman muy en serio la preocupación de la pareja por su hija y ponen en marcha una operación de búsqueda. A través de la radio, comunican a todas las patrullas la descripción física de la joven desaparecida y solicitan a sus compañeros que mantengan la atención en busca de Isabel o de su coche blanco, un Nissan.

Mientras tanto, familiares y amigos recorren las calles de Lleida. Hablan con transeúntes y estudiantes con la esperanza de que

alguno haya visto a la joven de pelo rizado, rubio oscuro y grandes ojos marrones. Pero todos a los que preguntan niegan con la cabeza.

Pasadas las 23:00 del 24 de noviembre de 2004 —cuando Isabel lleva desaparecida ya más de 24 horas—, su hermano llama a la comisaría de policía. Nervioso, informa al agente por teléfono que él y otros voluntarios han encontrado el coche de Isabel. Está aparcado a unos tres kilómetros de la universidad, al final de la calle Ignasi Bastús, en el barrio de La Bordeta. De inmediato, una patrulla se dirige al lugar indicado.

Los agentes examinan el coche a fondo. Las puertas están cerradas con llave. Desde fuera, no detectan ningún daño en el vehículo. Les llama la atención, que además de libros y carpetas de la universidad, Isabel había dejado su bolso en el asiento del copiloto. A los agentes les parece inusual. Proponen la hipótesis de que una mujer nunca se marcharía sin su bolso y concluyen que a Isabel le ha debido de pasar algo.

Mientras tanto, un familiar de la desaparecida se apresura con la llave de repuesto del Nissan blanco y se la entrega a uno de los agentes, que de inmediato procede a abrir el maletero del coche. Con cautela, abre la tapa trasera. Su mirada se detiene en unas grandes bolsas negras de basura industrial, que parecen ocultar algo. Con precaución, el agente aparta el plástico… y retrocede horrorizado. En el interior del maletero yace, encogido, el cuerpo sin vida de una mujer. Un trapo de limpieza está enrollado alrededor de su cuello. Al parecer, el asesino la estranguló. La ropa está del revés: un primer indicio de que podría tratarse de un delito sexual. Los agentes sospechan que el autor del crimen volvió a vestir a la víctima después de matarla.

Una autopsia realizada posterior confirma que la causa de la muerte fue el estrangulamiento. Además, el forense constata que Isabel fue violada. En el cuerpo de la víctima consigue recoger restos de semen. Sin embargo, el análisis de ADN no arroja ningún resultado: al parecer, el asesino no había sido identificado ni fichado previamente por la policía.

Los agentes alertan a la unidad de homicidios, que poco después llega al lugar del hallazgo, que ya ha sido ampliamente acordonado por las patrullas. A pesar de la avanzada hora, algunos vecinos han notado el inusual ajetreo frente a sus casas y ahora se concentran tras la cinta policial, intentando echar un vistazo al vehículo en el que trabajan los investigadores.

Estos no tardan en concluir que el lugar donde apareció el cuerpo no puede ser la escena del crimen. Por un lado, el coche está bien estacionado; por otro, el riesgo de que el asesino fuera sorprendido por algún transeúnte habría sido demasiado alto.

Mientras tanto, los padres de Isabel llegan a la calle Ignasi Bastús. Al inspector encargado de la investigación le toca la dura tarea de comunicar al matrimonio que su hija nunca volverá a casa. La mujer encontrada sin vida en el maletero es sin duda la desaparecida Isabel. El grito de su madre —un alarido que parece desgarrarla— cala hasta los huesos de todos los presentes y queda grabado para siempre en la memoria de los agentes encargados del caso.

Los agentes de homicidios se ponen manos a la obra. En primer lugar, quieren averiguar cómo llegó el Nissan de Isabel a la calle Ignasi Bastús. Para ello, analizan todas las grabaciones de las cámaras de seguridad alrededor del lugar donde se encontró el cuerpo e intentan reconstruir las últimas horas de vida de Isabel. Las únicas imágenes de calidad utilizable en las que aparece la joven de 21 años provienen de una cámara de seguridad de la Universidad de Lleida. En ellas se ve a la estudiante de Derecho la noche del 23 de noviembre de 2004, echando un vistazo en la biblioteca de la facultad y, después, caminando por el pasillo junto a los ascensores. Los videos de seguridad confirman que Isabel salió del edificio sola y que nadie la siguió.

Agentes de patrulla registran contenedores de basura y alcantarillas en los alrededores. Esperan encontrar objetos que puedan estar relacionados con el asesinato de Isabel. Sin embargo, tras varias horas de búsqueda, se ven obligados a abandonarla sin éxito.

Los investigadores deciden continuar con las averiguaciones en los bares y restaurantes cercanos al campus. Según contó la madre de Isabel, su hija le dijo en su última llamada que iba a comprarse un

bocadillo. Los agentes interrogan a varios propietarios y empleados de los establecimientos y efectivamente, algunos recuerdan haber visto a Isabel. Un camarero declara que la cocina ya estaba cerrada cuando la estudiante de Derecho entró en el local aquella noche. En otro establecimiento, en cambio, el personal recuerda haberle preparado un bocadillo alrededor de las 22:30.

La madre de Isabel cuenta a la policía que su hija solía aparcar en el parking del cine, cerca de la universidad. Los investigadores interrogan al vigilante del aparcamiento para saber si observó algo extraño la noche del crimen. El hombre declara que no vio entrar ni salir el Nissan de Isabel del garaje, ni tampoco recuerda haber visto a la estudiante de Derecho. Así, queda claro que las últimas personas que vieron a Isabel con vida fueron los empleados del bar cercano al cine, donde la joven compró el bocadillo.

El informe de la autopsia revela que el estómago de Isabel estaba vacío en el momento de su muerte, lo que indica que la estudiante se encontró con su asesino antes de poder comerse el bocadillo. Un vecino de la calle Ignasi Bastús —a dos kilómetros del bar— declara que vio por primera vez el Nissan de Isabel la noche del 23 de noviembre de 2004, alrededor de las 23:30. Los investigadores saben ahora que el asesino de Isabel dispuso de apenas una hora para cometer la agresión y el crimen.

La consternación entre la población por el espantoso crimen es enorme. La gente se pregunta cómo puede suceder algo así en la apacible Lleida, una ciudad cuyas calles, además, están vigiladas por cámaras. Donde antes tanto vecinos como estudiantes se sentían seguros, ahora se extiende el miedo. ¿Se trata de un crimen cometido por alguien del entorno de un agresor que elige a sus víctimas al azar? La presión sobre los investigadores para capturar al violador y asesino crece con cada hora que pasa.

En primer lugar, la policía interroga al entorno más cercano de la víctima. Al fin y al cabo, una regla básica de la criminología sostiene que, en la mayoría de los casos, el asesino mantiene algún tipo de relación previa con su víctima. Los agentes toman las huellas dactilares de los interrogados para compararlas con las huellas

encontradas en el coche de Isabel. Además, comprueban las coartadas de familiares, amigos y conocidos.

Unos días después del asesinato de Isabel, numerosas personas de reúnen para acompañarla en su último adiós. En el funeral, no queda un solo asiento libre en la iglesia. Ninguno de los asistentes sospecha que la unidad de homicidios los observa con suma atención y graba en video a todos los presentes.

Los investigadores se fijan en el comportamiento de la gente. Si el asesino perteneciera al entorno de Isabel, tendría sentido que acudiera al entierro de su víctima. Sin embargo, los agentes esperan en vano encontrar algún indicio que les permita relacionar a alguno de los asistentes con el crimen.

Mientras tanto, los peritos forenses examinan el trapo de limpieza con el que Isabel fue estrangulada. Pero no encuentran ningún indicio que pueda ayudar a los investigadores a avanzar en el caso. A continuación, los expertos centran su atención en el Nissan de la víctima. De forma meticulosa, recogen todos los objetos del interior del vehículo y aseguran cabellos, fibras y numerosas huellas dactilares. En el laboratorio se determina que muchas de esas huellas no son útilizables, mientras que otras pueden atribuirse a familiares, amigos y conocidos de Isabel. Todos ellos habían declarado en los interrogatorios haber viajado en varias ocasiones en el coche, por lo que la presencia de sus huellas en el interior del Nissan resulta comprensible para los investigadores.

Una vez concluida de recogida de pruebas, los miembros de la unidad de homicidios vuelven a examinar el coche de Isabel. Les llama la atención, que el asiento del conductor esté casi completamente echado hacia atrás, en una posición desde la que, dada la estatura de Isabel, le habría resultado difícil alcanzar los pedales de freno, acelerador y embrague. Al enterarse por la familia que la joven de 21 años solo escuchaba CDs en el coche, les desconcierta aún más encontrar una cinta con música sudamericana. Para los investigadores, estas pistas solo conducen a una única conclusión: el asesino condujo el coche de Isabel por la ciudad hasta el lugar donde más tarde fue hallado — mientras el cuerpo de la joven yacía en el maletero y sonaba la música.

Los técnicos forenses intentan, sin éxito, obtener huellas dactilares de las bolsas de basura industrial que cubrían el cuerpo de Isabel. Mientras tanto, los agentes de la unidad de homicidios se centran en averiguar el origen de las bolsas marcadas con la inscripción "Dino". Se ponen en contacto con el fabricante para saber a qué establecimientos de Lleida se distribuye ese producto. Entre los compradores figuran el cine, el aparcamiento anexo y la universidad. Los agentes interrogan a empleados y personal de limpieza del complejo. Uno de los testigos despierta el instinto policial de los investigadores más veteranos: el vigilante del aparcamiento.

Se trata de Gilberto Antonio Chamba Jaramillo, un ciudadano ecuatoriano de 41 años. Trabaja desde hace poco en el aparcamiento y también colabora en el cine contiguo, lo que le daba acceso a las bolsas de basura industrial. No se sabe con certeza si hubo más indicios que despertaran la desconfianza de los investigadores.

Chamba suele comenzar su turno a las 15:00 y acaba a la 01:00. Tras las últimas proyecciones, que terminan sobre las 23:30, se encarga de mantener el orden y la limpieza, y de dejar listas las salas de cine para el día siguiente. Durante el resto de su jornada, este hombre delgado y reservado, con cabello corto y canoso, permanece sentado en su silla plegable junto a la entrada del aparcamiento.

Los agentes piden a Chamba permiso para inspeccionar su coche, y él acepta. En el maletero, los investigadores de homicidios encuentran una caja de herramientas bien surtida, que parece pertenecer a un aficionado a la mecánica. Sin embargo, les llama la atención la ausencia de un trapo de limpieza —algo que habrían esperado encontrar en el vehículo de alguien que trabaja con aceite y grasa con frecuencia.

También despiertan el interés de los agentes los tatuajes en el dorso de la mano izquierda y en el brazo de Chamba. Sospechan que podrían tratarse de tatuajes carcelarios: no parecen hechos por un profesional y dan la impresión de haberse realizado en condiciones improvisadas. Uno de los policías le pregunta sin rodeos si alguna vez ha estado en prisión. Hasta ese momento, el hombre

de 41 años había mostrado una actitud cooperativa, pero ahora responde con un silencio helado. Una búsqueda en la base de datos no arroja ningún resultado: Chamba no tiene antecedentes penales. Al parecer, los miembros de la unidad de homicidios estaban equivocados. Sobre el papel, Chamba es un ciudadano sin historial delictivo.

Como parte del procedimiento rutinario, los agentes toman las huellas dactilares del vigilante del aparcamiento y verifican su coartada. Chamba declara que estuvo trabajando durante el periodo en que Isabel fue violada y asesinada. Sin embargo, su empleadora solo puede confirmar que el hombre de 41 años realizó labores de limpieza en el cine a partir de las 23:50, momento próximo al crimen. Para los investigadores, esto basta para considerarlo un sospechoso: habría tenido tiempo de cometer el delito, dejar el coche en el lugar donde fue hallado y regresar a pie a su puesto de trabajo.

El 30 de noviembre de 2004 —una semana después del asesinato de Isabel— Chamba no tiene que trabajar. El hombre de 41 años decide aprovechar su día libre para preparar su huida pues parece sospechar que está en el punto de mira de los investigadores. Chamba consigue un billete de avión: su intención es desaparecer en su país natal, Ecuador.

Mientras Chamba planea su fuga, los técnicos forenses prueban un nuevo método para obtener huellas dactilares. Con un pincel, aplican un polvo blanco sobre la superficie de las bolsas de basura "Dino" encontradas en el maletero del coche de Isabel. Gracias a esto, los expertos logran finalmente hacer visibles numerosos patrones de las crestas papilares, que de inmediato, son comparados con las huellas tomadas a Chamba.

Mientras tanto, el hombre de 41 años espera en la estación de tren al convoy que debe llevarlo al aeropuerto de Barcelona. De repente, Chamba comienza a sufrir fuertes retortijones abdominales. En cuestión de minutos, el dolor se vuelve tan insoportable que decide cancelar su viaje y acudir a urgencias. El médico de guardia le administra una inyección para calmar el dolor y lo envía de vuelta a casa.

Mientras tanto, el avión despega rumbo a Sudamérica sin el vigilante del aparcamiento a bordo. Al día siguiente, Chamba se presenta en su puesto de trabajo como de costumbre. A partir de ese momento, los investigadores comienzan a vigilar al sospechoso. Solo más tarde se darán cuenta de lo cerca que estuvieron de dejarlo escapar.

Alrededor de las 18:00, los agentes que seguían al vigilante del aparcamiento reciben la noticia de que las huellas dactilares encontradas en las bolsas de basura negras coinciden con las suyas. Sin oponer resistencia y sin mostrar la más mínima emoción, el hombre de 41 años se deja esposar antes de ser trasladado por los investigadores a la comisaría.

«Digo la verdad», afirma Chamba durante el interrogatorio. «No la conocía, no la maté. Para venir a España, tuve que dejar atrás a mi familia. Ese es mi delito, no el crimen que se me imputa».

A pesar de las abrumadoras pruebas en su contra, los investigadores no consiguen que confiese. Más adelante, siguiendo el consejo de su abogada, Chamba decide ejercer su derecho a guardar silencio.

No se sabe mucho sobre el pasado de este hombre. Chamba nació en octubre de 1963 en la ciudad ecuatoriana de Machala. En 1977 ingresó en el ejército. Catorce años después, lo dejo con el rango de cabo, el más bajo dentro de los suboficiales. Se casó con una mujer con la que tuvo dos hijas. Desde entonces, se ganaba la vida como taxista en Machala.

La unidad de homicidios registra el apartamento del acusado. En la vivienda, los investigadores encuentran una carta que resulta ser un recurso contra una sanción penal. Tiempo atrás, Chamba había sacado un cuchillo durante una pelea en el entorno de la prostitución y había amenazado con él a su rival. Los agentes descubren que el vigilante del aparcamiento era un cliente habitual del burdel "Hotel Jamaica" en Lleida, y deciden investigar en ese entorno en busca de nuevas pistas.

Durante sus investigaciones, los agentes se encuentran con una trabajadora sexual que ejerce la prostitución callejera. Aun visiblemente afectada por lo ocurrido, relata a la policía un incidente

que casi le cuesta la vida. Cuenta que, en el verano de 2004, subió al coche de un cliente, que la llevó hasta un terreno baldío. Sin embargo, no llegaron a mantener relaciones sexuales porque el hombre sufría disfunción eréctil. El cliente le pidió una segunda oportunidad, pero esta vez le rodeó el cuello con las manos y empezó a apretar con fuerza. La mujer no tuvo ninguna duda: su agresor intentaba matarla. Luchó con todas sus fuerzas hasta que logró soltarse, salir del coche y huir. Pudo describir tanto al agresor como a su vehículo. Para los investigadores, no hay duda: se trataba de Chamba. Todo apunta a que están ante un posible asesino en serie.

Es el 4 de diciembre de 2004 cuando Chamba comparece por primera vez ante la jueza encargada del caso. Numerosos medios de comunicación se han desplazado para presenciar la audiencia del hombre que le arrebató la vida a Isabel de forma tan cruel. Chamba, por su parte, parece indiferente ante el interés mediático que genera. Permanece impasible al escuchar la decisión de la jueza: deberá ingresar en prisión preventiva mientras continúa la investigación.

Unas horas más tarde, suena el teléfono en la unidad de homicidios encargada del caso. Al otro lado de la línea, se identifica un periodista afincado en Madrid, originario de Ecuador. El hombre asegura haber reconocido al acusado en las noticias. Dice conocerlo de su país natal, donde era conocido como «El Monstruo de Machala».

—«Sembró el miedo en la ciudad de Machala», —relata el reportero —, fue responsable de ocho asesinatos y un intento de homicidio. Ese rostro no se me olvidará jamás. En cuanto lo vi por televisión, dije: es Chamba, el asesino.

La unidad de homicidios inicia una investigación —al fin y al cabo, el historial delictivo de Chamba estaba impecable—. ¿Podría haberse equivocado el periodista? Sin embargo, las averiguaciones confirman que el reportero tenía razón: en abril de 1993, Chamba fue detenido en Ecuador a los 30 años de edad.

Chamba, que trabaja como taxista en Machala, prefería hacer el turno nocturno. Alegaba que por la noche se ganaba más dinero. Sin

embargo, más tarde se descubriría que en realidad recorría las calles a esas horas porque era cuando más probabilidades tenia de que trabajadoras sexuales subieran a su coche. Las convencía para que lo acompañaran a lo que decía ser su casa, aunque en realidad se trataba de un edificio abandonado. Una vez allí, las mataba a golpes con una porra o las estrangulaba.

Algunas de las víctimas de Chamba eran también estudiantes universitarias o de secundaria, que creían que el taxista las llevaría a casa de forma segura. Él se aprovechaba de su confianza para atacarlas por sorpresa, luego las mataba y abusaba de sus cadáveres. Después, abandonaba los cuerpos en las afueras, junto a caminos solitarios.

Comenzó entonces la caza, de un asesino en serie sin escrúpulos por parte de la policía ecuatoriana. Los medios lo apodaron como "el Monstruo de Machala". Entre 1988 y 1993, al menos ocho mujeres fueron víctimas de este brutal criminal. Una de ellas logró escapar. Denunció a su agresor, pero no pudo de recordar su rostro, solo que conducía un Taxi. Las investigaciones llevadas a cabo por los agentes encargados del caso no llegaron a ninguna parte.

En 1993, la décima víctima del asesino en serie también consiguió escapar. La trabajadora sexual pudo proporcionar una descripción detallada del hombre. A raíz de ello, patrullas policiales comenzaron a controlar a los taxistas de la ciudad. Así fue como Chamba cayó en manos de la policía. Su aspecto coincidía al cien por cien con la del asesino que buscaban. En un primer momento, el hombre de 30 años negó cualquier implicación en los crímenes. Pero cuando los forenses encontraron restos de sangre en la porra que llevaba en su taxi, Chamba se derrumbó. Confesó ocho violaciones seguidas de asesinatos, así como dos intentos fallidos. Entre sus víctimas había también dos chicas menores de edad. Chamba insistió en que se dejara constancia en su expediente de que primero mataba a las mujeres y después abusaba de sus cadáveres. «Jamás al revés», declaró.

El juez condenó al „Monstruo de Machala" a una pena de prisión de 16 años. Sin embargo, gracias a su buena conducta y a una amnistía de la que se benefició, el asesino en serie fue puesto en libertad en

noviembre de 2000, tras cumplir solo siete años de condena. Chamba nunca mostró arrepentimiento por sus crímenes. Incluso llegó a afirmar que la policía la había cargado los asesinatos y que el verdadero culpable seguía libre. «Las personas que están detrás de todo esto amenazaron a mi familia», declaró Chamba más tarde. «Todo giraba en torno al dinero. Porque los que movían los hilos eran ricos. La policía hizo un trato conmigo para que yo asumiera la culpa.»

Tras su liberación, Chamba, de 37 años, decide empezar una nueva vida en España. Para facilitar su llegada a Europa, se acogió a la legislación ecuatoriana vigente en aquel momento, que le permitía limpiar su historial policial. En el momento de su entrada, las autoridades españolas consideraron que el ecuatoriano tenía un historial limpio. No hay información pública sobre si la esposa de Chamba y sus dos hijas se reunieron con él más tarde en España o si permanecieron en Sudamérica. En su nuevo destino, Chamba se instaló con sus dos hermanas, que ya habían emigrado a Europa.

Al principio, Chamba se mantuvo con trabajos esporádicos, hasta que en septiembre de 2004 consiguió un puesto como vigilante de aparcamiento en Lleida. Para complementar su salario, también trabajaba como personal de limpieza en el cine vecino.

También en el caso del asesinato de Isabel, Chamba insiste en su inocencia. Está convencido de que existe una conspiración en su contra. Aunque una prueba de ADN confirma, sin lugar a duda, que el semen hallado en el cuerpo de Isabel pertenece a Chamba, él sostiene que los investigadores falsificaron las pruebas para incriminarlo.

Chamba debe responder ante la justicia por la violación y el asesinato de Isabel. Además, está acusado de intento de violación y homicidio contra una trabajadora sexual que, tras ver su rostro en los medios después de su detención, lo reconoció como su agresor y lo denunció.

El juicio despierta un gran interés, no solo en España, sino también en Ecuador. El juez condena al acusado a la pena máxima de 45 anos de prisión. Una vez cumplida la condena, el hombre deberá ser deportado inmediatamente a su país de origen. Esta decisión es

especialmente rechazada por los ecuatorianos, ya que nadie quiere al "Monstruo de Machala" de regreso en su tierra.

En España no existen estadísticas fiables sobre qué ocurre con los asesinos en serie tras su puesta en libertad", explica el psicólogo forense Vicente Garrido. «En la mayoría de países, estas personas nunca llegan a salir de prisión. No creo que se deba descartar categóricamente la rehabilitación de un asesino en serie, pero la cuestión es si la sociedad está dispuesta a asumir ese riesgo». Algunos expertos están firmemente convencidos de que Chamba volverá a matar en cuanto tenga la oportunidad.

Chamba deberá cumplir como mínimo, 25 años de la condena impuesta en prisión. Con toda probabilidad, el asesino en serie recupere la libertad a finales de 2029. Para entonces, Chamba tendrá 66 años.

«El hombre es el único animal que se sonroja – o que debería hacerlo.»

– Mark Twain (1835–1910),
escritor estadounidense

Epílogo del autor

Querida lectora, querido lector:
¿Le ha gustado este libro? ¡Entonces ayúdenos a darle mayor visibilidad! Una reseña sincera significa mucho para nosotros y no le llevará más que un momento.
También puede compartir el libro en redes sociales y etiquetarme:

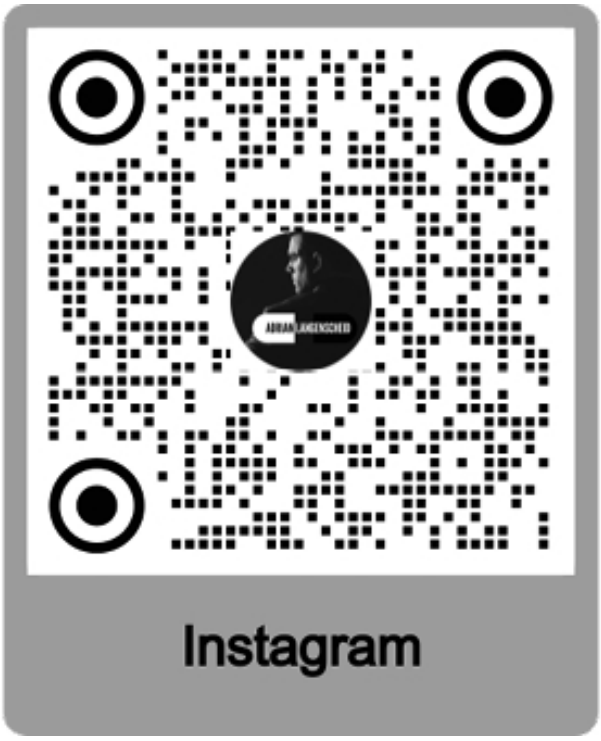
📷 **Instagram**: @truecrimedeutschland

¡Si desea adentrarse aún más en el oscuro mundo del crimen, «True Crime Nueva Zelanda» ya está disponible!

¡Permanezca atento!
Un cordial saludo,
Adrian Langenscheid

NEWSLETTER:





TRUE CRIME INTERNATIONAL:

La exitosa serie de libros
de Adrian Langenscheid



Su estilo inconfundible y el éxito de sus libros han convertido a Adrian Langenscheid en uno de los autores de true crime más reconocidos de Alemania. ¿Le ha gustado este libro? Entonces, no dude en pedir ahora los demás libros de la serie.